

Leyendas

Puertorriqueñas

POR

Cayetano Coll y Toste

Tomo Segundo

1924



MADIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

-115 (2), In-12°

Leyendas Puertorriqueñas

Por

Cayetano Coll y Toste

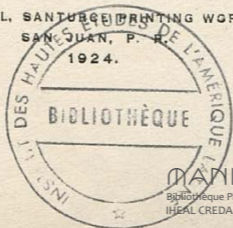
*Para la Revue de l'Amérique
Latine, en grata correspondencia
de intercambio intelectual
El autor*

*Cayetano Coll
y Toste*

Ville Los Viras Enero 21 1925

Juan P. Rico

EDITORIAL, SANTIAGO PRINTING WORKS
SAN JUAN, P. R.
1924.



MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

Erratas Importantes .

Pag. 6—línea 13—dice **al** debe ser **el**.

Pag. 12—línea 1—dice **la** antigüedad debe ser **en la** antigüedad, del hombre civilizado contra el hombre salvaje y necesitó domarlo a sangre y fuego, con su caballo, su lebrél, su lanza y su espada; refriegas etc.

Pág. 15—línea 14—dice **que casi**, debe ser **que** pasó casi.—En la línea siguiente está demás la palabra **pasó**.

Pág. 17—línea 1—dice **siglo XVII**, debe ser **siglo XVI**.

Pág. 25—línea 13—dice **practer** debe ser **procter**.

Pág. 29—línea 5—dice **foral**, debe ser **farol**.

Pág. 31—línea 1—dice **siglo XVIII**, debe ser **siglo XVII**.

Pág. 86—línea 26 dice **rfactorio**, debe decir **refectorio**.—Y más abajo, línea 30, lo mismo.

Pág. 107—línea 7 dice **explorarlo**, debe ser **explotarlo**.

Pág. 110—línea 11—dice **refrescarle**, debe ser **refresarse**.

Pág. 117—línea 3—dice **alta de frente** debe ser **alta la frente**.

Pag. 128—línea 10—dice **fusilados**, debe ser **fuéron fusilados**.

Pág. 144—línea 9— dice **a su** debe ser **a un**.

Pag. 196—línea 17—dice **Warter**, debe ser **We'rter**.

Pág. 199 (índice) línea 12—dice **nudo cardíaco**, debe ser **nudo gordiano**.

Pág. 199 (índice) línea 15—dice **las reinas**, debe ser **las ruinas**.

Leyendas Puertorriqueñas

AL LECTOR

Mis **Leyendas Puertorriqueñas** son noventa. Cedí unas veinte y siete a mi amigo D. Romualdo Real, director del **Puerto Rico Ilustrado**, mas no la propiedad, para imprimir un tomo de regalo o prima a los suscriptores de su interesante Revista semanal.

Doy a la imprenta hoy unas treinta, en un segundo tomo, para complacer a los amigos que me las piden con insistencia.

Mi empeño en este género de literatura es despertar en mis compatriotas el amor al estudio de la Historia Regional, que siempre es seco y árido; pero la leyenda lo hace atrayente y distraído.

No sé si he podido conseguir mi objeto: si así fuere, quedan satisfechas mis aspiraciones sobre este particular.

Cayetano Coll y Toste.

Villa Los Pinos, Diciembre 15, 1924.
Santurce, Puerto Rico.

La Fuente Mágica

(1512)

I

Estaba Juan Ponce de León en su casa de la **Villa de Caparra** tomando plácidamente el fresco en la terraza de la casona cuando se le presentó el piloto Antonio de Alaminos y le dijo:

—Capitán, le traigo una buena noticia!...

—Por Santiago, dígala el amigo Alaminos.

—Pues acabo, mi capitán, de llegar de Santo Domingo. He hecho esta vez escala en la islilla **Adamanay** y he sabido allí de boca de indios prácticos, muy buenos canoeros, que existe una isla hacia el norte de Cuba, donde hay una fontana rejuvenecedora, que devuelve la juventud perdida a quien se baña en ella...

—¡Patrañas, mi buen Alaminos, patrañas!...

—Mi capitán, ¿no tenemos las **Aguas de Cuamo**, que devuelven el andar a los tullidos y curan a los llagosos? Además, tengo en mi nao dos de esos indios prácticos, que han querido venir voluntariamente conmigo como testigos, y me aseguran que conocen

la ruta para llegar a tan maravillosa isla. En tan delicioso lugar no hay ancianos: todo el mundo es joven y rozagante: la alegría resplandece en los rostros: es un verdadero edén. Llaman a esa isla Bimini.

Despertóse el celo dormido en el viejo guerrero, deseoso de adquirir nuevos laureles. Y replicó al piloto:

—Pues bien, Alaminos, iremos en demanda de ella. Precisamente tengo carta del Rey que me ordena entregar la Alcaldía Mayor a Juan Cerón y el Alguacilazgo a Miguel Díaz, porque el Consejo de Indias ha fallado, que pertenece al gobierno de Sanct Xcan—de estas tierras por mí exploradas, conquistadas y pobladas—a los Tenientes de D. Diego Colón, teniendo en cuenta que el gran Almirante, su padre, descubrió esta isla.

—De modo que declina vuesa merced el mando en la Villa de Caparra?

—Sí. ¿Y qué remedio me queda?—El Rey así lo ordena! Por otra parte, me dice Su Alteza, que está muy agradecido de mis buenos servicios y me indica me ponga de acuerdo con Pasamonte, el tesorero de La Española, para salir a descubrir nuevas tierras.

—Pues mi noticia no puede ser más oportuna, mi querido Capitán.

—Así lo creo, Alaminos. Y aunque es doloroso abandonar estas comodidades, que sudor y sangre me cuestan, empezaremos de nuevo la lucha con el destino, con la ayuda de Santiago, apóstol.—Preparamos, desde luego, las naos para ir a la conquista de Bimini y de su maravillosa fuente de vida y salud.

II

El jueves tres de Marzo de mil quinientos doce, por la tarde, zarpaba Juan Ponce de León del puerto de San Germán, el Viejo, el de la desembocadura del

río de Añasco, con tres naos bien aderezadas, en busca de la desconocida ínsula, donde había una fuente de juventud eterna, cuya extraordinaria noticia le preocupaba hondamente.

Las carabelas hicieron rumbo al norte, doblaron la punta de San Francisco y fondearon frente a los **Pozos de la Aguada**, a proveerse de abundante agua, antes de entregarse a tan peligrosa y desconocida aventura.

Izáronse las anclas al siguiente día por la noche, aprovechando la brisa terral, y fijaron las naos sus proas al noroeste, cuarta del norte, llevando por guías a aquellos indígenas que aseguraban firmemente la existencia del manantial rejuvenecedor de la vida, que daba la alegría al espíritu y la belleza al cuerpo. Así navegaron toda la noche hasta la salida del sol.

Pasados días de penosa exploración marítima, y combatido por vientos contrarios y fuertes corrientes, tuvo Ponce de León que arribar de recalada forzosa al norte de Cuba. Respuestas las averías sufridas en los barcos, orientó de nuevo su flotilla al norte, y, después de unos cuantos días vislumbró tierra. Latieron los corazones de entusiasmo! Como era la fiesta de la Pascua de Resurrección bautizó el hallazgo **Isla de la Florida**, ignorando el intrépido argonauta que había arribado al deseado Continente.—(11 de abril de 1512).

Costas bravas y autóctonos aguerridos (los indios **Seminolas**) demostraron que aquella no era la tierra que buscaban. Izó de nuevo las anclas Ponce de León para navegar en demanda de la ansiada **Bimini**, el áureo vellocino de oro de sus esperanzas. Inútiles esfuerzos. Pasados seis meses largos de haber salido del puerto de San Germán, y agotados los bastimentos de boca, regresó el audaz caudillo, estropeado, enfermo y desilusionado por aquel revés de fortuna, a la bahía de la Capital. También le acompañaba el crédulo Alaminos. En vano buscaron el

mágico secreto; bañáronse en cuantos manantiales encontraron al paso y no aparecía por ninguna parte la fontana divina de la juventud eterna. Terrible desencanto!...

El piloto Ortubia, que quedó atrás con una carabela bojeando islotes e islillas para agotar la última esperanza, volvió a **Sanct Xoan**, dando cuenta del hallazgo de **Bimini**, la ambicionada tierra; pero, aunque se habían bañado en todos los hilos de agua, en alas de halagadora ilusión, no surgía la juventud aniciada. Todo había sido un mentido ensueño, una azul quimera, una esperanza falaz de aquellos inocentes indígenas y supersticiosos aventureros.

Se habían bañado, todos, en las linfas cristalinas de los torrentes, en las aguas estancadas de los pantanos habían cruzado las terribles escolleras de las montañas, habían franqueado las salvajes sabanas y áridas dunas de las costas; probado las aguas por imperceptibles que hubieran sido su brotes, pero, ¡ay! nada les devolvía la perdida juventud! Al contrario, cada día blanqueaban más sus luengas barbas y sus luengos cabellos!...

III

Dada cuenta al Rey del difícil viaje de exploración verificado y de las tierras descubiertas, nombró el monarca al intrépido Juan Ponce de León **Adelantado de la Florida y Bimini**.

Y en mil quinientos veintinueve, cuando concluyó de mudarse la ciudad de **Caparra** a la actual **Isleta**, en virtud de información y fallo de los Padres **Gerónimos**, el antiguo **Capitán del Higüey** y Explorador, Conquistador y Gobernador del **Boriquen** se fué a sojuzgar y poblar la Florida, descubierta por él, alucinado por las glorias obtenidas por **Hernán Cortés** en **Méjico** y los **Pizarros** en el **Perú**, perdiendo en tal empresa capital y vida.

Las piedrezuelas de oro de los indígenas del caei-

eazgo de Jiguayagua, obtenidas en la **Mona**, llevaron al soñador Capitán a la conquista de la selvática **Boriquén** y las seductoras quimeras de los indios fantaseadores de la islilla **Adamanay** le condujeron a pisar tierra continental inexplorada.

Dos grandes ensueños y dos grandes ambiciones. El deseo del oro y el deseo de la juventud fueron los aceites para tener la gloria de haber sido el primer Gobernador de la isla de San Juan y el Adelantado de la **Florida** y **Bimini**.

IV

La vida es evolución, movimiento, avance: y una juventud eterna sería estancamiento, detención, inercia. La vejez y la muerte son necesarias a la transformación de los seres para el progreso indefinido del espíritu. Es preciso morir para seguir viviendo! La renovación es el misterio de las fuerzas vitales del infinito!...

Recerrilla

(1514)

I

El servicio que han prestado en las guerras los animales al hombre ha sido singular: perros, leones, elefantes y toros han jugado gran papel en célebres batallas. El perro, fiel compañero, acompañó a su dueño en todas las guerras. Los babilonios, los egipcios, los cartagineses, los griegos, los galos y los romanos explotaron esta bella cualidad del animal más sociable que hay en la naturaleza y lo utilizaron en sus campañas.

En la conquista de América desempeñaron un gran papel las cuadrillas de perros de presa. El mismo Cristóbal Colón las usó en la primera batalla que se dió en el Nuevo Mundo, en la que doscientos cristianos, veinte caballos y veinte lebreles de presa tuvieron que pelear contra cien mil indios quisqueyanos en la Vega Real. Era una guerra anómala

la antigüedad su caballo, su lebrél, su lanza y su del hombre civilizado contra el hombre salvaje y necesitó domearlo a sangre y fuego: refriegas de emboscadas y sin cuartel, de uno contra mil, del fuego del arcabuz contra la flecha envenenada: guerra de dominación, de absorción. Lucha terrible de dos razas y tenía que ser sangrienta. Era preciso usar todos los recursos del arte de combatir.

II

En el alzamiento de los indígenas del **Boriquén** prestó señalados servicios un perro llamado **Becerrillo**, que se llegó a pagar a su dueño por cada entrada que se hacía en el campo enemigo el mismo sueldo que a un balletero. Era de un instinto feroz para el ataque y parecía tener juicio y entendimiento, como dice Oviedo el cronista. Se quedaba extático contemplando una india joven y le ladraba a las feas.

Becerrillo procedía de La Española; era de tamaño regular, vivo color bermejo, entre amarillo y rojo, y boqui-negro. Los ojos centelleantes. Olfateaba a los indios como un buen lebrél de caza. Seguía un rastro a las mil maravillas, apresaba un fugitivo por un brazo como un gendarme y lo llevaba al campamento de los cristianos y sino se dejaba conducir lo despanzurraba fieramente. Las hazañas de este can se contaban entre los conquistadores y hasta refieren los cronicos que Vasco Núñez de Balboa tenía un hijo de él, llamado **Leoncillo**, que no desmerecía del valor de su padre y que también ganaba en Tierra Firme paga de balletero. Sólo le faltaba saber leer una carta.

III

Terminada la pacificación del **Boriquén** quedó **Becerrillo** en la estancia del capitán D. Sancho de Arango. Era este un castellano de los de pelo en pecho, arrojado y decidor. Hidalgo de buena cepa, que quería a su perro como querían los caballeros de

espadón, con ferviente idolatría.

No salía una vez de su casa D. Sancho de Arango que **Becerrillo** no fuese delante del corcel en observación, como adalid que husmea el peligro, a la par que brincando y ladrando de alegría.

De noche se colaba junto a la puerta del dormitorio de su amo y ¡guay! del que se acercara por allí, que los rugidos sordos y prolongados de **Becerrillo** le hacían retroceder.

IV.

Una mañana, al romper el alba, una multitud de caribes, procedentes de las islas de Barlovento y capitaneados por el bravo cacique **Cazimar**, penetrando por el Daguao, cayó sobre las estancias de Pero López de Angulo y Francisco de Guindós, pobladores de aquella comarca. La **guasabara** fué empeñada entre castellanos e indios. Murió mucha gente de una y otra parte. Angulo luchó largo rato cuerpo a cuerpo con **Cazimar**, sin poderse herir ninguno. Acudiendo Guindós en auxilio de Angulo, atravesó al audaz cacique de una lanzada. Caído el jefe de los caribeños desmayaron sus huestes y empezaron a correr hacia las canoas.

Ayudados, por fin, del Capitán D. Sancho de Arango y del feroz **Becerrillo** batieron triunfantes a los invasores, que tuvieron que replegarse hacia la playa en vergonzosa huida para ganar prontamente sus piraguas.

V.

Al poco tiempo volvieron los caribes a invadir la costa de la Isla, comandados por el cacique **Yaureybo**, que venía a vengar la muerte de su hermano **Cazimar** y a saquear el país.

Con fuerza mayor de gente, bien bravía, dió **Yaureybo** su golpe de mano sobre las estancias del lado

de Saliente. La lucha fué terrible. Sucumbieron bajo las macanas caribeñas muchos castellanos. Cayó uno de los más ricos estancieros, D. Cristóbal de Guzmán herido y cargaron con él los indios hacia las canoas. Las negras y las indias eran conducidas en montones. Los ganados en gran número. El botín fué inmenso.

Sabedor el capitán D. Sancho de Arango de lo que ocurría en las estancias vecinas y de la terrible depredación caribeña vistióse de guerra, montó rápido en su caballo de batalla y acompañado le algunos colonos y del valiente **Becerrillo** corrió a socorrer a sus compañeros. Alcanzó la mesnada enemiga en la playa, triunfante de los castellanos y embareando su rica presa. Penetró lanza en ristre entre los caribes al grito de ¡Santiago! ¡Santiago!

Volvió a empeñarse la guasábara. Los caribes eran numerosos y aguerridos y aunque D. Sancho hacía hondas brechas entre ellos, por fin en una de sus entradas fué herido en un muslo de dos violentos flechazos, a pesar de que pasó de parte a parte a su agresor. **Becerrillo**, al ver como manaba la sangre de una pierna de su amo, comprendió que estaba herido y redoblando sus bríos cargó de nuevo contra la hueste enemiga, mordiendo a diestro y siniestro, furiosamente. Parecía un dragón mitológico, más terrible que Cerbero, el guardador de las puertas del infierno y del palacio de Plutón.

Aterrados los caribes y cundiendo el pánico entre ellos precipitaron su embarque a tropel en las piraguas. Todavía dentro del mar penetró **Becerrillo** y agarró a un indio por la pantorrilla, tirando de él con rabia. Volvióse el caribe, repentinamente, y le clavó una flecha envenenada en un costado.

VI.

Arrojado el invasor del territorio, aunque llevándose desgraciadamente a D. Cristóbal de Guzmán, herido-

y el inmenso botín del saqueo, los castellanos atendieron a curar sus maltratados combatientes.

Las dos heridas de D. Sancho de Arango eran de flechas envenenadas. Estaban ya muy amoratadas y enconadísimas. Se las impregnaron con grasa caliente sacada de los cadáveres indios y fueron tratadas en seguida al fuego con cauterio rojo. A pesar de estas precauciones, el veneno mortífero había penetrado ya en la circulación y la muerte se apoderó del valiente capitán. El feroz Becerrillo sucumbió de igual modo que su amo.

Al llegar la noticia a conocimiento de los demás pobladores de la Isla se ocuparon poco de la muerte del hidalgo D. Pancho que casi desapercibida. En cambio pasó, fué muy sentida la de su can, que durante tanto tiempo había cobrado paga de balletero y se le consideraba como un conquistador heroico. Se hubiera preferido, dice el Cronista que hubieran sucumbido dos o tres cristianos más a que falleciera el bravo **Becerrillo**.

¡Oh días trágicos del pasado!...

Y aún hoy se ven perecer desgraciadamente los hombres a millares, en una guerra de exterminio y desolación, y se aprecia más la vida de un **Becerrillo** que la de dos o tres cristianos!... ¡Cuán lentamente progresa la Humanidad en lo moral!...

Santa Rosa de Lima

(1540)

I

A mediados del siglo XVII empezó la decadencia y ruina de la incipiente colonia puertorriqueña; desaparecido ya el **brazo rojo**, que se explotaba inicuaamente en pingue servidumbre con la máscara hipócrita de la **encomienda**, para doctrinarle en la religión de Cristo.

Decaída la explotación de los placeres auríferos por la carestía del **brazo negro**, cuyo precio por cada pieza había subido desmedidamente, fuera del alcance de la escuálida bolsa del poblador, los campos de la isla se despoblaban y las gentes emigraban para el continente sud-americano.

Llegó un barco al puerto de San Germán en compra de caballos para el conquistador Pizarro, y una multitud de campesinos aprovechó la oportunidad para

largarse en busca de fortuna a otros países. La ansiedad de emigrar cristalizó en el desesperante grito: ¡Dios me lleve al Perú!

II

Sabedor el gobernador Francisco Manuel de Lando del estado de ánimo de los vecinos, especialmente los del oeste de la isla, mandó pregonar con tambolero y pífano por todas partes: "que quedaba prohibido el emigrar: que la persona que lo intentara sería castigada severamente: que para los rebeldes habría azotes: que para los instigadores se le cortarían los pies: y si la sedición tomaba cuerpo levantaría la horea."

A pesar de tales amenazas, la gente sangermeña consiguió un barco y se dispusieron unos cuantos pobladores a marcharse para el continente, pero el Gobernador con veinte de a caballos los alcanzó. Hicieron los fugitivos resistencia. "A unos se les azotó y a otros se les cortaron los pies, y tres sujetos fueron asaeteados." Tal, en carta de 2 de julio de 1534 lo refiere Lando al Emperador Carlos V.

El gobierno central no aprobó tan violenta medida: la empobrecida isla siguió despoblándose, a lo cual vinieron a agregarse en 1537 tres huracanes sucesivos para mayor desgracia.

III

Vivía en San Germán para esa remota fecha un modesto y virtuoso labrador, llamado Gaspar Flores, y tenía en aquella ciudad constituido su honrado hogar.

Destruída la urbe por tercera vez por los corsarios franceses, determinóse el pacífico poblador a abandonar su país tan desgraciado donde no le era posible desenvolverse y vivir en paz.

Con tal resolución aprovechó una nave, que de

recalada forzosa huyendo de un mal tiempo, había arribado a la ensenada del Viejo San Germán, y con otras familias ajustaron pasaje y se embarcaron para el Perú.

Iba en la compañía de Gaspar Flores su virtuosa esposa y una niña de corta edad llamada **Rosita**. La travesía fué feliz, sin contratiempo alguno, porque la infantica que tendría unos siete años subía todas las mañanas sobre cubierta a rogar, y hacer rogar a la Virgen Madre de Dios, les diera un buen tiempo; y enseñaba con su fé angelical a todos los pasajeros, un pulido relicario que llevaba al cuello con la milagrosa imágen de la Virgen del Carmelo. Todo el pasaje la acariciaba y todos besaban devotamente el maravilloso amuleto. Rosita se reía y charlaba con todos, dejándolos encantados.

Llegados a Lima fueron a vivir los sangermeños Flores, su mujer y su hijita a un pobre corralón, que tenía una modesta choza, que le cedió un peruano por una corta suma de dinero.

Rosa María se dedicó allí a cultivar un jardincito de violetas, clavellinas y lirios y plantó en él su **matita de rosa**, que había llevado de la ciudad de las Lomas, y con la cual había compartido a bordo su ración de agua.

Al año estaba el espléndido rosal todo florecido, siendo la admiración de todo el vecindario, que no conocía aquella flor de tanta fragancia.

Rosita, hizo su primer búcaro de aquellas aromosas flores y lo ofrendó a la Virgen del Carmen. Todo el templo se llenó de tan grato perfume. El rosal dió rosas para todos los templos de Lima, y con ellas se adornaron los altares de la Reina de los Angeles. Las limeñas estaban encantadas.

Y he aquí, cómo por designios del Altísimo, la infantica **Rosa María Flores**, con los vaivenes del tiempo, y el querer de las gentes, se llamó en el continente **Santa Rosa de Lima**, que por derechos

humanos y de la insular **Boriquén** debió llamarse **Santa Rosa de San Germán**.

Decretos impenetrables de la Divinidad... o, como dice Omar Kayyam en el **Rubaiyat**, caprichos del señor que juega con las piezas de ajedrez de la pobre humanidad.

Cuando se canonizó la **Beata Rosa de Santa María Flores** el Papa envió el retrato de la Santa a la Catedral de Puerto Rico y entre sus archivos debe encontrarse.

El Milagro de la Guadalupe

(1568)

I

Doña Estéfana Gándara, viudade Medina, vivía en su modesta casita de madra techada de paja en la **Caleta de San Juan**. Después que los holandeses, en 1625, incendiaron la capital fué que se construyeron las casas, por orden de S. M., de tapiería y azotea, y de modo que no pudiera propagarse un incendio con facilidad.

Era el 24 de Agosto de 1568. La señora Estefana estaba en la **barbacoa** de su casa, en la parte posterior, recogiendo unas cuantas viandas y almudes de maiz, que tenía secando al sol. Estaba sentada en el suelo, a la moruna, y con su hijita **Lupita** en la falda, nena de año y medio de edad. Apuraba a su criada Benita para que activase el trabajo de retirar aquellas provisiones porque el cielo estaba encapotado, color de panza de burro, y amenazaba llover mucho.

En esta fagina sintió una fuerte ráfaga de viento, venida del norte, y dijo a su fámula:

—Apura, Benita, que esto huele a tormenta; este viento inseguro y alocado no indica nada bueno.

—Niña, estamos en el mes de las tormentas.

Al poco rato empezaron ráfagas sucesivas que ya declaraban el mal tiempo. Era que comenzaba el célebre huracán de San Bartolomé del siglo XVI.

Doña Estéfana trató de incorporarse y ponerse en pié, para retirarse al interior de la casa; pero la violenta tromba huracanada le arrancó la niña de los brazos y se la llevó en volanda, y a ella la arrojó contra el suelo a punto de estrellarla contra las tablas de la **barbacoa**. Benita acudió presurosa en su auxilio y pudo ayudarla a retirarse a lugar seguro, trancando puertas y ventanas. El viento recio silvaba por entre las rendijas y la casita se sacudía como palmera que balancea un fuerte ventarrón.

Doña Estefana se arrojó en una cama gimoteando por la suerte que corría su **Lupita**, en poder de la tempestad. No era posible salir a la calle y la noche se había echado encima. Los rugidos del mar en la puerta de San Juan parecían fieras desencadenadas. Tuvo que resignarse la infeliz madre a esperar el día.

II

El huracán duró toda la noche: hacia la madrugada se oyeron algunos truenos, señal inequívoca de que la tempestad iba de paso.

Doña Estefana y Benita, su fiel criada, se echaron a la calle en busca de Lupita, temerosas de una terrible desgracia. No bien hubieron andado por la Caleta diez pasos les gritaron de la casa del padre Estarache, que estaba tres casas más abajo que la suya y era de dos pisos con mirador:

—Doña Estefana, doña Estefana, acá está Lupita, sana y salva. Doña Estafana, venga acá.

III.

Corrió la madre desolada a casa del presbítero Estarache, donde encontró a su hijita, que se la comió a besucones y caricias. Las lágrimas de alegría le corrían por las mejillas. La familia del padre Cura la rodeaba. ¿Qué había sucedido?

IV.

Parte del mirador de la casa del padre Estarache lo había deshecho el huracán, dejando al descubierto un gran portillo.

Por aquel hueco la tromba huracanada había metido la Lupita, que había arrancado de los brazos de su madre. La muchachita había caído sobre un montón de ropa sucia, acumulada en uno de los rincones de aquel desván. Empezó a llorar y gritar y una criada de la casa subió al mirador a ver que ocurría allí y recogió la infántica.

Al verla el padre Estarache exclamó:

—Los escapularios de la Virgen de la Guadalupe, que lleva al cuello, la han salvado!...

—Loada sea la Virgen de la Guadalupe gritaron todos.

Doña Estéfana dispuso; que se dijera una misa cantada, a toda orquesta, en honor de la Virgen de la Guadalupe, que le había salvado su hijita querida.

Este milagro de la Virgen de la Guadalupe está consignado en los cronicones de la Santa Iglesia Catedral.

V.

Nuestros abuelos tenían una fe inatacable a macha martillo, en la intervención divina en los hechos humanos. Cualquier suceso inexplicable, que consi-

deraban no natural, era debido a la mano de la Divinidad.

La doctrina de la gracia de San Agustín y el culto de las imágenes estaba en todo su apogeo.

Yo alcancé a mi abuela de muy avanzada edad, tenía más de noventa años: doña Juana Torres de Toste: matrona fuerte y devotísima de los Santos.

Ah! la recuerdo perfectamente: yo tendría más de diez años; ella sentada en su hamaca caraqueña de cordoncillo con grandes flecos a los lados, prenda traída por su esposo D. José Franciseo Toste, marino, de la isla de Curazao; yo sentado en una sillita de paja, hecha en el país.

—Abuelita, ese santo que tienes en ese esquinero ¿quién es?

—Es San Blas, hijo! Nos protege contra las tormentas. Cuando viene el huracán se lleva muchas tejas de la población; nosotros nunca hemos perdido una; se lo debemos a San Blas.

¿Quién se acuerda hoy de San Blas? Y en la edad Media fué uno de los santos más populares. El que conservaba mi abuela era de madera, y de un pié de altura.

—Y este cuadrito con una cruz de dos brazos a cada lado, qué significa, abuelita?

—Esa reliquia se la compré hace muchos años a unos monjes misionero, venidos de Jerusalem; que pasaron por aquí vendiendo objetos sagrados. Está hecha e impresa en los Santos Lugares: dentro de la cruz hay una oración, que rezándola todos los días impide que entren epidemias en la casa; por ella, cuando vino el Cólera Morbo a Arecibo el año 56 no tuvimos en casa ningún atacado. En la casa del lado vivía el vicario Domínguez y tuvo enfermos y en la otra casa el Alcalde D. Vicente Balseyro y también los tuvo.

Mi abuela hablaba con una tranquilidad de espí-

ritu y un dominio absoluto en lo que decía, infiltrando en mi alma infantil sus divinas creencias.

La credulidad en los milagros ha perdido mucho terreno en los tiempos actuales por falta de religiosidad en los espíritus: todo es cuestión del cristal con que se mira el hecho más o menos inexplicable; el sentimiento religioso lo explica de un modo: el racionalismo de otro. Para Espinoza y Kant, adoradores de la **Razón Pura**, el milagro es el reconocimiento de la humana ignorancia.

Pero los creyentes católicos están con Santo Tomás de Aquino: Para Dios no hay nada imposible **supra naturam, contra naturam y practer naturam** (obre la naturaleza contra la naturaleza y fuera de la naturaleza.) San Agustín decía: **Credo quia absurdum** (lo creo porque es absurdo): indicando la necesidad de lo sobrenatural para sostener la fe.

Los Negros Brujos

(1591)

I

El 12 de Enero de 1591 tomó posesión de este Obispado el fraile franciscano **Nicolás Ramos y Santos**. Era fuerte en teología y presumía de erudito. Tenía a Torquemada metido en la mollera. ¡Ya se vé! un protegido de Felipe Segundo, tan amante de asistir a los Autos de Fé.

Acompañaba al Prelato otro fraile de su orden, tan imbuído como él en las cosas del Santo Oficio y sabueso adiestrado para investigar heregías.

Desde la muerte del obispo Alonso Manso, en 1539, el vecindario había dejado de ser atropellado por los sicarios de la terrible institución.

El padre Pascasio de Ybartúa—este era el nombre del amigo del señor Obispo—se apoderó de un confesionario de la Catedral; y al par de semanas estaba empapado de la vida íntima del vecindario.

II

—Señor Obispo, díjole el Padre Pascasio, tenemos que hacer un escarmiento entre estas gentes pervertidas.

—¿Ocurre algo grave?

—Grave y muy grave, señor Obispo. Le voy a dar datos obtenidos en confesión; y en confesión mía recíbalos.

—Pues diga, y abrevie, que se acerca la hora de almorzar.

—Pues el plato que le voy a servir será de su agrado. Una señora me ha confesado que por ser su marido infiel ha recurrido a unos **Negros Brujos**, para que le vendieran un filtro, para obligar a su marido a que vuelva a serle a ella fiel....

—De esos casos tenemos muchos en la Península. Prosiga.

—Recibió una botellita con un líquido verdoso. Pagó una media onza de oro. Le dió en el desayuno—como le indicaron—una cucharadita del brebaje. Y el marido empezó a vomitar y se puso de muerte.

—¿Qué más?

—La mujer me consultó si seguía dándole el filtro a su marido, porque el fin que ella se proponía era traerlo al camino de la virtud, pero que temía matarlo, aunque prefería su muerte a que viviera en pecado mortal.

—¡Calentona es la hembra! Qué peligrosos son los celos, Dios mío...!

—Y usted ¿qué le aconsejó?

—Que trajera el brebaje. Pero hay algo más interesante. El negro brujo la invitó a que asistiera el sábado por la noche a su casa, y vería cosas buenas.

—¿Y ella fué?

—Desde luego. Esos malditos hechiceros viven en la Plazuela de Santiago cerca de la Puerta de San Cristóbal. Cuando llegó a ese infernal antro serían las nueve de la noche. Había una veintena de personas. Se alumbraban con un foral. Por una puerta pequeña entró un negro viejo con un cabro, que trepó en una tarima que levantaba del suelo como media vara. Todos se arrodillaron y adoraron al cabrón. Una negra se puso a besarlo y abrazarlo y a manosearlo... En fin, señor Obispo, cosas que ni se pueden decir por deshonestas.

—Bien, padre Pascasio, tomaremos providencia. Tenga sigilo y rece por la salvación de las almas de esos infelices.

III

—Campillo, lo he mandado a buscar para que vaya usted con cinco corchetes del Santo Oficio, el sábado a las diez de la noche, a la Plazuela de Santiago cerca de la Puerta de San Cristóbal, y me sorprende; como oficial de La Santa Hermandad, un aquelarre de negros brujos, que se estará celebrando allí ese día y a esa hora. ¿Está usted...?

—Cumpliré la orden de su Ilustrísima estrictamente, pero, si nos hacen resistencia ¿qué debo hacer?

—Páselos a cuchillo sin remordimiento alguno; pero yo prefiero que me los cope vivitos a todos.

—Se hará así, señor Obispo. Llevaré mayor fuerza; y cuerdas y esposas suficientes.

IV

Copados los negros brujos con las manos en la masa, instruyóse el expediente consiguiente; y fueron condenados por la Inquisición, unos a azotes y otros a ser quemados vivos.

El Rey Felipe II premió al Ramos nombrándole en 1592 arzobispo de Santo Domingo “por su virtuoso

celo en defensa de la religión y de las buenas costumbres”.

Habiéndose marchado a su Arzobispado reclamaron, por conducto del gobernador Pedro Suárez, los dueños perjudicados de unas negras esclavas lavanderas que les quemó Ramos en autos de fe; y el Rey trasladó al señor Arzobispo la queja de los vecinos de Puerto Rico.

V

Y su ilustrísima contestó al Rey, desde la Primada de Indias; con fecha 23 de julio de 1594; textualmente lo siguiente:

“Siendo obispo de Puerto Rico descubrí una gran compañía de negros y negras brujos, que trataban, y se tomaban, de el demonio en figura de cabrón...”

Dice el Prelado que no usó del tormento; que la confesión fué espontánea, y que a tres negras, rehincientes, las entregó al brazo secular, para que hicieran **justicia** en ellas, con arreglo al capítulo **vi inquisitionis negatiam de hereticis in sexto**. Que el gobernador Diego Menéndez Valdés cumplió la orden de la Santa Hermandad. Que este gobernador Suárez merece un gran castigo, y que él desde luego lo excomulga y lo mismo a los amos que reclaman el valor de sus esclavas quemadas por el Santo Oficio.

Y nos dice el cronista de la Catedral; que la gran **virtud** de este **santo** obispo era que le gustaba penitenciar y quemar;...

¡Pobre estado social de los abuelos en tan desequilibrados tiempos!...

¡Cuánto ha adelantado la humanidad de aquellas épocas a estas; modificando su sentido moral en las vías del Progreso!...

La Endemoniada

(1610)

I

En el siglo XVIII se temía, en Puerto Rico, más que ahora, la influencia del Demonio sobre las personas. Nuestras abuelas estaban siempre muy preocupadas con el **demonio íncubo** y nuestros abuelos con el **demonio súcubo**. El horror al Príncipe de las Tinieblas ha trastornado muchos cerebros. De ahí procede una enfermedad llamada **Demonomanía**, en que el sujeto que la padece se cree estar poseído de Satanás. En todos los **Manicomios** hay sus variedades de esta enagenación mental. Esta **psicosis** ofrece diferentes tipos al estudio del alienista.

El cronista de la Catedral reverendo Diego de Torres Vargas, nos refiere “que en tiempos del gobernador Gabriel de Roxas se manifestó que una negra tenía un espíritu que le hablaba en la barriga, llevóse a la iglesia e se exorcissó, e dijo llamarse

Pedro Lorenzo. Y que quanto le preguntaron, decía de las cosas ausentes y ocultas.” Y continúa el creyente narrador: “yo la oí algunas veces e mandó el comisario de la Inquisición no se le hablase con pena de excomunión; e luego se descubrió otros, que si el primero hizo admirar, del segundo, e de otros que después han salido, non se hace mucho caso. Dicen las negras, que le tienen, que en su tierra se les entre en el vientre en forma visible de animalejo, e que le heredan de unas a otras, como mayorazgo.”

El lector no se extrañe de lo que hemos copiado del reverendo padre Diego de Torres Vargas. Toda Europa estaba en el siglo XVII bajo esta impresión demonológica. La Medicina estaba muy atrasada... Se ignoraban muchas dolencias del sistema nervioso....

II

El señor obispo fray Francisco Diaz de Cabrera, de la orden de Santo Domingo de Guzmán, dispuso que uno de los frailes del Convento, competentísimo en el arte de exorcizar pasara a la carcelería de la Santa inquisición, donde habían llevado a los infelices hechizados, y arrojase del cuerpo de aquellos desgraciados al espíritu de **Lucifer**.

El potente dominico, empezó por la negraza, que tenía en el buche al endiablado **Pedro Lorenzo**, y con cuatro hisopazos de agua bendita sobre el cuerpo de la endemoniada criatura, y una orden fulminante dicha en alta voz acompañada de ronca entonación sugestiva y cuatro latinajos, mandó imperiosamente a **Pedro Lorenzo** que dejara, en nombre del Todopoderoso aquella mujer libre, y se fuera otra vez a los profundos infiernos a hacerle compañía a Satanás.— y... **Laus tibi, Christe!**....

A la negra se le arrimaron unos cuantos disciplinazos en salve Dios la parte, y su sistema nervioso entró

en caja, desapareciendo las convulsiones histéricas y tranquilizándose con un llanto consolador que fué un rocío calmante para aquella infeliz africana.

El público, al ver los buenos efectos terapéuticos del remedio del padre dominico, gritaba entusiasmado:

Viva, viva y reviva
La Santa Inquisición!.....

Ha dicho un gran escritor: "La opinión se hincha con la verdad, así como con la mentira. ¿Quién es capaz de separarlas? Loco sería el que en pleno huracán intentase separar el viento del polvo.

III

No extrañe el lector, que eso pasara en Puerto Rico en 1610, cuando en 1698, al expirar casi el siglo XVII, el director espiritual del rey Carlos Segundo, fray Froilán Díaz, de acuerdo con el Inquisidor general Rocaberti persuadieron al monarca austriaco enfermo que debía hacer venir de Alemania al famoso exorcista fray Maura Teuda, para que echara fuera del cuerpo hechizado de S. M. los malos espíritus que le tenían enfermo...

Y el esmirriado soberano español hizo venir a Madrid al pícaro fraile, que lo empeoró con sus bebedizos y fustigaciones disciplinarias de mago trapisondista. Eso reza la historia de España de D. Modesto Lafuente, y también la de Opisso.

Afortunadamente hoy día la Ciencia ha adelantado mucho en el estudio del sistema nervioso y sus trastornos. En esta vía Satanás ha perdido mucho terreno!.... Ya no tenemos **aquejarres** de brujas y hechiceros ni autos de fe espeluznantes! No se quema a nadie vivo.... y hasta el patíbulo, que antes se exhibía en las plazas públicas, para infundir miedo a las gentes, hoy se esconde **avergonzado** en los patios de los presidios, próximo a desaparecer!.....

El prodigio de Hormigueros

(1640)

I.

En la Casona de Geraldo González todo era llanto y desolación. Se había desaparecido de la casa paterna, hacía unos cuantos días la alegría del hogar, la niña María Monserrate, la linda **Monsita**, sueño de oro de su padre, bella criatura de ocho años de edad, de ojos azules como el turquí de los cielos y de piel de rosa y lirios.

Todo el vecindario tomó parte en el duelo aflictivo de Geraldo González. Peones y estancieros amigos se echaron a escudriñar los montes y malezas de la abrupta sierra inmediata; y al cabo de quince días de ausencia encontraron sentada junto a una gran ceiba, cantando una tonadilla, a la traviesa María Monserrate.

Una escavación profunda en el grueso tronco del gran árbol tropical la guarecía de la lluvia y del relente nocturno. Parecía hecho el hueco para ella.

La muchachita vivaz, no tenía miedo a nada y esperaba tranquila y valerosa a que su familia la fuera a buscar en aquel escondrijo.

II.

D. Geraldo, con los ojos llenos de lágrimas, y riéndose al mismo tiempo, le preguntó:

—Pero, hija del alma, ¿no te daba miedo la obscuridad de la noche?

, --No; papita; porque aquí de noche hay una dulce claridad que sale de aquella cueva.

—Pero, mi alma, ¿no tenías hambre?

—No; papita; porque de esa misma cueva salía una mujer, vestida de blanco que me daba frutas dulcísimas y me acariciaba el rostro con sus manos; que olían gratamente.

—Pero, ¿tú le viste la cara? ¿No la conoces? ¿A quién se te parece?

—Sí; papita; tiene los ojos negros y brillantes, muy dulces en el mirar; y se sonreía conmigo; es muy linda pero el color es prieto como el café.

—¡Ah; esclamó D. Geraldo lleno de gozo y fe, es Nuestra Señora de la Monserrate que te ha socorrido. mi patrona. Alabado y bendito sea su nombre por los siglos y siglos!...

III.

Geraldo González era el fundador de la Ermita de Nuestra Señora de la Monserrate en la hermosa planicie de Hormigueros. Además era el mayordomo de la capilla que estaba llena de votos y ofrendas de sus feligreses. El Vice-Real Patrono había puesto bajo la custodia de González, el cuido del Monasterio.

La fe religiosa, pura e inquebrantable de nuestros viejos, veía el prodigio de la Reina de los Angeles

interviniendo de continuo en las acciones humanas. Así ocurría entre Griegos y Romanos con los dioses del Paganismo. El hombre es un ser religioso por naturaleza.

¡Cuán hermoso y consolador es dormirse sobre tan grata almohada! Pero el método de Descartes, estableciendo la *duda*, como principio de toda investigación árdua y haciéndonos ir siempre en nuestros estudios físicos y psicológicos de lo conocido a lo desconocido, ha rasgado sin escrúpulos nuestras más firmes creencias.

Todavía está en pié el célebre Monasterio y las rogativas a la Ermita de la Monserrate, en demanda de salud y solución celestial a algunos de nuestros conflictos, prueban que la fe naciza no se ha perdido del todo. Aún queda mucho oro en nuestros corazones para venerar devotos aquellos paredones que se levantan en la colina de Hormigueros, patria del prócer Segundo Ruiz Belvis; y llevarle nuestros ramos de flores a la morena *Virgen Madre*, que socorrió tan oportunamente a la encantadora niña María Monserrate González. ¡Qué extenso y variado es el reino de la ilusión! . . . Todavía nuestros devotos de este culto pueden hacer sus romerías a esta célebre Ermita. El obispo monseñor Blenk pudo, no hace mucho tiempo, organizar una espléndida peregrinación a este Monasterio.

Los Bailes de la Catedral

(1691)

I.

Tomó posesión del Obispado fray Francisco de Padilla, de la Orden de la Merced en 1691. Venía de Lima, con fama de prelado vigoroso en las disciplinas eclesiásticas. Le acompañaba otro fraile de su misma orden, de mayor edad que él, predicador evangélico de Cristo y docto teólogo. Pasados los primeros meses de estar en San Juan, entablaron los dos regulares de la Merced el siguiente diálogo:

—¿Se ha podido Ud. dar cuenta, padre Robustiano, del estado moral del vecindario de esta ciudad?

—Voy empapándome, señor Obispo, de sus costumbres. Es gente buena y religiosa, muy adicta al Rey: y cumplidora de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Los padres dominicos me han dado la queja, que los bailes de Noche Buena en la Catedral degeneran en escandalosos hacia la madrugada y que sería bueno suprimirlos.

—Usted sabe, padre Robustiano, que en el Perú los tenemos; que la costumbre viene de España; y que es preciso proceder con mucha cautela antes que herir el sentimiento religioso.

—Todo lo que su Ilustrísimo dice está bien dicho, pero la moral está por encima de la propaganda sectarista. Recuerde su Ilustrísimo, que el venerable Jiménez de Cisneros suprimió en la catedral de Toledo la danza **Mozánabe**.

—Hizo bien el señor Arzobispo porque aquella danza era moruna y la música **muzárabe**: sólo las canciones eran españolas. Y, qué sucedió? Que instituyeron los devotos enseguida la danza de **seises**, y esta es la que hay en Lima, y aquí, según me han informado el Dean y el Provisor.

—Sí, señor Obispo, pero después de esta danza va la de las mulatas, y con la aglomeración de gente en lo avanzado de la noche, viene el desbordamiento y el pecado. Hay que cortar por lo sano y suprimir todo esto....

—Bueno, bueno; no trate usted este asunto con nadie. Es preciso ver y enterarse uno bien para juzgar con acierto y en conciencia. La Noche Buena iremos nosotros dos bien disfrazados a oír la **Misa del Gallo**... y después fallaremos.

II.

Las campanas de la Catedral habían dado ya el último repique anunciando que pronto se iba a celebrar la **Misa del Gallo**, el recuerdo del acto más trascendental de la humanidad, que es el nacimiento del Niño Dios.

Bullía la muchedumbre por las calles de la Capital contiguas al Santo templo. En el palacio episcopal el señor obispo había dispuesto que se cenara a las once, y que todo el personal se fuera a paseo, pues había una luna espléndida y a las doce concurriría a

oir la **Misa del Gallo** El no pensaba salir, pues sentía dolores reumáticos y el padre Robustiano se quedaría a acompañarle.

Desierto el Obispado, dijo el Prelado a su amigo:

—Paûre Robustiano ¿ha pensado usted ya cómo hemos de ir disfrazados a la Catedral?

—Sí, señor Obispo. Yo soy hijo de Salamanca, donde aprendí cuando mozo a tocar la guitarra; conservo como un recuerdo de mi patria mi traje de baturo; y poniéndome una peluca que tengo con dos hermosas patillas de chulo, no me conoce ni la madre que me parió.

—Bien; y yo ¿cómo me transformaré?

—Su Ilustrísimo tiene cara de mujer, se pondrá en la cabeza un pañuelo de seda blanco, a la catalana, para ocultar la tonsura, y yo le traeré de mi aposento un traje de mujer de pueblo, de muselina de color. Y entrará en la Catedral de mi brazo.

—¡Vaya una facha que tendremos; Pero, en fin, es preciso ver para juzgar en conciencia....

III.

Trabajo les costó a los dos hermanos regulares de la Merced poder penetrar en el Santo templo. Estaba de bote en bote. El órgano terminaba de lanzar al espacio su rítmica salmodía y la misa iba a empezarse. En un lado del presbiterio se había levantado un **Nacimiento**: el pesebre con la estrella fulgurante en el portal; el buey y la maldita mula de un regular tamaño; la montaña en el fondo, marcándose sinuosamente el camino de herradura por donde descendían los tres reyes magos Merchor, Gaspar y Baltasar; detrás de ellos, tres caballos cargados de ofrendas; abajo, a la puerta del pesebre la Virgen Madre con el Niño Dios en la falda; a su lado San

José; y a los piés de la sagrada familia, arrodillados, dos judíos y dos judías con flores y frutas en las manos. El cuadro plástico era conmovedor.

El penetrante olor de la mirra y el incienso se espaciaba en el ambiente.

Llegado el sacerdote al **Ofertorio**, suspendió la misa.

Y dirigiéndose al inmenso auditorio, que estaba allí congregado, exclamó en alta voz:

—Laententur coeli, et exultet terra ante faciem Domini, quoniam venit. (Alégrense los cielos, y salte de gozo la tierra, a la vista del Señor, porque viene) Empezó entonces la adoración y ofrendas al Redentor del Mundo; sobre una gran alfombra que ocupaba la mitad del presbiterio salieron seis infantiles (los seis muchachos del coro) a bailar una danza religiosa; iban vestidos de blanco, coronados de flores, con zapatos blancos. Al pié del altar se situó un profesor vestido de negro que tocaba diestramente un arpa.

—Padre Robustiano, esto mismo lo he visto yo en la catedral de Toledo: ¡Esto me encanta.....

—Y yo, en la de Salamanca.

—Esto es de origen hebreo. Recuerda a David bailando y cantando al pie del Arca de la Alianza. Esos villancicos que entonan son genuinamente castellanos. Qué recuerdos....

Terminó el baile de los seises. El sacerdote continué hasta lanzar el *Ite missa est*. Concluído el divino oficio volvieron a oírse las plegarias del órgano. Entonces ocuparon el pie del altar dos hombres vestidos de negro con dos guitarras, sustituyendo al arpista. La alfombra la ocuparon seis doncellas bronceínas, como de quince años de edad, vestidas de gasas blancas, con coronas de flores, zapatitos blancos y panderetas en las diestras.

—Esto es nuevo para mí, padre Robustiano.

—Esto lo hubo en Andalucía y lo suprimió el Cardé-

nal Jimenez de Cisneros. Yo no lo alcancé. Lo sé de referencia. Esto es muzárabe.

Las mulaticas empezaron a danzar al compás gemido de las guitarras: sus movimientos eran correctos: no había lugar a crítica: pero un soplo voluptuoso y sensual se filtraba en los sentidos del gentío. Concluida la danza y los villancicos, el público aplaudió.

Entonces empezó la gente, de dos en dos, y en correcta formación a subir las gradas del presbiterio y a echar sus monedas y sus flores y frutas a los pies de la sagrada familia. Era un acto conmovedor de profunda fé religiosa.

—Este es un pueblo católico, padre Robustiano.

—Ya lo veo, Ilustrísima.

—Por eso es bueno ver, para juzgar;....

Terminadas las ofrendas, el sacristán apagó las luces del altar, y los monagos se llevaron los azafates con las monedas. Quedó brillando el farolillo del portal del pesebre. La gente se agrupó en diversos lugares del templo y empezó un rasgueo de guitarra por diversas partes: y un fandanguillo con zapateado y olé, olé... en cada grupo.

Cayeron las penumbras de la falta de luz sobre las naves colaterales, al desaparecer las luces del altar.

—Esto es moruno, padre Robustiano.

—Y algo africano, por el tamboril que acompaña a la guitarra y la flauta.

—Vámonos;... No quiero el desenlace final: son las tres y media, y la madrugada se viene encima.

Al salir de Catedral el Obispo se enganchó del brazo de su acompañante. Una andaluza maja que estaba en la puerta les gritó:

—Se van ustedes a lo mejor, arrastraos; Que el Niño Dios los haga felices y les dé sucesión...

—Gracias respondió el padre Robustiano, por seguir representando su comedia.

VII.

Al día siguiente salió del Obispado un edicto de su Ilustrísima prohibiendo definitivamente en la Catedral, en la **Misa del Gallo** de Noche Buena, los bailes de los seises y las mulatas. Estos bailes los tomaron los cristianos y mahometanos del paganismo. En Grecia tenían la danza de la Inocencia, en la que bailaban las doncellas desnudas. La danza religiosa se pierde en la noche de los tiempos.

El desorejado

—
(1741)
—

I.

—Señor capitán Urquizu, jura vuesa merced en todo lo que le fuere preguntado, ante los santos evangelios y nuestro Redentor erucificado?

—Sí juro, señor juez.

—Declara vuesa merced haberle cortado las orejas al soldado de esta guarnición Juan González Calvanas?

—Lo declaro.

—¿Qué motivos ha tenido vuesa merced para cometer este desaguizado en un militar de la Plaza?

—Porque ese soldado me ha faltado, atreviéndose a enamorarse de una hija mía; la ha estrupado, la ha fecundado y ha deshonorado mi hogar!....

—No sabe vuesa merced, que para castigar a los culpables están los jueces, y que vuesa merced no puede tomarse la justicia por su mano?

—En cuestiones de honra, señor juez, el mejor juez es uno mismo! He podido matar a ese bribón y he preferido cortarle las orejas.

—Queda vuesa merced arrestado, capitán Urquizu

II.

El cuerpo de capitanes del Batallón de Granada hizo una representación al Jefe, pidiéndole la libertad del capitán Urquizu.

El escrito era fuerte en vocablos; y el Jefe, por disciplina y desobediencia al Reglamento militar mandó ponerlos presos también. Orden que se cumplió en el acto con los cuatro capitanes.

El Jefe en carta de 21 de enero de 1741, dió cuenta al Rey con lo ocurrido en la guarnición de esta Plaza.

En el entre tanto la pobre víctima de sus descabellados amores con un soldado, **de color pardo**, sucumbía de sobreparto.

Los capitanes fueron puestos en libertad bajo fianzas.

III.

El marqués de la Ensenada comunicó al gobernador D. Juan José Colomo; en nombre de S. M., que se siguiera el proceso contra el capitán D. José Valentín de Urquizu, “actuando el juez conforme a derecho y que se le diera cuenta del fallo.”

Al ofendido capitán que se tomó la justicia por su mano, se le condenó a unos meses de arresto. Y el atrevido tenorio quedó desorejado y dado de baja como soldado de la guarnición.

La verdad es que en cuestión de honor el mejor ejemplo es el del **Alcalde de Zalamea**, que se tomó la justicia por su mano; y cuando el Rey le dijo: “Vos, no tenéis autoridad de ejecutar la sentencia,

que toca a otro tribunal.” — Contestó el ofendido Alcalde: “Como por acá no hay más que una sola audiencia, cualquier sentencia que hay, la ejecuta ella; y así está ejecutada ya.”—Y dice Calderón de la Barca en la misma comedia “Que la honra no la compra nadie.” Y agregamos nosotros: La honra agraviada no se discute, se defiende.

Papel de iglesia

(1758)

I.

Presentóse ante el Cabildo de San Germán D. José Vicente de la Torre, comisionado por el gobernador D Esteban Bravo de Rivero para cumplimentar la real orden de 10. de Julio de 1746, que disponía en rígida **Instrucción**, considerar “nulos y de ningun valor los títulos librados desde 26 de abril de 1618 en adelante, exigiendo la presentación de los anteriores en el plazo de quatro días so pena de ser tenidas por baldías y realengas las tierras ocupadas.”

Esta disparatada resolución se había suspendido su cumplimiento con la muerte del rey Felipe V, pero de nuevo, en 1758, se ordenó se llevara a efecto. Al interino gobernante no le quedó más salida que ponerle el **Cumplase**, aunque era opuesto a tan descabellada medida; Y seguido escribió al Rey informándole en contra y enviándole la protesta del **Cabildo de San Juan**; y no dudando que el **Cabildo de San Ger-**

mán protestaría también, le envió, por pura fórmula, un Comisionado para cumplimentar el real mandato; lo que dió lugar a formarse una gran levadura de descontento.

II.

Reunidos el Cabildo de la Ciudad de las Lomas, tomó la palabra el representante del Gobierno:

—Señores: vengo a poner en ejecución la **nueva ley agraria**. Primero, registraremos todos los títulos de los terratenientes anteriores a 1618. El propietario que no tenga papeles justificativos del dominio de sus predios, sus terrenos serán revertidos a la Corona. Hay que demoler los **hatos**, dividiéndolos en **estancias**, y hacer nuevas concesiones a los que quieran cultivarlos. Mañana empezará el registro oficial de los títulos que se me presenten en esta oficina.

—Señor Alcalde de primera vara, protesto y me opongo en nombre del vecindario, que aquí represento, a que se cumpla la tal disposición. Los consejeros del nuevo Rey ignoran que estas tierras las hemos ganado con la sangre de nuestros abuelos, peleando contra Caribes, Franceses, Ingleses y Holandeses. Que estos predios de terrenos han venido a nuestras manos, de padres e hijos. Que los papeles se los han llevado los temporales y destruido las mudanzas del caserío y los incendios de los piratas invasores. Pero que estamos dispuestos a defenderlos con nuestras espadas de cazoleta, nuestras lanzas y nuestras rodelas.

—Poco a poco, señor regidor, la ley es la ley, y hay que obedecerla, y tenga en cuenta su Señoría, que hablo en nombre de S. M. dijo el Comisionado.

—Me llamo señor Comisionado, José Ramírez de Arellano, y soy el síndico del procomún. Mi vida y haciendas están a disposición del Rey; pero el Rey no es quien hace esta ley injusta y atropelladora

de sus súbditos, sino sus malos consejeros. Contra ella protesto en nombre de los terrícolas del **Partido de San Germán**; y apelo a la Real Audiencia y Chancillería de Santo Domingo. Espero, pues, que su señoría suspenda, desde luego, sus funciones en lo que el alto tribunal de Justicia resuelve este litis.

—Señor Alcalde, dijo el Comisionado especial, yo no puedo suspender el cumplimiento inmediato de una real cédula, y pido a su Señoría la comunique en seguida al vecindario en debida forma, para que quede promulgada, y se levantó la sesión.

III.

Al día siguiente el secretario del Cabildo D. Juan Ribera de Mathos y un tambolirero, ponían en conocimiento de los vecinos de aquella zona del **Partido de San Germán** la nueva ley agraria.

En cada calle y enrucijada de la población, después de un redoble de tambor batiente, leía en alta voz el secretario la Circular del Gobernador sobre la nueva ley agraria.

¡La gente empezó a arremolinarse en torno de los promulgadores del odiado edicto; y en una de las enrucijadas últimas del pueblo le gritó un chuseo al secretario:

—D. Juan, dígame usted a ese Comisionado, que me preste el guayo que la yuca se está pasando; y a otro perro con ese hueso.

IV.

Por la noche hubo pedrea contra la casa donde se alojaba D. José Vicente de la Torre.

Al día siguiente al ir para misa, por ser domingo, fué atacado el Comisionado al subir las escaleras de la iglesia parroquial por el corajudo síndico Ramírez de Arellano, que con un zurriago de piel de toro le

dió tan tremenda paliza que hubo necesidad de llevarlo en parihuelas a su casa, por maltrecho y ensangrentado que salió de las manos vulnerantes del audaz Regidor. El tumulto y la gritería del vecindario fué tremenda. El Alférez Real quiso prender al agresor.

V.

Ramírez de Arellano se acogió al fuero de la iglesia para no ser preso. Sabedor Bravo de Rivero del choque personal habido en San Germán, pasó oficio al señor Obispo Oneco, para que ordenara al Vicario de la parroquia la entrega del reo.

Su Ilustrísima le contestó, que la inmunidad de la Iglesia era sagrada y había que respetar sus fueros. Que el derecho de asilo en los templos estaba sancionado por los Concilios y respetado por todas las naciones católicas. Y que para extraer un reo de las Iglesias había que llenar determinados requisitos y hacer un expediente especial.

En el entre tanto, los vecinos de San Germán le prepararon la fuga a Ramírez de Arellano, y por la costa de Cabo Rojo, con toda la documentación necesaria, se fugó a la isla hermana y se presentó ante la Real Audiencia y Chancillería de Santo Domingo. La protesta del Cabildo del **Partido de San Germán** estaba en toda regla, pidiendo la suspensión de la real cédula, mientras se acudía con un **Suplicatorio** a S. M.

VI.

Bravo de Rivero volvió a escribir al Rey, enviándole la protesta del Cabildo de San Germán; y haciendo saber “que en vista de la actitud de rebeldía de los dos Cabildos de la Isla y el temor de motines había suspendido el **Cumplase** de la nueva ley de tierras, interín el Consejo de Indias estudiaba bien el caso, atendiendo a los razonamientos de estos súbditos y resolvía en justicia.”

Con fecha 15 de marzo de 1759 descendió una real cédula de la Corona, 'reconociendo el derecho incontestable en la propiedad de los estancieros de la Isla que estaban en tranquila posesión de sus predios.' Y ordenaba al mismo tiempo que los terrenos realengos, que eran de todos y de ninguno, se dividieran en estancias y se distribuyeran por pregon al mejor postor.

Bravo de Rivero, diestro gobernante, no hizo nada, pues estaba de parte de los terratenientes. Y en 18 de octubre de 1760 se recibió en Santa Catalina una real orden "mandando, que se informara sobre los inconvenientes que se pudieran recelar de poner en práctica la demolición de los hatos y criaderos y el repartimiento de esas tierras."

VII.

La evolución de los tiempos se encargó de destruir los hatos y convertirlos en estancias, sin perjuicio de tercero. Pero, mientras tanto, los sangermeños defendieron con un zurriago de piel de toro los derechos adquiridos con la sangre de sus abuelos sobre las lomas y seborucos y llanadas de las comarcas del oeste de la Isla.

Razón tiene el historiador filósofo Laurent en apuntar, que era un beneficio divino en aquella época atrasada, que la Iglesia recogiera a los desgraciados que iban a pedirla un refugio para dar a las pasiones tiempo de calmarse y para interponer su autoridad entre el opresor y el oprimido.

Con fecha 10. de Noviembre de 1840 bajó un decreto de la Regencia, declarando "que quedaba extinguida y sin efecto alguno la inmunidad local, tanto en la Península e islas adyacentes como en las provincias de Ultramar.

Así terminó este fuero de asilo en los templos que se prestaba a muchos abusos.

El Nudo Gordiano del Concubinato.

(1760)

I.

Cuando llegó a su diócesis el obispo Martínez de Oneca se encontró con el escándalo de que casi todos los soldados de la guarnición de la Plaza vivían acortejados con mulatas y cuarteronas. El dean padre Gándara le dijo un día:

—Señor Obispo, su Ilustrísima no debe permitir este estado de inmoralidad en la ciudad de San Juan, ni que vivieramos en Tetuán en plena morería.

—Tiene usted razón, padre Gándara. He tratado este asunto con el señor gobernador Guazo Calderón y se opone a que legitime esas uniones.

—Y ¿qué razones da su Excelencia?

—La inferioridad de la raza de color en esas mujeres.

—Ba, ba, ba! Y su Ilustrísima, qué le contestó?

—Que la mujer preferida por el sabio Salomón fué

la morena Sulamita. Que media Andalucía era mora, y que ante la Iglesia y Dios no habían castas ni guerrarquías.

—¿Se pondría furioso?...

—Montó en cólera, y casi me despidió iracundo.

No le fué posible al Obispo hacer entrar en razones al soberbio y engreído D. Antonio Guazo Calderón.

II.

—Padre Gándara, basta de circumloquios y cataplasmas con el señor Gobernador. Empieze usted mañana a casar los soldados de la guarnición, que se acojan a la sombra del santo lábaro de la Iglesia de Cristo. Es mejor casarse que abrasarse, como dijo San Pablo. Empieze usted por el capitán Juan Ruiz, que me ha pedido protección por dos veces, para legitimar unos ocho hijos, que tiene en una mestiza, que puede pasar por hija de Sevilla.

Al día siguiente de haber puesto el padre Gándara las órdenes de su Ilustrísima en acción, recibió el señor Obispo un violento oficio de Guazo Calderón, recordándole, que respetara los derechos del Vice Real Patrono de Indias, y que se mantuviera en sus límites eclesiásticos, sin invadir la jurisdicción del Capitán General Gobernador e Intendente.

El prelado le contestó que el deber de uno y otro era moralizar las costumbres del pueblo que S. M. había puesto bajo la dirección de ellos. Que sobre la espada material del mal servidor del Rey estaba la espada espiritual del buen servidor. Que no necesitaba de sus licencias para proteger el derecho de sus feligreses. Y que desde el momento que se sublevara contra la Iglesia de Cristo quedaba excomulgado por él en toda regla según los cánones del Concilio de Trento, y no se le permitiría oír misa en Catedral.

III.

Guazo, del berrinche que sufrió, cayó enfermo. Pateteaba como un loco y quería cortarles las orejas al Obispo y al Dean. El estado de nerviosidad tomó incremento, hubo asomos de parálisis general y hasta hubo que administrarle la Extremaunción. No vino la mejoría.

Al noticiarle el padre Gándara al señor Obispo el estado de próxima muerte de Guazo, respondióle su Ilustrísima:

—El nudo gordiano está cortado: los soldados están casados: los hijos legitimados: los hogares moralizados: esas mujeres honradas: y la Religión defendida, Padre Gándara, visite al Gobernador en mi nombre, y dígame que la Excomunión está levantada, y que ruego a Dios, como buen cristiano, que le devuelva la salud.

IV.

El Gobernador no mejoró: el achuchón había sido formidable; el Obispo había puesto contra él toda la población.

Al día siguiente de reconciliado con la Iglesia—7 de abril de 1760—daba el piojo en palacio. Antes de espirar emplazó a Oneca ante el tribunal de la justicia de Dios por haberlo desacreditado ante sus soldados, violando el Real Patronato de Indias, y echando por tierra la dignidad de un soldado de S. M.

V.

A los cuarenta y cinco días del emplazamiento—el 23 de abril de 1760—el señor Obispo también fallecía en su palacio para comparecer ante el tribunal de Dios, según rezan los cronicones.

Ante el tribunal de la Historia está fallado este litis, dándole la razón a su Ilustrísima, que tan viril y acertadamente cortó el nudo gordiano del concubinato.

El Carimbo

(1784)

I.

El barco negrero había desembarcado su cargamento de esclavos africanos en la costa de Palo Seco, frente a la Capital. Y, a buen bogar, la falúa de Real Hacienda se acercaba a la ribera con los Oficiales Reales a bordo, a cobrar el tributo de veinte pesos por cada pieza, a favor del Fisco. Miestras el **Estanco** de la venta de negros existió, el Gobierno cobraba cuarenta pesos por la introducción de cada africano; después, en 1778, se redujo a veinte; y a nueve, cuando se dió libertad absoluta de importación de esta mercancía de ébano.

Una vez atracada la falúa, los empleados subalternos se prepararon a cumplimentar la penosa faena de marcar cada esclavo con el **carimbo** del Gobierno para evitar el contrabando. Y negro que no tuviera la **marca**, al hacer la requisa en los ingenios, se confiscaba, adjudicándoselo la Real Hacienda; y

lo vendía después en almoneda pública al mejor postor.

Aquella mañana, como mañana tropical, era diáfana, azul intenso el cielo, límpida la atmósfera y fresca la brisa. Frente al ranchón donde estaban acuartelados los desgraciados esclavos, puso el aduanero el anafre de hierro, que un peón llenó de carbones y dióles fuego. Pronto las ascuas rojas y los chispazos de luz dieron señales de la intensidad calorífica allí acumulada, merced al continuo abanico que hacía un ayudante con un pedazo de yagua. Estando en buen punto de ignición el anafre, un Oficial de la Real Hacienda colocó el hierro marcador entre los prendidos carbones y lo sacó cuando del rojo cerezo pasó al blanco incandescente.

El primer africano marcado con el **carimbo** lanzó un grito terrible de angustia, que puso en conmoción a toda la negrada y la llenó de hondo pavor; pero encerrada aquella infeliz gente en el ranchón no sabía de qué se trataba. Los esclavos, poseídos de un pánico atroz, iban saliendo uno a uno, temblorosos, con las manos atadas a las espaldas, y se sometían como pobres reses a la terrible operación de la marca oficial.

El grito lanzado por el infeliz siervo, al recibir el contacto del **carimbo** incandescente, se repetía con una monotonía aterradora. Aquellos hombres al grabar con hierro candente el real signo en la piel de los esclavos, procedían mecánicamente, empedernidos en su brutal labor.

Se sentía olor a carne chamuscada, que se difundía en el espacio y la brisa esparcía en la campiña; y un humillo blanquiceo envolvía a la víctima y al victimario.

En la baraunda del cumplimiento de aquella odiosa ley se quedó sin marcar un negrito; ya fuese por compasión que infundiera su tierna edad a los Oficiales Reales, ya por temor de que su dueño lo perdiera de

tétanos o alferecía, al someterlo a la cruel quemadura del estigma del carimbo. Sea de ello lo que fuere, el dueño del negrito pidió y obtuvo indulgencia, dejando para más tarde el someterlo a la obligatoria marca, cuando tuviera más cuerpo y resistencia; pagando no embargante, la contribución de ordenanza.

II.

Estando muy tirantes las relaciones del gobernador don José Dufresne con el obispo don fray Manuel Ximénez Pérez, pronto llegaron a un rompimiento.

El Obispo había prestado generosamente al Gobierno el edificio que había construído con sus rentas, limosnas y arbitrios píos, y destinado, a los pobres enfermos de la Capital. Este préstamo fué con motivo de la declaratoria de guerra a los ingleses, en Junio de 1779. Pasado el peligro reclamó su Ilustrísima, cortésmente, su hospital, y el Gobernador se negó hábilmente a devolvérselo. Cruzáronse los oficios de una y otra parte; primeramente, diplomáticos; luego, incisivos; y por fin, personales. La situación era insostenible y vino el escándalo. Rompióse la valla del respeto mútuo y aprestáronse los dos altos funcionarios a combatirse.

El Obispo se quejó al Rey y el Gobernador informó a S. M., con fecha 9 de Noviembre de 1780, que "fray Ximénez Pérez, para sus fábricas particulare y para la del hospital, se había robado los materiales y la piedra labrada del Gobierno."

Esto, y algo más, narran con acritud y desazón los papeles de antaño.

III.

Era confesor yaltr ego del señor Obispo fray Iñigo Abbad, quien después fué historiador de Puerto Rico; y el gobernador Dufresne, en vista del rapa polvo

de S. M., apuntó entonces sus cañones contra el consejero áulico del Obispado, ya que el Rey colocaba bajo su égida al jefe de la Iglesia en Puerto Rico.

En tal virtud, buscándole las cosquillas y los talones al director espiritual del Prelado se le procesó por tener un esclavo sin la real marca. La presa fué decomisada y fray Iñigo encausado como defraudador de la Real Hacienda y contrabandista; ordenándose, por auto judicial, se vendiera el esclavo en pública subasta.

IV.

Por trasmano, valiéndose de un amigo, remató fray Iñigo su esclavo. Este, que se llamaba Miguel, era un negrito de doce años, que el fraile había comprado a un tal Sánchez, ignorando estuviese sin el infame signo oficial de la Real Hacienda. El esclavito se había granjeado el afecto de su amo y era su sirviente favorito; por lo que el ataque del Gobernador fué como la saeta que da en mitad del blanco.

Recuperado Miguelito, se embarcó con él nuestro corajudo fraile con rumbo a la Guaira, en Mayo de 1778, para tomar allí un navío de la Real Compañía de Guipúzcoa y marchar a la Corte a deponer sus quejas ante S. M. contra los atropellos inauditos del gobernador Dufresne.

V.

Fray Iñigo se las compuso en la Corte de tal modo, que en 29 de Junio de 1780 descendía una real orden al Gobernador de Puerto Rico, manifestándole "lo mal visto que había sido por el Rey el procedimiento llevado a efecto contra fray Iñigo Abbad sobre la aprehensión de un negrito bozal, que hubo de Agustín Sánchez", revocando la sentencia que se pronunció

y mandando se procediera contra el Sánchez y se indemnizara al fraile si reclamaba.

El Conde de Florida Blanca, que tuvo entonces oportunidad de conocer el temple de este benedictino le encargó que hiciera una **Memoria** informativa del estado de esta isla y sus necesidades; y el erudito fray Iñigo escribió entonces su célebre historia, que presentó al ministro de Carlos III en 25 de Agosto de 1782.

Creemos demás añadir a nuestra narración que el astuto hijo de San Benedito disparó tan certera su saeta contra el régulo de Borinquén, que dió de lleno en el blanco; pues Dufresne cesó en su gobierno en 1783, y el 4 de Noviembre de 1784, por real orden, se abolía el **carimbo** odioso, el terrible hierro, que con el nombre de **real marca** se ponía en la piel de cada africano, después de pagado el tributo de importación por su dueño, para poder justificar en todo tiempo que la pieza había sido introducida en el país legalmente.

Con razón ha dicho Tito Livio: ¡Ni las instituciones son inmutables, ni los gobiernos perpétuos! ¡Al fin, se vino abajo el **carimbo**, la **trata** y la **esclavitud**!... ¡Y aún queda en pié la servidumbre en mascarada del hipócrita coloniaje!... ¡También, tarde o temprano, rodará por tierra!

La Hija de la Mulata

(1799)

I.

El trapiche melaero de D. Florencio Faría iba viento en popa. Había aprendido a fabricar con la azúcar prieta el azúcar de papelón y lo sacaba tan blanco como el que venía al país procedente de la Habana.

Se había metido en plata D. Florencio y había enviado a su hijo único Rodolfo a estudiar leyes a Sevilla. El mozo había regresado ya con su título de abogado y estaba pasando una temporada en la hacienda. La **Mariposa**, con sus padres, antes de establecerse en la Capital.

Esto pasaba a primero de Enero y el día 5 por la noche Rodolfo metió en bulla a los jóvenes capataces para bien temprano irse a **reyear** por el barrio.

Metidos en rumba toda la gente joven del ingenio, Chucha pidió permiso a la señora para acompañar al niño Rodolfo a pedir aguinaldo en el barrio.

Y en magníficos caballos, con un sol esplendente,

hicieron rumbo a la casa del primer vecino para ir formando la trulla.

Se corrió, se bailó el *seis chorreao* y se comió arroz con perico, y se bebió sangría y aguardiente de caña, de lo lindo. A la caída de la tarde regresó la muchitanga a **La Mariposa**; Rodolfo, bebiéndose los vientos porque Chucha, la hija de la mulata María Andrea lo quisiera y le diera su amor, y Chucha, con los cascos calientes, dejándose enamorar del señorito de la casa. Ni las llamas ni la belleza pueden estar encerradas mucho tiempo.

II.

Era Jesuca, que solían llamar en la hacienda Chucha y Chuchita, una gallarda doncella de veinte años, merena, con ojos color uvas, que tenían brillo felino, alto seno, perfiles y curvas de venus afrodita, nariz respingadita, moruna boca voluptuosa y dientes albos como pedazitos de médula de coco. Las manos pequeñas y redonditas, con los dedos torneaditos como guineos niños. Estaba pertrechada de hechizos. Reinaba en todos los corazones de los hombres del ingenio.

En **La Mariposa** la contemplaban con deleite, y los jóvenes la miraban estáticos, atraídos por su seductora belleza. Apenas llegó Rodolfo de Sevilla y Chucha tuvo oportunidad de clavarle su mirada luminosa, el doncel quedó sojuzgado y doblado como la hoja del maizal donde se posa el ruiseñor.

El día de los Santos Reyes fué de gran expansión entre los dos fogosos jóvenes enamorados, intensamente; que estaban como dos ánforas llenas de licor embriagante. La flecha de oro de la mirada de la hija de María Andrea pasó de parte a parte el pecho del hijo de D. Florencio. Hubo derroche de requiebros entre ellos y apretones cariñosos a granel con algunos pellizquitos. Las palabritas amorosas de

Rodolfo estraban en el corazón de Chucha y allí se anidaban.

D. Florencio se percató, por delación de un criado de confianza, de que Rodolfo, su hijo, estaba perdidamente enamorado de la hija de la mulata María Andrea.

Inmediatamente lo llamó a su aposento y le dijo quedamente:

—Hijo mío, tú no puedes cortejar a Chucha, porque Chucha es tu hermana: es hija mía. Conque, guarda el secreto, que no lo sepa tu madre, que atropellaría a la pobre muchacha que no tiene ninguna culpa, y a mi me daría un disgustazo.

Rodolfo quedó como si le hubieran dado una puñalada en el pecho. Bajó la cabeza y cerró los ojos, pero al instante, los abrió y reanimóse; los celos habían mordido en su corazón; y creyó firmemente que su padre lo desviaba de Chucha porque él anhelaba hacerla suya. Se retiró diplomáticamente de su padre y se fué derechito al cuarto de su madre.

III.

—¿Ya has descansado del **reyeteo**, Rodolfo? Me dicen que has bailado con Chucha como un trompo, en todas las casas del barrio donde estuvistéis. Parece que Chuchita se te ha metido en los sesos. No dejaste amores en Sevilla?—Interrogó la señora.

—¡Ay, madre! Chucha es superior a todo lo que yo he conocido como mujer. Es ideal y al mismo tiempo atrayente y seductora... Y al sondear su alma es pura y virginal como un ángel—Me tiene loco....

—¡Bien, hijo, bien! Pues prepara tu viaje para la Capital y allí encontrarás mulatas guapas y sandungueras que te den el opio, tan buenas como Jesús. ¡No lo dudes!....

—Madre, yo vengo a consultarle una cosa. Mi

padre me acaba de decir, que yo no puedo enamorar a Chucha porque es mi hermana. ¡Cuando precisamente yo iba a decirle, que quería casarme con Jesusa, aunque fuera hija de una mulata! Después me iría a trabajar a la Capital de abogado.

—¡Pues, chico, tu padre está equivocado!... dijo la señora frunciendo el ceño.

—¡Entonces, mis celos eran fundados...!

—Qué celos, ni qué... Iba a decir un disparate. En fin, desatemos el nudo. Cierra la puerta y oye:

IV.

—¡Te puedes casar con Jesusa porque tú no eres hijo de Florencio! ¿Lo oyes bien?

—¡Yo, Madre!...

—¡Sí, tú! Oye... Después de la gran tormenta que hubo un año antes de tu nacer, yo tuve que irme a la finca de la costa **La Sardinera**, a tomar baños de mar, para curarme de unas calenturas de frío, que estaban acabando conmigo, y las medicinas de la botica no podían triunfar de ellas. Florencio se quedó en **La Mariposa** para levantar la hacienda que había sufrido mucho con la tormenta. Entonces la madre de Jesusa era una real hembra, joven de veinte años y con los atractivos carnales que ha heredado su hija. Era modesta y buena, y vivía con nosotros, prestándome los servicios domésticos de doncella de confianza. Desde pequeña la tuve a mi lado. Florencio se enredó con ella y de esos amores nació Chuchita. A los cuatro años de esto viro la maldita viruela a castigarnos la nagrada y una de las víctimas fué María Andrea.

—Pero bien, madre, esto prueba que Jesusa es hija de mi padre; pero no que yo no sea hijo de él.....

—No te apresures, Rodolfo, que todo lo sabrás— Ahora va la segunda parte. Yo soy hija de corso, y por lo tanto vengativa. Cuando supe en **La Sardi-**

nera que Florencio me la pegaba con María Andrea juré vengarme, pero no en la pobre mulata que se entregaba a su amo por servil mandato, sino en el marido infiel. Había llegado a la hacienda un joven vizcaino, llamado Mendizabal, muy trabajador y Florencio me escribió de las magníficas cualidades del nuevo mayoral. ¡El incauto! El mismo me dió el instrumento de mi venganza!... Al negro que semanalmente traía las provisiones de la estancia de la costa le ordené avisara al mayoral, que el domingo viniera a verme que quería conocerle. Era un mocetón de Carranza, fornido como un toro... Le tendí mis lazos y cayó en mis redes... y se quemó como las mariposillas en la luz de la bugía... Ese es tu padre! La viruela maldita o bendita también cargó con él! Ya estás en autos. Mi marido me fué infiel y yo le jugué los vegigantes!... Fué un cambalache de amor!... Y en paz y concordia!... Ahora, vuelve donde Florencio para que arregle tu casamiento con Jesusa.

—No, madre, si él se entera de esto, la matará por adúltera!...

—No seas bobo, Rodolfo, antes lo tendría yo que matar a él, por lo mismo. Que tire la primera piedra, dijo Jesús, el que esté sin pecado. Anda, anda, antes que se vaya para el trapiche.

La madre del joven abogado no era de una familia empingorrotada: era de la Indiera, en San Germán, y procedía de la raza indígena. Falta de buena educación tenía una moral acomodaticia.

V.

Rodolfo llamó con miedo a la puerta del aposento de D. Florencio.

—Adelante; Empujad la hoja; Otra vez eres tú? Qué te pasa? Parece que estas borracho?... Habla; Rodolfo, con miles trabajos y aprietos de voca-

blos, contó angustioso a D. Florencio la triste confesión de su madre. Temía, que de un momento a otro se levantara frenético aquel hombre y fuera a golpear a la pobre señora y tal vez la matara. Terminó echándose a llorar.

—Bien, bien. ¡No llores, carape! Los hombres no deben llorar nunca! Conque eres hijo de Mendizabal;... Dios lo quiso; La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios!... Ahora, casándote con Chuchita vuelves a ser hijo mío. Ven y abrázame; Caracoles; Ahora tengo la conciencia más tranquila. Dios de Dios; No puede negar tu madre que es hija de corso. La muy... En fin, ha llorado tanto desde entonces; Oye, Rodolfo, como Jesusa tiene sangre africana en sus venas, y aquí está mal vista la gente de color, nos vamos a vivir a Europa, donde no existen estos reparos. Tenemos capital para ello; Muchacho, vuelve a abrazarme; caracoles;... Ahora hay que enseñar a todo el mundo la partida de bautismo de Chuchita, para que vean que es hija de Mendizal, porque yo le pedí a ese canalla ese favor, para engañar a tu madre!... Recontra;... Y el sin vergüenza y socarrón se prestó a ello tan contento; Ya se vé; Ah, sin vergüenza, si estaba comiendo la fruta dulce y sabrosa de mi cercado;... En fin, Dios sobre todo!...

¡Triste cuadro sociológico de la comedia humana; También D. Florencio tenía una moral bien acomodativa como su vengativa esposa...;

Las Ruinas de la Ermita

(1313)

I.

La fundación de la aldehuela de Arecibo se remonta a fecha anterior a 1570, según un cronicón del Archivo de Indias. Es más vieja que la del actual San Germán. El poblejo empezó a constituirse al rededor de una colina junto al mar. Allí levantaron los vecinos una ermita de arquitectura romana, y la pusieron bajo la advocación de **Nuestra Señora del Rosario**. Correspondía su situación a la escalinata actual de entrada al **Paseo de Victor Rojas**. En los contornos del atrio del santuario, el cementerio.

La época a que nos referimos y en la que se desarrollaron los sucesos que vamos a narrar, fué la del año de 1818. La calle principal de la Villa era una vía que partiendo del ancón, que daba paso al río **Albacoa**, se extendía por detrás de la casa que llamamos de Ulanga, cogía a lo largo de la calle de Santa Rosa, seguía por la de San Rafael, empalmaba con la Plazuela de San Felipe, que no existía enton-

ces, y seguía por la calle del mismo nombre, a pasar por detrás de la Ermita de la Monserrate, que era la única en uso, y salía al camino del oeste por el coto. Existían trazadas las calles del Rosario y la Cruz, la Plaza de la Caballería y las calles de Jesús y María y Carnicería (hoy José de Diego), pero casi deshabitadas. Los barrios del norte y sur de la población, ahora tan poblados, eran bosques de uveros, hincos, pajuales y guayabos. Rompían la monotonía del paisaje los esbeltos cocales.

La Casa del Rey era la vieja casa de los Romero. La Iglesia de San Felipe y las Ermitas del Rosario y la Concepción estaban en ruinas. El Culto se daba en la Ermita de la Monserrate. El Vicario vivía en una casa vieja, que estuvo en el solar que hoy ocupa la de La Sucesión Hjalmarson.

En este estado las cosas de la Villa, llegó a desempeñar la Vicaría el joven presbítero Don José Dominguez. Hacía días que ocurría un suceso alarmante, que tenía al vecindario en ascuas y era que algunas noches en las ruinas de la Ermita del Rosario, sobre la cual el olvido cruel había echado un sudario de plantas trepadoras, aparecía una gran luminaria y se oía cantar con buena entonación la **Salve Regina**.

Del Santuario no quedaban en pie más que los cuatro paredones dominando un enmarañado jaral. La techumbre se había desplomado. También se conservaba la sacristía, que era una pequeña azotea adosada al templo. Junto a todos aquellos despojos crecía la naturaleza exuberante que casi formaba bosque tupido.

. II

Corrida la noticia por el vecindario, la ronda nocturna no pasaba por aquellos sitios. Se conformaba, supersticiosa, con atisbar de lejos a ver si veía la sinistra claridad y divisada ésta, emprendía ruta en sentido opuesto.

Los marinos, que regresaban con su pesca, al enfrentar su barca la desembocadura del río **Abá-coa** y traspasar la barra columbraban las luces de las pavorosas ruinas y decían al patrón:

—Patrón, mire hacia la **Ermita del Rosario**.....

Y el timonel les contestaba:

—Hace rato que estoy mirando! Besad vuestro escapulario de la Virgen del Carmen, que eso no vá con nosotros. Y santiguaos!.....

Y los pescadores remaban con más bríos:

III.

Eenterado el Vicario de lo que ocurría, reconoció las ruinas de la Ermita; recibió personalmente los goznes y cerradura de la puertecilla de entrada a la sacristía, aseguró la puerta que ponía en comunicación ésta con el santuario, y de vuelta a su casa llamó al sacristán.

—Oiga usted, Pastrana, esta noche se pone Ud. de vigía y cuando vea usted luz en la **Ermita del Rosario** me avisa en seguida.

—Esta bien, padre.

A media noche notó Pastrana la claridad amedrentadora de las ruinas y corrió a avisar al Vicario.

—Padre, padre!.....

—Qué pasa? !

—Que ya está la Ermita iluminada.

—Está bien!.....

Y el padre Domínguez se vistió precipitadamente. Abrió su cómoda y sacó de ella dos pistoletas. Reconoció cuidadosamente el mixto y las colocó en la cintura. Sacó un paraguas y examinó el estilete, que tenía de ánima, y lo resebó. Después tomó una ancha capa y se envolvió en ella, poniéndose un sombrero de ancha ala, y dijo al sacristán:

—Si vienen a procurarme, diga usted que salí para el campo.

Y decía la verdad, porque donde se iba a meter

era un campo cerrado de sombrías malezas. Al verle el sacristán encaminarse hacia la **Ermita del Rosario**, se santiguó y exclamó en voz baja:

—Que Dios lo acompañe!....

IV.

Cautelosamente llegó el padre Domínguez a la puertecilla de la sacristía, andando a tientas entre tanto yerbajo. Se puso en acecho: tinieblas por todas partes: le temblaba la mano al meter la llave en la cerradura, en aquella densa obscuridad, buscando al azar. Estaba hondamente impresionado por el ritmo suave del canto gregoriano con que estaba entonada la **Salve**. En aquella soledad penetraban las notas en sus oídos como una plegaria bajada del cielo. Y la armonía era tan acorde que no podía aquella entonación ser terrestre.

Al entrar en la sacristía vió salir por una gran rendija de la puerta que conducía al santuario una viva claridad. Corrió hacia ella y aplicó un ojo a la abertura para ver lo interior del templo. Tuvo un deslumbramiento mágico. Se retiró con pavor y llevó la mano a su frente. Un sudor frío la inundaba. Había visto una criatura hermosísima, de pálido rostro, delgada, vestida de blanco, suelto el abundoso cabello y con dos luces en la mano recorriendo el pavimento y cantando dulcemente. Le pareció que la bella visión tenía alas y supuso desde luego que era un arcángel. No se atrevió a volver a mirar. Sacó el pañuelo y se limpió el sudor que inundaba su rostro. Dominada la emoción que sentía, se dispuso a volver a atisbar por la rendija. En ese instante cesó el canto y quedó todo en tinieblas. El padre fué a marchar y le temblaban las piernas. Con grandes esfuerzos salió de la sacristía y se dirigió a su casa.

Al día siguiente ordenó al Mayordomo de fábrica de la iglesia, que los cuatro paredones que quedaban en pie de la **Ermita del Rosario** fueran echados por tierra. Hecho esto cesaron las luminarias...

V.

El año de 1863 decía el padre Domínguez a los contertulios de la botica:

—Me voy a morir de viejo, y jamás he podido darme cuenta de una visión terrestre o celestial que presencié el año de 18 cuando vine a hacerme cargo de esta Vicaria.

Y refería con todos sus detalles el hecho. Todos le oían con un religioso silencio y participaban de sus dudas. Y terminaba su narración exclamando:

—Para mí, era un arcángel!.....

En 1888, en una sesión de magnetismo animal, por aquel tiempo muy en boga, me decía una anciana concurrente:

—Cada día vé uno cosas nuevas! Yo tenía una abuela, media sonámbula, quien le refería a mi madre que cuando ella era joven asistía con su novio a los novenarios de la **Ermíta del Rosario**, y le gustaba cantar a duo la **Salve Regina**. Que su novio murió de unas calenturas malignas que invadieron el pueblo. Después hubo un temblor de tierra fuertísimo, que destechó la iglesia de San Felipe y las Ermitas del Rosario y la Concepción. Y que a ella le entró la manía, irresistible, de levantarse a media noche e irse a las ruinas de la **Ermíta** a cantar la **Salve**.....

Con cuánto gusto hubiera el padre Domínguez oído esta sencilla manifestación de la nieta de la sonámbula, que le tuvo preocupado toda la vida!.....

El Tesoro de los Frailes

(1821)

I

Corría el año de 1821. Los vientos de fronda, que soplaban en la Península contra las corporaciones religiosas habían llegado a la capital de Puerto Rico, convertidos en una comunicación enviada por la Secretaría de Gobierno de Ultramar, con la Real Orden de 20 de Noviembre de 1820, para el cumplimiento de la Ley hecha en Cortes y sancionada por S. M. acerca de la supresión de monasterios de las órdenes monacales y arreglo de los Conventos de Regulares.

El capitán General, Jefe Superior Político, como se llamaba entonces, nombró una comisión compuesta de don Manuel de Arroyo, coronel de Infantería retirado; don Miguel Pizarro, capitán ayudante de regimiento de Milicias Disciplinadas y Alenlde constitucional; y don Gregorio de Reyna escribano real y público, para que se constituyera en los conventos

de San Francisco y Santo Domingo, de esta ciudad, y se incautara, bajo inventario, de los bienes muebles, alhajas, censos, biblioteca y cuanto más perteneciera a dichas corporaciones de Regulares.

II

El día 12 de Febrero del citado año de 1821, a las diez de la mañana, la comisión nombrada llamaba a la puerta de la celda del reverendo padre guardián de Franciscanos fray Juan Bautista Morales.

—Adelante: contestó una voz llena y robusta.

—¡Dios sea en esta casa! dijeron a la vez los señores que componían la comisión del Gobierno.

—¡Ahora y siempre! contestó el padre Morales, poniéndose en pie, dejando sobre la mesa el libro que leía, y adelantándose, estendió la mano al señor Alcalde, diciendo al mismo tiempo:

—Bien venidos, señores; y dió también la diestra al coronel y al escribano.

—Venimos, padre Morales, en una comisión del Gobierno; dijole el Alcalde.

—Pues, sentaos, amigos.

Cada uno de los visitantes acercó su silla a la del padre guardián, y el coronel Arroyo, como el más viejo de los miembros de la comisión, usó primero de la palabra.

—Ya sabe usted, padre Morales, lo que pasa en España con las corporaciones religiosas y sus monasterios. El General Aróstegui ha recibido orden de clausurar los que aquí existan, e incautarse de todo lo que posean; y nosotros venimos a vuestro convento a cumplir tan triste y delicada misión.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! exclamó el padre Morales. Ya estaba yo preparado para recibir a ustedes, pero no creía que el Gobernador pusiera en práctica tan violenta disposición, sin antes comunicármela personalmente, llamándome a Santa Catalina.

—El Gobernador, padre Morales, ha querido evitarnos este disgusto fuera de vuestra casa conventual, repuso el alcalde señor Pizarro, para dejar bien puesta la reputación de cortés de su Jefe Superior Político.

—¡Sea como Dios quiera! replicó el padre Morales. Y cogiendo una campanilla de encima de la mesa la agitó un instante. Apareció en seguida en el dintel de la puerta un franciscano.

—Hérmáno, servíos avisar al padre Carbonell y al padre Vergara, que vengan a mi celda.

Al poco rato los padres predicadores fray Alejandro Carbonell y fray Agustín Vergara, estaban en el cuarto del padre guardián. Entonces, levantándose el padre Morales, dijo ceremoniosamente a los miembros de la comisión del Gobierno:

—Señores, estamos a sus órdenes, ¿por dónde quieren ustedes comenzar?

III

Se empezó por anotar en el Acta de Inventario, que el convento estaba amurallado por los cuatro costados, teniendo dos puertas con salidas a la calle; la una, la de la Portería, corriente, con un cerrojo interior, fuerte cerradura y llave; la otra puerta daba al patio interior, con un cerrojo largo, con cerradura pero sin llave por haberse perdido.

La comisión pasó a la parte alta del edificio, y el escribano Reyna anotó:

Ocho claustros: cuatro altos y cuatro bajos. En los de arriba, quince celdas, contando con una pequeña que se llama *Scala coeli*, por tener una escalerita que conduce a la azotea. En los claustros bajos, diez celdas con dos covachas y otra pieza destinada a cuarto de reclusión. A la salida de los claustros altos hay una pieza, a parte, que es la Enferme-

ría; otra, que se usa de Despensa; y otra para las Letrinas.

—Anotad las escaleras, Sr. Reyna, indicó el padre Guardián; sacando de su bolsillo una tabaquera y tomando un polvo de rapé.

—La siba a omitir, replicó el escribano, para abreviar este enojoso trabajo.

—Conviene a la Comunidad sea usted detallista. Mañana puede el Gobierno suprimir alguna o algunas de las escaleras; y al devolvernos el edificio, justo será reclamárselas.

—Tiene usted razón, padre Morales, dijo el señor Pizarro, que era alcalde **constitucional**; poniéndose al mismo tiempo muy encarnado con la profecía del guardián.

Y el escribano registró:

Dos escaleras, que suben por los costados de la Portería a los claustros altos; otra, que baja a los claustros inferiores; otra, que conduce al antecoro de la Iglesia; y la citada escalerita de la azotea.

—Está bien.

Y continuó Reyna inventariando:

Cocina, dos patios, cada uno con un aljibe. Un refectorio con salón de entrada; y otro salón, sobre éste, en los claustros altos.

—¡Y he terminado!... exclamó el señor Reyna, haciendo una gran aspiración para llenar de aire sus escuálidos pulmones; y púsose la pluma de ganso sobre la oreja derecha, donde quedó la péñola perfectamente fija, como si estuviera colocada en la mejor de las escribanías.

—Le falta a usted registrar, díjole bondadosamente el padre Morales, que al final de los claustros altos, en un extremo, hay una campanita de bronce, que sirve con su metálico sonido para congregarnos a las horas reglamentarias. La Comunidad le tiene mucho cariño y no quiere que vaya a extraviarse.

IV

—Señores de la comisión, esta es la **Celda de los Prelados**, dijo el padre Morales, a la vez que penetraban todos en una ancha pieza, con sus puertas, ventanas y postigos al corriente.

El escribano señor Reyna tomó la pluma y anotó:

Dos mesas, seis sillitas de madera con asientos de cuero, un farol grande colocado en medio de la celda; una brisera, una colgadura sobre una puerta, seis cenefas en las ventanas; una mesita, donde está colocado un cilindro de hierro con el sello del Convento, dos rinconeras y dos tablonces de cedro con sus patas, en forma de mesa.

¿Falta algo que anotar en este local, padre guardián? dijo el escribano.

—Sí, señor Reyna, haga usted constar, que la mesita sobre la cual descansa el sello de la Comunidad, es de madera de caoba. Es un regalo, y puede en el día de mañana ser sustituida por una de cualquier otra madera pintada, imitando la caoba; y no habría entonces derecho a reclamar.

V

—Estamos ahora, señores de la comisión, en el **Archivo del Convento**, manifestó el padre Morales, penetrando en otro salón, contiguo al anterior. Y dirigiéndose al escribano le dijo:

—Señor Reyna, voy a dictar a usted, a la vez, que enseñe a los miembros de la comisión del Gobierno la documentación que cito.

—No se moleste usted tanto, padre guardián. Puede usted dar luego una nota al señor Reyna y con eso abreviaremos este acto.

—No es molestia, don Miguel, es un deber, el cual debo cumplir estrictamente; y lo cumpliré. Tengo que entregar por orden superior todo lo perteneciente al Convento y no quiero, por olvido involuntario,

dejar de anotar alguna cosa, que podría después ocasionar alguna pérdida a la Comunidad.

—Estoy a sus órdenes, padre, dijo el escribano, con la pluma en ristre.

—Pues registre usted primeramente, un libro mayor **Becerro**, en donde están anotadas todas las fundaciones, con sus respectivos capitales principales y obligaciones ; así perpétuas como interinas. Y que este libro contiene 175 fojas.

—¿Qué más?

—Otro libro de inventarios, que contiene dichas Fundaciones y Escrituras. Con 246 fojas.

— Qué más?

—Un pequeño escaparate, con su llave, en el que se guardan dichos libros, con sus cajones respectivos que contienen escrituras corrientes y canceladas, fundaciones, bulas pontificias, reales cédulas y otros papeles.

—¿Qué más?

—Ciento setenta y dos escrituras corrientes, que constan del libro **Becerro** y del de **Inventarios**.

—¿Qué más?

—Ochenta y nueve escrituras de fundaciones; y las dos que faltan, hasta el número noventa y uno, consiste en que dos documentos se han deteriorado.

—Qué más?

—Veinte y tres fundaciones interinas y futuras.

—¿Qué más?

—Veinte y seis reales cédulas.

—¿Qué más?

—Tres tablas, en que están estampadas las fundaciones de misas cantadas y rezadas, a que está obligado el Convento.

—¿Qué más?

—Un cuaderno manual, que contiene la **Lista** de los inquilinos censuatrios, que tiene dicho Convento, así en la capital como en varios partidos de la Isla, con expresión de principales, créditos y meses en que

se cumple el plazo anual; el cual se acompaña bajo el número 1.

—¿Qué más?

—Otra relación de las deudas contra el Convento, formada con arreglo a los intereses y gastos; su fecha de 15 del presente mes de Febrero; siendo su totalidad la de 1,562 psos, un real y 30 maravedises; sin incluir lo que se debe a Don Julián Barrera, según se expresa en la misma **Relación**; que también acompaña bajo el número 2.

—¿Qué más?

—Otra relación de lo que adeuda la Orden Tercera a la Comunidad de este Convento, cuya suma es de 166 pesos, seis reales; que igualmente se acompaña bajo el número 3.

—¿Qué más?

—Una **Lista** de los inquilinos que adeudan réditos al Convento, con inclusión de otras deudas particulares y lo retenido en la Hacienda Nacional correspondiente al importe de Oblatas de años anteriores, cuya suma es de 5,144 pesos, doce maravedises. Y se acompaña con el número 4.

—¿Qué más?

—Una relación de las misas rezadas de Portería, que adeuda el Convento; y de las cantadas de memorias perpetuas, que tiene aplicadas hasta su fecha, pertenecientes al presente año, con arreglo a las Tablas, que hablan sobre la materia. La que se acompaña bajo el número 5.

—¿Qué más?

—Un documento simple, que acredita la compra de un negro, que hizo el hermano sindico doctor don Francisco Pimentel, a favor del Convento, al señor Canónigo don Tibureio Tomás, de edad como de 60 años en 180 pesos. Y se acompaña bajo el número 6.

—¿Qué más?

—Un expediente que se halla en la oficina del presente escribano señor Reyna; al que está agregado un documento de fianza de 500 pesos; otorgada por don Antonio Guerrero y por su suegro don Juan Fagundo a favor del Convento.

—¿Qué más?

—En este departamneto no hay nada más, repuso el padre Morales, con voz firme y forzada sonrisa.

VI

La comisión pasó al salón de la biblioteca, en unión de los tres franciscos.

—¿Vamos a anotar todos los libros, padre?, dijo el coronel Arroyo, que se sentía profundamente fatigado, sin haber hecho nada.

—Ah! desde luego. Yo no entrego nuestra querida biblioteca sino bajo inventario.

El señor Reyna, también cansado de tantas anotaciones, se sentó a escribir, resignado con su mal-dita suerte de pendolista. El coronel bostezó dos veces y se rascó más de tres veces en la región pétrosa de la oreja derecha. El alcalde Pizarro puso la cara avinagrada al ver los detalles en que entraba el padre Morales. Imposible iba a ser en un solo acto tomar posesión del Convento. Pero, el padre guardián estaba dentro de lo ordenado por el Gobierno y había que someterse al inventario.

—¿Díctele usted, padre! dijo con mustia cara el escribano.

—Primeramente, un estante de madera de cedro, en que están colocados los siguientes libros:

Diga:

—Teología moral, de Pimentel. Un tomo en folio.

—Tri?unal de confesores.—Id.

—Balsia.—Diez tomos.—Id.

—Corella.—Práctica de Confesores.—Un tomo.

—Ligorio.— Teoogía Moral.—Dos tomos.

—García.—Política Eclesiástica.—Dos tomos.

- Un diccionario de Nebrija.
- Lacroix.—Theología Moral.—Dos tomos.
- Reinfectuel.—Dos tomos.
- Parras Regulares de Indias.—Dos tomos.
- Sandino.—Un tomo.
- Boybim Theología.—Cuatro tomos.
- Merinero.—Filosofía.—Cinco tomos.
- Castell.—Theología.—Un tomo.
- Año Virginio.—Un tomo.
- Besombes.—Teología moral.—Dos tomos.
- El Evangelio en Triunfo.—Cinco tomos.
- Quevedo.—Theologia.—Tres tomos.
- Ejercicio de la Perfección, por el padre Alonso Rodríguez.—Un tomo.
- Abonomías.—Teología.—Dos tomos.
- Valero.—Theologia Expositiva.—Dos tomos.
- Ferrari.—Filosofía.—3 tomos.
- Aforismos Superiores.—Cuatro tomos.
- Exposición de la regla de San Francisco. Un tomo.
- Castell.—Un tomo.
- Tosca.—Compendio.—Tres tomos.
- Un Cuaderno del señor Jovellanos.
- Memorias de la Sociedad.
- Ferrari.—Filosofía.—Otra edición.
- Una Biblia.
- La Concordancia.
- Martín de San José.—Sin pergamino.—Un tomo.
- Fray Luis de Granada.—Theología Eclesiástica—
Un tomo.
- Cuatro volúmenes descuadrados.
- Estatuto general del Barcelona para la familia Franciscana.
- La Madre Agueda.—Un tomo.
- Un tintero y una carpeta.
- Estos otros libros no tienen importancia para nosotros y nos es indiferente se extravíen.

—¡Estoy sudando a mares! exclamó el escribano señor Reyna.

—Con la gracia de Dios todo se andará; replió el padre guardián.

—No le parece, padre Morales, dijo el coronel Arroyo, que siendo ya las doce dadas, sería bueno dejar el resto de lo que falta del Convento para inventariarlo mañana?

—Es lo mejor, padre, insinuó el alcalde Pizarro.

—Como ustedes gusten, señores.

Todos estrecharon la mano del padre fray Juan Bautista Morales y de las padres Carbonell y Vergara; disculpándose por las molestias que les habían ocasionado. Pero la orden del Gobierno era terminante y había que cumplimentarla. El padre Morales, con la sonrisa en los labios, los despidió muy fino y muy atento; recordando, que dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios.

VI

Ida la comisión, se recogió el padre Morales a su celda, se sentó en la silla poltrona, dejó caer la cabeza sobre la mano izquierda y estuvo en esa posición unos cinco minutos. Tenía los ojos cerrados. Cuaquiera que hubiera entrado en aquellos momentos hubiera creído dormitaba. Había dado orden que viniera el hermano portero; y llegado éste, habló con él un rato y luego pasó al refectorio. Toda la Comunidad le esperaba impaciente. Los franciscos sabían ya lo que había pasado, avisados por los padres Carbonell y Vergara.

El padre guardián penetró en el refectorio con la cabeza baja, indiferente, como si nada ocurriera. Llegó a su puesto, extendió la mano derecha sobre los manjares que estaban en la mesa, y con voz clara, precisa y vibrante, exclamó:

—Benedicite.....

—Pater noster.....

Concluído el almuerzo y dadas las gracias al Señor por el alimento recibido, dijo el padre Morales:

—Hermanos, pasad a vuestras celdas y pedid a Dios que os dé luces. Necesito de vuetros consejos. Dentro de diez minutos nos reuniremos en el salón de arriba. Hoy no hay reereo.

Los frailes desfilaron uno a uno ante el guardián haciendo una ligera reverencia y guardando profundo silencio.

VII

A la hora prefijada la campana del Convento daba tres golpes secos. El padre Morales fué el primero en llegar al salón de conferencias. Luego fueron llegando puntualmente los otros conventuales, quienes saludaban al prior con una ligera inclinación de cabeza.

Ocupados todos lo spuestos, dijo el padre guardián, poniéndose de pie:

—Orate, frates.

Los franciscanos se levantaron y musitaron con recogimiento la oración reglamentaria.

—Sentaos, hermanos.

Todos se sentaron cuidadosamente y cruzaron los brazos sobre el pecho. Entonces, hizo uso de la palabra el padre Morales, en los siguientes términos:

—Hermanos míos, los vientos huracanados de la Revolución golpean sobre nuestras puertas. La barquilla de San Pedro está combatida por el revuelto oleaje de las pasiones humanas. Pero el infierno no prevalecerá.. Dejemos que el mal se consuma él mismo. Padre Vergara, referid a la Comunidad lo que habéis presenciado.

Y se sentó el padre Morales. El padre Vergara se puso de pie, se santiguó, dijo un versículo de San Mateo alusivo simbólicamente al caso, saludó al prior,

volviéndose ceremoniosamente hacia él, y refirió a las conventuales lo ocurrido. Terminada su narración, inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó de pie, esperando órdenes.

—Sentaos, padre Vergara. Habéis cumplido con vuestro deber y os doy las gracias, en nombre de la Comunidad, de la cual soy inmerecido rector. Ahora, padre Carbonell, servíos pasar lista y que cada hermano dé su parecer, para tomar una orientación.

El padre Carbonell abrió la carpeta, tomó una lista y fué llamando uno a uno a los fraisciscos:

—Fray Angel de la Concepción Vázquez.

—Presente. Contestó el citado fraile poniéndose de pie.

—¿Qué me aconsejais, hermano fray Angel, en estos críticos instantes? djóle el prior.

Fray Angel, al igual de fray Agustín Benigno Vergara, se santiguó, dijo quedo una sentencia de San Marcos, saludó al jefe de la Comunidad y empezó su discurso así:

—Hermanos, el Rey es nuestro Patrono por bula de su santidad Julio II, y le debemos, por ende, obediencia. Por bula de nuestro Santo Padre Alejandro VI corresponde a la Corona los diezmos y primicias en toda la América, con el deber del Rey de proteger nuestra santa Religión. El Rey, que Dios guarde, trajo a las Indias Occidentales nuestra veneranda Orden, le dió solares y tierras y encomiendas de indios y protección. Asignó rentas para el vino y el aceite. Y a su sombra hemos crecido y vivido. Hoy S. M. nos lo quita todo. El responderá de sus actos ante el trono del Señor. La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios. Cúmplanse los impenetrables designios de la Providencia. Empero, hermanos míos, yo me someto humildemente, con arreglo a los preceptos de mi Santa Orden, a lo que disponga el padre guardián, a pesar de la opinión que he manifestado.

—Sentaos, hermano fray Angel, y gracias por vuestras luces.

El padre Carbonell se levantó y llamó:

—Padre fray Blás de Silva.

Presente. Opino como dice el hermano fray Angel.

—Padre fray Lucas Martínez.

Presente. Como dice el hermano fray Angel.

—Padre, fray Pedro García Gimenez.

—Presente. Como dice el hermano fray Angel.

Y toda la comunidad se expresó de igual modo.

—Hermano Herrero, dijo el prior, id a sustituir a' hermano Angulo en el servicio de la Portería, para que venga a dar su parecer.

La orden se cumplió y a los pocos instantes penetraba en el salón el hermano portero.

—Padre Vergara, referid al hermano Angulo lo que pasa, para que pueda darnos su opinión, dijo el padre Morales.

El padre Vergara, como un fonógrafo, repitió otra vez detalladamente lo que había pasado con los representantes del Gobierno y cual era la opinión de la Comunidad.

El hermano portero se puso de pie, se santiguó y cumplió con el ritualismo en el exordio; pero, como hombre acostumbrado en la portería y fuera del Convento a la lucha con el mundo, habló con desenvoltura en los siguientes términos:

—Hermanos, dispensadme si no estoy conforme con la resolución adoptada por la Comunidad. Al diablo hay que hacerle la señal de la cruz como quiera que se nos presente.

El Rey no puede quitar lo que ha dado y ya no es suyo. Además, lo que hay en este convento no es nuestro tampoco; es de nuestro padre San Francisco. Está bien que entreguemos, ante la fuerza, lo que no podemos ocultar. Pero, el dinero y las alhajas no debemos darlos. Cuando recuperemos

ésto, ni nos devolverán el dinero ni las prendas; y nos dirán, que nos contentemos con volver a tomar el Convento y dirigir la Iglesia. ¡Cómo si lo estuviera viendo! Yo me comprometo a esconder nuestro tesoro, si hay quien me ayude.

—¿Cuántas personas necesita el hermano Angulo para que le ayude? dijo el prior.

—Otro compañero solamente. Secreto de dos es secreto de Dios; pero de tres, descubierto es. Repuso el portero con sonrisa socarrona.

—Elija el hermano su compañero para tan arriesgada empresa.

—Yo elijo al mismo padre guardián.

—Hermanos míos, dijo el prior, lo que propone el hermano Angulo es muy delicado; es un acto de rebeldía contra el Gobierno de S. M. Debemos defender nuestra orden, pero debemos también obediencia al Rey. Aquí hay un conflicto. *¿Ubi est ratio?—Deus super omnia—Et cum Deo filii sui Jesuchisto...* ¡Así, pues, los que estén conformes con la opinión vertida por el hermano Angulo se servirán manifestarlo levantando en alto el dedo pulgar de la mano derecha, y los que no estén conformes continuarán con los brazos cruzados sobre el pecho. Hermanos míos, dad vuestro parecer.

Todas las manos derechas tenían el dedo pulgar enarbolado en lo alto.

—¡Cúmplase la voluntad de la Comunidad; exclamó con naturalidad el padre Morales; y poniéndose en pie agregó:

—*Ite in pace, fratres.*

Todos desfilaron reglamentariamente ante el prior, quien fué el último en abandonar el salón de conferencias.

VII

A las doce de la noche estaba el hermano Angulo en la celda del padre guardián. Había llevado un

cajón donde colocaron el dinero que el prior guardaba en su armario y además las alhajas que habían hecho traer de la Iglesia. En el convento reinaba el más profundo silencio.

Terminada la labor, el padre Morales prendió un pequeño farol de mano que tenía para cuando creía conveniente pasar una visita nocturna a todo Convento. Lo tomó en la mano izquierda y con el derecho empuñó una larga barra de acero, que tenía en un ángulo de la celda. El portero se echó al hombro el cajón con el tesoro de la Comunidad y en la diestra portaba un palaustre de albañil.

—Adelante, hermano Angulo, que la noche avanza, dijo el prior.

Se dirigieron silenciosos hacia la cripta de la Iglesia, atravesaron los desiertos claustros, bajaron a la portería, subieron al antecoro y penetraron en el templo. Atravesaron la extensa y fría nave principal, cruzaron el presbiterio, penetraron en la sacristía y descendieron a los sótanos donde están los sepulcros.

El padre Morales puso el farol sobre una tumba y recostó cuidadosamente la barra de acero contra la pared.

El hermano Angulo dejó en el pavimento el cajón. El padre guardián sacó del bolsillo de su sotana un gran pañuelo y limpió el sudor que inundaba su frente. Después recorrió la húmeda cripta sepulcral y escogió el sitio donde habían de ocultar el tesoro de la Comunidad. Con sumo cuidado levantaron unas losas, ayudados de la barra y del palaustre.

—Ahora, dijo Angulo con rostro místico; que el padre San Francisco lo defienda de los vampiros de la Revolución.

Las precauciones tomadas por el padre guardián fueron tales, que al día siguiente bajaron a la cripta algunos conventuales a dar sepultura al cadáver de

un hermano y no pudieron calcular que allí se había ocultado el tesoro de la Comunidad.

IX

A la mañana siguiente, a la hora acordada, se presentó la comisión del Gobierno en la celda del padre guardián. El padre Morales los recibió cordialmente.

Tomó el escribano Reyna nota detallada del rectorio, la cocina y la despensa; y pasó la comisión a la Iglesia contigua.

Al registrar las alhajas sólo pudieron anotar campanillas, lámparas y candeleros de bronce y metal inferior y algunos crucifijos de *doublée*. La imagen de San Francisco estaba sin la corona y sin el anillo. Y la Custodia que era muy rica, estaba sin las piedras preciosas.

La comisión dió cuenta al Gobernador de la riqueza de alhajas encontradas en la Iglesia de los Domínicos, contrastando con la pobreza de la de los Franciscanos. El general Aróstegui mando llamar al padre Morales. Se ignora en absoluto lo que entre ellos pasó. Afuera se oía la voz del Gobernador y la del padre guardián; pero sin comprenderlos. Si fuerte era la una, no menos colérica era la otra.

El Gobernador dió cuenta a Madrid de la actitud rebelde de los frailes del Convento de San Francisco de San Juan para entregar sus alhajas y dinero. Y en la misma fragata *La Velóz*, que llevaba este parte y que zarpó del puerto de la Capital con rumbo a Cádiz el 13 de Marzo del mismo año, embareó el padre fray Juan Bautista Morales, prior de los Franciscos. El Gobierno en Madrid nunca contestó el parte del gobernador de Puerto Rico; y las cosas se quedaron como estaban. El general Aróstegui

fué sustituido por el general Latorre en el gobierno de la isla.

X

El 20 de Febrero de 1824 se hacían cargo de nuevo las corporaciones religiosas regulares de San Juan de sus conventos, iglesias y bienes.

Don Mariano Velilla y don Vicente Pizarro, comisionados del **Crédito Público**, entregaron a fray Agustín Benigno Vergara, que hacía las veces de padre guardián, y a fray Angel de la Concepción Vázquez, todo lo perteneciente al Convento de San Francisco, ante el mismo escribano público señor Reyna y con presencia del coronel don Manuel Arroyo.

Al devolver las alhajas de la iglesia, de bronce y metal inferior, se echó a reir el escribano y exclamó sarcásticamente:

—Esta vagada, San Francisco de Asis fué más listo que Santo Domingo de Guzmán.

XI

El 9 de Agosto de 1838 volvieron a desencadenarse vientos de fronda contra los Dominicos y Franciscos.

Los hijos del Santo de Asis habían acordado no desenterrar su tesoro, y a poco se fueron proveyendo de objetos de plata y oro para el servicio religioso del templo.

El Gobernador y el Intendente designaron la comisión que había de incautarse de los bienes de los Regulares; y el día 13 del mismo mes y año se presentó en la celda del provincial fray Francisco Javier de Sosa.

Esta vez se empezó el **Inventario** por la iglesia y los Franciscos no pudieron ocultar las nuevas alhajas adquiridas. Por la siguiente relación se verá las que habían reunidos desde 1824 a 1838 y se podrá

calcular la grandeza del tesoro escondido, correspondiente a los años de 1547 a 1824.

El mismo escribano real y público, señor Reyna, empezó las anotaciones; y los reverendos padres fray Miguel García, fray Agustín Benigno Vergara y fray José Manuel Hernández fueron entregando a don Francisco de Paula López, comisionado especial de la Intendencia, los siguientes alhajas:

—Nueve cálices de plata. De los cuales cuatro son sobredorados.

—Ocho patenas de plata, sobredoradas.

—Seis cucharillas de plata, sobredoradas.

—Una caldereta de plata, para el agua bendita.

—Una hisopo de plata.

—Dos incensarios de plata, con sus cucharillas y navetas de igual metal.

—Diez y nueve candeleros de plata.

—Tres campanillas, de plata.

—Diez y nueve candeleros de plata.

—Seis blandones, de plata.

—Dos palmatorias, de plata.

—Dos fuentes, bastante grandes, de plata.

—Otra fuente pequeña, de plata; para repartir la ceniza.

—Un jarro, de buen tamaño, de plata.

—Una cruz con pedestal y crucifijo, todo de plata.

—Una vara de estandarte, que contiene siete canutos en la parte inferior y una cruz a su final. Todo de plata.

—Nueve canutos de plata, que sirven para vestir la vara del guión, el cual es también de plata; adornado con seis campanillas y terminado en una cruz del mismo metal.

—Una cruz alta, con nueve canutos. Toda de plata.

—Diez porta pases; de los cuales el uno es mayor que el otro en una mitad. Todo de plata.

—Un copón de plata, que sirve para purificar los dedos.

—Seis candeleros de plata, del manifestador, con seis espigas correspondientes.

—Un manifestador, cubierto de una hoja de plata, con su frente.

—Dos hostiales de plata, con sus tapas de idem.

—Una custodia de plata, sobredorada, con su buril de oro.

—Dos copones de plata sobre dorados, que sirven para dar la comunión.

—Dos llavecitas de hierro pulimentado, con sus cadenas de oro, que sirven para abrir los sagrarios.

—Una ampollita de plata, para guardar los Santos Oleos.

—Seis pares de vinajeras de plata, con cuatro campanillas de idem.

—Otro par de vinajeras, que es sólo con su platillo.

—Una lámpara grande, de plata.

—¡Y nada más! Dijo con ronca voz el padre Vergara.

—Y, esas lámparas de plata de la capilla de la Concepción y esa corona y esa media luna también de plata, que tiene la divina Imágen? Manifestó el representante de la Intendencia.

—Eso, contestó el padre Vergara, recarcando la voz en el vocablo eso, como protesta del lenguaje irreverente de su interlocutor, pertenece a la Cofradía de la Purísima Concepción y no a nuestro Convento.

—¡Ah! fué lo único, que tuvo a bién decir el comisionado del Gobierno.

El señor Reyna tomó nota de los ornamentos y casullas. Y después pasóse a inventariar lo del Convento.

XII

No volvieron las Ordenes de Regulares a recu-

perar sus bienes en Puerto Rico. Los conventuales vivían de la miserable pensión, que con el nombre de **congrua**, les había asignado el Gobierno. Eran unos cien pesos anuales.

Poco a poco se fueron muriendo los frailes. Alguno que otro se repatrió a la Península. Y en 1848 solamente quedaba en Puerto Rico el padre Hernández, a quien los vecinos llamaban el padre **Nandito**. Todos los días decía su misa en el altar de San Francisco; cuyo santo lo habían quitado del altar mayor y trasladado a una capilla colateral.

Por las noches iba el padre **Nandito** a la iglesia, la que el Gobierno había convertido en **Parroquia**, y rezaba su rosario arrodillado debajo del púlpito. El rumor público sostenía que en aquel sitio estaba enterrado el tesoro de los frailes.

El conventual iba todas las noches de visita a casa del padre Durán; y se murmuraba que este sacerdote estaba en el secreto.

A la hora de dormir se recogía el padre **Nandito** a una buharda de la calle de la Tanca, donde una piadosa familia lo había amparado. Una noche del mes de Diciembre, fría y lluviosa, sintió la familia que el fraile volvía a salir a la hora de haberse recogido. ¡Cosa extraña, pues no acostumbraba a hacer eso! Se le esperó en vano. A la mañana siguiente se encontró al bondadoso conventual muerto debajo del púlpito, donde rezaba todas las noches su rosario. Entonces se acentuó la creencia popular que en aquel sitio era que verdaderamente estaba enterrado el ambicionado tesoro. El Gobernador y el Intendente se pusieron a la voz con el Obispo, y mandaron a buscar al párroco de la iglesia de San Francisco.

A las diez de la mañana del día siguiente una comisión del Gobierno exploraba la iglesia del santo de Asis, en demanda del anidado tesoro. En vano se levantaron las losas debajo del púlpito y se hi-

cieron catas y rebuscas en otros sitios. A las cinco de la tarde regresó la comisión a Santa Catalina a dar cuenta al gobernador don Juan Prim de la fracasada investigación.

XIII

El Gobernador era valiente y había tomado informes reservados por otra parte. Así que a las doce de la noche acompañado de su asistente, que era un fornido aragonés, y del sacristán de la propia iglesia, que era un vejete extremeño, tomaba sus precauciones para bajar a la cripta sepulcral.

Según descendían las escaleras del sótano, un vientecillo frío y húmedo les azotaba el rostro. El aragonés iba delante con un farol, detrás el Gobernador, y guardando una pequeña distancia, como que bajaba de mala gana, el sacristán. Un murciélago, al huir de la vista de los inoportunos visitantes, rozó con una de sus alas una oreja del asistente. Este, supersticioso, sintió que un frío intenso se le colocaba por todo el cuerpo. Continuó bajando poseído y de un miedo cerval, y al poner el pie en el último peldaño, como el piso estaba descarnado, no pudo medir la distancia y se fué de narices, rodando por tierra. El farol se apagó. Ninguno había tenido la precaución de llevar fósforos. El sacristán, que estaba a mitad de camino, ascendió rápidamente. El Gobernador lanzó una imprecación y se vió precisado también a desandar lo andado.

El sacristán hizo presente al Gobernador, que cuantas personas habían bajado a las tumbas con la intención de apoderarse del tesoro de los frailes habían experimentado un frío intenso, se habían acobardado a mitad del camino, y, por fin; habían también huído al sentir fuertes golpes. El Gobernador, por única contestación, dijo al sacristán:

—Está bien. Vendré mañana por el día.

—Mejor será; Afirmó el asistente; pero en su interior juró por la Virgen del Pilar de Zaragoza, que el hijo de su madre no volvía a bajar aquellos húmedos escaños.

XIII

Al siguiente día amaneció el Gobernador Prim con fiebre y malestar agudo y a las tres semanas fué que pudo abandonar su cama.

Y estando, ya convaleciente, sentado en una de las habitaciones de la Fortaleza que dan al mar, y de las cuales se ve la entrada del puerto, divisó la fragata **Ceros**, que hacía con regularidad la travesía de Cádiz a San Juan; se alegró infinito porque iba a recibir noticias de la Península.

Efectivamente, en aquel barco venía la nueva de su relevo y que había sido sustituido en el gobierno de esta Isla por el general don Juan de la Pezuela.

Cuando lo supo el sacristán, exclamó, meneando la cabeza de un lado a otro:

—Ya el Gobernador Prim recibió el cordonazo de nuestro padre San Francisco por meterse a buscar el tesoro de los frailes. No se escapa nadie y gracias que haya librado la pelleja, porque yo creí que se moría de fiebre maligna.

Desde entonces, ni criollos ni peninsulares, ni las autoridades civiles ni las religiosas han querido meterse en camisas de once varas buscando el dinero y las joyas de los frailes Franciscanos; temiendo, incrédulos y creyentes, a los cordonazos del poderoso santo de Asís.

El Remedio de la India

(1824)

I

A dos leguas de la Capital existía una aldea llamada **El Roble**, y en 1714, en tiempos del gobernador D. Juan de Ribera, se levantó en ella una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar, y se obtuvo la declaratoria del **Pueblo**, con el nombre de Río Piedras.

La población no prosperaba por falta de comunicaciones y en 1820 estaba el caserío empobrecido y el templo en ruinas, celebrando el culto católico en un ranchón.

Hecho cargo del gobierno de la Isla el general D. Miguel de la Torre se propuso darle vida a Río Piedras. Al puente de Martín Peña, que había construido el gobernados Meléndez en 1817, le dió mayor anchura y solidez, bajo la dirección técnica del teniente coronel D. Diego Pizarro, y del lodazar que

existía al otro lado del puente, largo de una legua, hizo un camino sólido, que casi era una calzada, pues a uno y otro lado lo que había era agua cenagosa y manglares.

Dispuso que la **Casa de Convalecencia**, que se construyó con fondos del **Regimiento Fijo** para restablecer la salud en ella, los individuos de dicho Cuerpo, que enfermaban en los castillos de la ciudad, se construyera y hermoseara para lugar de recreo de los Gobernadores y su familia.

II

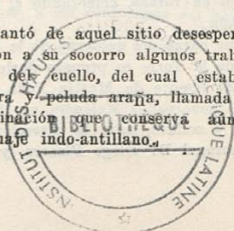
Corría el año de 1824 y el ayudante de Ingenieros D. Juan María de Iturrondo, que estaba encargado de los trabajos de reparación en la **Casa de la Convalecencia** y hacer un Parque, había dispuesto echar por tierra un gran robledal para construir las glorietas, jardines y parterres.

Los días eran muy calurosos e Iturrondo que dirigía personalmente los trabajos, con dos brigadas de presos del Correccional, se ponía a la sombra de un breñal donde la maraña del bosque sostenía la humedad del lugar y en el cual el joven vizcaino ayudante de Ingenieros, se defendía de los rayos del sol, quemantes e irresistibles en aquel mes de Septiembre.

Muchas veces Iturrondo entre aquellos peñascales echaba su sueño de siesta, después de fumarse un buen tabaco.

III

Un día se levantó de aquel sitio desesperado y gritando. Acudieron a su socorro algunos trabajadores y le quitaron del cuello, del cual estaba aún prendida, una negra y peluda araña, llamada en el país **guabá**, denominación que conserva aún este arácnido del lenguaje indo-antillano.



Iturrondo no hacía más que gritar por el intenso dolor que sentía en el cuello. Marchó a escape un mensajero a la Capital a buscar al físico del Hospital Militar, y éste estaba en una casería de patos y yaguazas en las lagunas de Vega Baja.

Entonces dijo un capataz, natural del pueblo de Río Piedras, que allí existía una india vieja, que sabía curar muy bien las picaduras del **guabá**. Se fué en su demanda inmediatamente porque vivía a la salida del pueblo en un pobre bohío.

IV

Llegó la indígena eurandera: era una tarasca de más de 80 años, con la cara llena de pliegues, desdentada y una nariz de cotorra, color de bronce viejo y con un pañuelo de madrás envuelto en la cabeza y un camión de zaraza de colores. Se sentó junto al enfermo y examinó detenidamente el cuello de Iturrondo. Había dos puntos negros y la piel se hinchaba por momentos. **Mamagoya**, que así se llamaba la india, arrugó la cara, más de lo que la tenía, estiró hacia fuera los labios, y gritó:

—Traíganme, en seguida, una botella de rom; pero liguerito que esto está malo, muy malo!

Afortunadamente lo que pedía estaba a la mano. Un capataz le alargó su cantimplora. Tomó un buche la tía **Mamagoya** y se enjaguó la boca con el jugo alcohólico de la caña. Derramó en su mano derecha una buena cantidad de rom y empezó a frotar la picadura. Iturrondo berreaba como un desesperado. De pronto se bajó **Mamagoya** y aplicó sus labios a la herida y empezó a chupar haciendo la succión. Cuando tuvo la boca llena de sangre escupió y enjaguóse de nuevo con otro buche del licor. Por tres veces hizo la misma operación.

Luego pidió un tabaco lo prendió y mientras ardía el puro y creaba ceniza estuvo con el dedo pul-

gar de la mano derecha haciendo cruces sobre los dos puntos negros del cuello de Iturrondo. Cuando tenía como medio centímetro de ceniza su tabaco lo aplicó de golpe sobre la picadura del guabá. El paciente pegó un grito tremendo y Mamagoya se echó a reír, exclamando:

—Ya está su merced salvado, niño. Y Dios lo guarde!

Se enjuagó de nuevo la boca la galena indígena con el ron y pidió una taza de café prieto caliente. Se lo tomó: y dispuso, que el enfermo en 24 horas no tomara alimento alguno y quedara a dieta de agua de coco, para que orinase cualquier cantidad del veneno del guabá que hubiera podido penetrar en la sangre.

Al marcharse la curandera le dijo el capataz de la cantinplora:

—Mamagoya, ¿porqué hacía usted cruces sobre la picadura del guabá?

—Hijo, pa espantar al diablo que es pariente de la araña pelúa, y podía venir en su auxilio.

V

El guabá lo conservó Iturrondo en alcohol dentro de un frasco de boca ancha y se lo llevó para España cuando se marchó.

Enterado el gobernador D. Miguel de la Torre de lo ocurrido regaló a la vieja Mamagoya cinco onzas españolas por haber salvado al empleado del Gobierno de una muerte segura, y dispuso que le recompusieran y cobijaran de nuevo su pobre rancho que tenía a la salida del pueblo a la sombra de un alto roble.

El Relicario de Amatistas

(1829)

I

Doña Blanca Molina de Ayamonte, señora muy entrada en años, reunió un día a sus hijas Concepción y Florencia, ya casaderas, y les habló de este modo:

—Hijas mías, hoy es cumpleaños de mis bodas; quiero repartir entre vosotras mis joyas, que no las uso y que vosotras podréis lucir en vuestras tertulias, recepciones y bailes cuando os caséis. Algunas de estas prendas os parecerán antiguallas, pero cuando llegue su oportunidad y estén de moda no las veréis así. Conservadlas, pues, cuidadosamente.

Y doña Blanca sacó de su vetusto ropero de caoba una cajita de **aceitillo y maga**, primorosamente labrada, y con sus iniciales **B. M. A.** trabajadas en letras góticas, de oro. En este joyel guardaba sus sortijas, aretes, pulseras, collarines y aderezos; y los fué repartiendo entre sus amadas hijas Concha y Flo-

rencia. Al llegar a un relicario de amatistas les dijo con sinceridad:

—Esta alhaja es mi talismán...! |

—¿La mascota, como se dice en la jerga moderna? —añadió Concha con franca y sonora risa. Mujer joven, frescota y rubia, de ojos claros.

—¡Si, hijas mías! ¡Siempre he creído en amuletos! Tengo mis pruebas. Y no dudo que este relicario me ha librado de grandes desgracias y me ha sido propicio muchas veces. En mis buenos tiempos lo usé diariamente prendido en mis batas de piqué blanco, que era como me gustaba vestir.

—Madre, ¿cómo te vas a hacer para dárnoslo a las dos?—exclamó Florencia, eriolta modesta, de pelo castaño y grandes ojos negros.

—Eso es imposible, pero el azar decidirá—replicó la buena madre, que quería entrañablemente las dos hijas, de tipos contrarios.

—Mejor será que se lo des a Concha, que es tu hija mayor y a mi me darás otra prenda de tu agrado, observó Florencia.

—Pues así lo haré, si así lo quieres—dijo doña Blanca. Y añadió:

—EN cambio te daré a ti mi mejor aderezo de brillantes, para que veais la estimación en que yo tengo mi viejo relicario de amatistas.

II

Pasó el tiempo. Concha y Florencia se habían casado y cada una había fundado su hogar. Un día llegó al pueblo un pintor de miniaturas, que hacía unos retratitos, sumamente lamidos, sobre placas de marfil. Tenían mucha aceptación y eran del gusto del público. Don Fernando Peñafiel, marido de Concha, dispuso que el renombrado artista hiciera un retrato de él y otro de su mujer, los que quedaron una maravilla de parecidos. Don Fernando pidió a

Concha que separara del relicario de amatistas el retrato de su tatarabuelo y pusiera el suyo. Concha complació a su esposo. Y precisamente el día que efectuaba el cambio estaba Florencia en la casa. Acababan de llegar del templo, a donde habían ido juntas a oír misa. Y Concha dijo a Florencia:

—Hoy hago un cambio de retratos. Mira, hermana, qué miniatura más parecida ha hecho el pintor a mi esposo. ¡Qué guapo está! Este vejete del relicario, nuestro antepasado, con sus narizonas a lo Carlos III, me está lo más antipático...!

Y al tiempo que decía esto, Concha retiraba del relicario el retrato de su tatarabuelo, y lo arrojó, indiferente, en el sofá, donde estaba sentada, cuidándose atentamente de colocar en la alhaja la placa de marfil que tenía el retrato de su esposo. Florencia, que estaba recostada junto a Concha, y llevaba en sus manos un rosario de cuentas de granate y su libro de oraciones, tomó maquinalmente el despreciado retrato del abuelo y lo metió entre las páginas de su libro de rezos. Habiendo concluido Concha su operación se puso al espejo y prendió el relicario en su hermosa bata de muselina de la India, y se acercó, vanidosa, a su hermana, diciéndole:

—¿Qué tal? Esto es lo que se llama una sorprendente transformación en toda regla. Fernando se va a poner loco de contento cuando lo vea. Dará gusto oírle. Este pintor es verdaderamente un genio! Chica, quédate a almorzar para que veas el efecto que le va a hacer a Fernando este cambio de retrato.

—No puedo, hermana, contestó Florencia. Y agregó:

—Los muchachos son traviesos y reclaman mi atención. Será otro día. ¡Adiós...!

Y las dos hermanas, que se querían mucho, se despidieron muy cordialmente.

III

A los diez años de esta escena, el hogar de Con-

cha había sido teatro de terribles contratiempos. Don Fernando había muerto arruinado. El juego y una serie de despilfarros habían concluído con su capital. Y Concha, por otra parte, orgullosa y gastadora, con su amor al lujo y a la gran vida social del bóato, había precipitado los acontecimientos. El matrimonio no había tenido hijos, así que Concha se refugió al lado de su hermana querida. El hogar de Florencia había prosperado. Su marido, trabajador y económico, de comerciante había ascendido a hacendado. Tenía un hermoso ingenio de cañas. Florencia, por su parte, era muy de su casa. Dedicaba toda su atención al cuidado de su esposo y sus hijos. Modesta en el vivir, nunca había tenido despilfarro alguno. Acogió a su hermana Concha con gran cariño y se alegró de tenerla a su lado, aunque deploraba la causa que había dado lugar a ello.

VI

Acababan las dos hermanas de regresar de misa, y Florencia puso sobre el velador de la antesala su libro de oraciones. Concha lo tomó impensadamente y dijo a su hermana:

—¡Todavía conservas el viejo *Ancora de Salvación* del Colegio... ¡Qué recuerdos...!

Y al mismo tiempo se puso a hojearlo con curiosidad. Al ver el retrato del tatarabuelo exclamó estupefacta con amargo acento y sintiendo desgarrarse el corazón:

—¡He aquí el talismán de nuestra buena madre! Yo fui una estúpida al desprenderme de él! ¡Tu has guardado la imágen del protector de la familia y eres rica y feliz. Yo le dí de codos y estoy sola y arruinada...!

—¿Y de veras, Concha, que tú crees en estas supersticiones?

—Mira, hermana, ahí viene nuestro buen amigo el Doctor y él, no dudo, me dará la razón. ¡

El Doctor entró y saludó a las dos hermanas caballerosamente; y éstas le plantearon el problema.

—Amigas mías, dijo el galeno, el asunto de los amuletos está arraigado hondamente en la humanidad desde muy antiguo. Viene de épocas muy remotas. Las sectas religiosas, desde la India a nuestros días, han sabido explorarlo hábilmente, bajo el simbolismo y diversas morfologías... ¡Qué sé yo...! ¡El punto esencial era, y es, combatir la fatalidad...! Y nos olvidamos que el cultivo de las virtudes y el buen uso de las pasiones, tan terribles cuando se desencadenan, son las que nos pueden sacar adelante. Tú, Concha, te has arruinado por los vicios de tu esposo y tu amor desmedido al lujo y al despilfarro. Y tú, Florencia, te has salvado por las virtudes de tu marido y las tuyas. Ese es el *quid divinum* de las mascotas y talismanes domésticos. Pero las gentes gustan de estos enigmas y los más listos explotan a los más crédulos en este sentido; y por eso la humanidad está estacionada en las vías del Progreso y camina tan lentamente...

—Podrá ser verdad, amigo Doctor, todo lo que usted dice; pero, ¡a cuántos imbéciles protege la fortuna y cuántos hombres honrados e inteligentes atropella...! —replicó Concha insubordinada ante la filosofía positivista del galeno.

—Las nubéculas de lo ilusorio e imprevisto fatigan tu mente, Concha amiga, y te es muy difícil aceptar mis razonamientos. ¡Ah! ¡La verdad, la verdad, cuán pocos espigan en su huerto...!

Y el Doctor, sin querer tratar más el asunto, se despidió de entrambas damas, dejándolas en la creencia firme que el *Relicario de amatistas* había sido verdaderamente el talismán de doña Blanca y que se había salvado la familia por haberlo conservado su hija Florencia.

Juan Pataleta

(1830)

I

Era costumbre en el segundo tercio del siglo XIX bañarse la muchitanga sanjuanera en la Puerta de San Juan. Tomaban por la meta de sus torneos llegar al castillejo del **Cañuelo**, que orgulloso levanta todavía sus carcomidos muros frente a la **Boca del Morro**, recordando a los que le rinden culto a la **Religión de los Recuerdos**, la heroicidad del capitán Botello al recuperarlo del poder de los Holandeses en 1625, a sangre y fuego. Otras veces tomaban como señal de triunfo el divisar desde el canal, por encima de las murellas, las puertas de la Catedral.

Entre toda aquella juventud sobresalía un mozo, llamado **Juan Pataleta**, cuyo apodo procedía, de que cada vez que su madre le arrimaba una paliza por travieso y vagabundo armaba una **pataleta** en la casa de padre y muy señor mío. También es verdad,

que la despiadada mujer le golpeaba las espaldas con un chicote de marinero.

No falta quien afirme que el tal apodo se lo engañaron por andar euando pequeño como lazarillo de un ciego llamado **Pataleta**

II

En una tarde otoñal bañabanse una trulla de muchachos en las frescas aguas del canal. El tiempo era bonancible: el sol acariciaba las ondas, que con el beso del alisio cabrilleaban contra las peñas. Tarde tropical de encantos y suavidades que convidaban al vecindario a refrescarle en las marítimas ondas.

Seis chicos de la piel del diablo, fueron los primeros en arrojárse al agua y braceando ágilmente trataron de llegar al **Cañuelo**. Pronto se destacó del grupo uno, cuya cabeza sobresalía entre todas. Era la del esforzado nadador Juanillo, que llevaba la delantera.

Al llegar a la mitad del canal, de retorno, de pronto se sumergió; todos creían que había zambullido de alegría porque iba a ser el primero en llegar a la Puerta de San Juan.

Luego apareció en la superficie dando gritos agudos y envuelto en un espumarajo de sangre. Nadó todavía con valor y ganó la orilla, donde espiró. Un tiburón le había llevado una pierna...

III

Un fraile de la Orden de San Domingo de Guzmán, que estaba paseando sobre la muralla, con un libro de oraciones en la mano, bajó a la orilla del mar y le prestó los últimos auxilios espirituales al desgraciado doncel.

IV

Se suprimieron tales baños, por disposición gu-

bernativa, y los chicos escogieron bañarse entre las peñas y en una pozita llamada del **Jiguerillo** frente a la Boca del Morro. Con el tiempo, Julio L. Vizcarrondo dedicó un romance al desgraciado joven **Juan Pataleta**, que lo publicó en 1861 en un almanaque aguinaldo.

En 1882 tuve yo que auxiliar como médico, en Arecibo, a un joven español, al cual un tiburón le había llevado una pierna: parecía cortada a cercén de un solo golpe por las seis camadas de dientes del escualo.—El lugar del triste suceso existe aún y se llama **Poza de Torrado**.

El Grillete

(1831)

I

En la montaña de San José de Luquillo, barrio **Mata de Plátano**, se moría el anciano D. Pablo de Luna, conocido en la comarca con el nombre de **El generoso**. D. Pablo no tenía familia porque no se había casado, aunque podemos llamar su familia un gran número de acogidos a su casa de todas edades, tamaños y colores, que los tenía como hijos adoptivos, donde quiera que había un huérfano o un desamparado D. Pablo lo recogía.

Sintiéndose el buen señor Luna desfallecer y morir, en su avanzada edad de ochenta años, ordenó le trajeran al padre coadjutor de la parroquia de San José de Luquillo.

II

—Padre, le ruego que se acomode a mi cabeceera.

Y dirigiéndose al público, que rodeaba su cama, les dijo:

—Dejadnos solos!

—Quiero, padre, hacer una confesión general, pues creo que Dios me llama ante su severo tribunal.

—Hijo mío, estoy dispuesto a oiros y ayudaros a bien morir.

—Pues bien, padre, yo soy un gran criminal y aquí todos me llaman **El geneñoso**.....

—Tal vez halla motivo para ello.....

—No me interrumpa, padre; oígame, que me quedan pocos momentos de vida. Yo soy hijo de Alanís, en Sevilla. Vine a Puerto Rico de soldado en el Batallón de Granada. Mi verdadero nombre es Juan Hidalgo. Cuando el capitán D. Pedro Loizaga en la noche del 9 de Octubre de 1835 dió el grito en la Capital de ¡Viva la Constitución! yo, en compañía de granaderos, cabos y sargentos, les seguí. Fuimos arrestados. Se pretendió de mí que declarase que el capitán Loizaga quería la independencia de la Isla, y yo, ahogado de coraje, a quien me lo propuse que fué un Oficial del mismo Batallón, lo abofeteé en mi calabozo. Me metieron en un cepo. Y fuí condenado a diez años de presidio en Ceuta. Otros compañeros también fueron condenados a aquel presidio. Interín se nos embarcaba se nos obligó en la **Puntilla** a hacer trabajos forzados. Un día el capataz, porque no quise fregar los pisos, me cruzó el rostro de un latigazo, yo le agarré por el cuello y ebrio de ira lo estrangulé. Se me condenó entonces a grillete y cadena y diez años más en Ceuta. En el puente de Martín Peña hubo necesidad de hacer reparaciones urgentes y los ingenieros militares de Casa Blanca pidieron al presidio de la **Puntilla** que les enviaran hombres de fuerza para cargar piedras. Yo fuí enviado con otros compañeros a tales fatigas. Me quitaron la cadena y me dejaron el grillete del pié derecho. El segundo día de trabajo el capataz me arremó un terrible varazo en la espalda porque no andaba listo. Mi angustia fué atroz. La piedra que yo llevaba pesaría más de cien libras. Me volví iracundo

y se la lancé a la cabeza. Cayó aplastado. Huí y me escondí en el cercano manglar. No pudieron cogermé. Durante la noche avancé con cautela tierra adentro. Llegué a un bohío donde obtuve del buen campesino la lima con que amolaba su azada y con ella limé el grillete.....

—¿Es ese que está enganchado a vuestra cabezera?

—El mismo! Lo tenía guardado y lo he sacado de mi baul para hacer memoria. El campesino me facilitó también ropa y sombrero para seguir huyendo. Gané las alturas de la Isla y en esta finca, que hoy es mía, se me dió trabajo.....

—Y ¿cómo no os conoció el dueño?

—Diré a usted. Llegué aquí de tarde y pedí trabajo y un poco de agua, pues estaba muerto de sed. Me la sirvió un jóven, que me dijo:

—Teneis que esperar, pues mi padre ha ido a enterrar a un pobre hermano mío que mató ayer un árbol en el Corte de Madera.

Esperé. Llegó el dueño de la finca. Me miró de arriba abajo. Me llevó a un gran cuarto donde aposentaba sus trabajadores, y me dijo:

—Ahí teneis una cama, ¡descansad! Vuestro rostro revela gran cansancio. Sois sin duda un prófugo. No quiero saber nada. Hoy he perdido un hijo. Y Dios me envía un desconocido. Trabajad y sed bueno y yo os protegeré. Adiós!

Quedé solo con mi conciencia. Me arrodillé y propuse a Dios ser bueno y trabajador. Pasaron los años. Cumplí mi promesa. Hoy soy dueño de la finca misma donde me acogieron. Hice, y hago, el bien, y me llaman **El generoso**... y soy un criminal...

—¿Cuando matásteis a aquellos hombres, tuvísteis la intención de matarlos?

—Mi madre me enseñó a no mentir y mi padre a no dejarme pegar. Al sentirme castigado injustamente me cegó la ira y les ataqué con intención de destruirlos. Hoy me pesa.....

—Pues bien; en nombre de Dios, cuyo ministerio represento en la tierra, yo os perdono. Y en nombre del Capataz del Puente de Martín Peña, también os perdono, porque aquel jefe era mi padre!

El coadjutor calló y lágrimas dolorosas rodaron por sus mejillas. La belleza del alma del noble cura de aldea fué superior a cuanto le rodeaba. El aposento se iluminó de pronto de una luz misterioso!.....

III

Por mucho tiempo en la sacristía de la parroquia de San José de Luquillo existió el grillete de Juan Hidalgo. Nadie sabía su origen. Le llamaban el grillete del padre coadjutor, porque todos los meses el bueno y piadoso sacerdote decía una misa por el eterno descanso del que lo había llevado en vida.

El sacristán nunca se había atrevido a preguntar al padre coadjutor la historia de aquel instrumento de castigo, que el cura guardaba en la sacristía con rara veneración.

Y cuando el presbítero se marchó de aquella parroquia con rumbo a la eternidad, al ser interrogado el sacristán sobre este extraño asunto y aquel grillete, contestaba:

—Ese grillete era de un padre coadjutor, que se llamaba... Y no sé nada más, nada más!.....

El Tesoro del Pirata Almeida

(1832)

I

José Almeida era un joven portugués de 25 años de edad, alto, fornido, trigueño; con barba negra corrida, ojos vivaces, labios gruesos, alta de frente; cabellos abundantes, y cejas bien delineadas. Era un tipo simpático y gallardo de berebere peninsular.

Había nacido en Lisboa y habiendo, perdido su novia en Oporto, donde estaba colocado en una gran bodega de vinos generosos, determinó venirse a América para olvidar su desgracia. La casa comercial de Oporto tenía buenas relaciones con Curazao, y allá hizo rumbo Almeida decididamente. Llevaba cartas de recomendación para los señores de Sousa y Compañía.

Al señor Sousa le agradó la estampa del portugués y le colocó en su almacén. Activo e inteligente el joven lusitano, y de buena letra, pronto hizo carrera como tenedor de libros y corresponsal. Al año era socio por los buenos resultados que habían dado sus consejos financieros al jefe de la casa mercantil.

Una tarde quiso Almeida conocer la Otra Banda de la ciudad de Curazao, y allá se fué de paseo. Al saltar del bote en tierra, divisó el puesto de una mulata holandesa que vendía dulces. Se acercó a comprarle unos nísperos, y al poco rato se aproximó una mujer de arrogante aspecto, que pidió a la holandesa unos pastelillos de dulce de guayaba.

Almeida dijo a la dulcera:

—Despache usted antes a esta señora: primero, porque es una dama, y segundo, por ser tan hermosa.

—Gracias, caballero, por su cortesía.

Y lanzó sobre el joven portugués una mirada que-
mante, que lo trastornó. La señora recogió sus pastelillos, y saludando finamente a Almeida, con un ligero movimiento de cabeza, se marchó. El joven la siguió con la vista, y, tomados sus nísperos, la fué espionando de lejos. Vió que entraba en una casa, frente a una capilla protestante, tomó nota del sitio y se marchó.

Al día siguiente volvió a la Otra Banda, y se puso a pasear frente a la casa de la desconocida dama. Era casa terrera. Salió la bella moza al balcón y él, atrevido, la saludó; ella correspondió al saludo; y Almeida, sombrero en mano, se acercó a hablarle. La dama se le anticipó y le dijo:

—Usted no es de este país?

—Soy portugués, señora divina!...

—Y, quiere usted mucho sus costillas?

—Desde luego! Por qué me lo pregunta?

—Porque yo soy una mujer casada y mi marido tiene malas pulgas y si lo encuentra a usted por estos andurriales le da una paliza que lo descuaderna.

—Eso será si yo me dejo!.....

—Pregunte en Curazao, quién es Miguel Igartúa, empleado de la fundición de los señores Ulibarri y Co., y atengase a los informes. Usted es un joven gordo y bien visto, que se ha enamorado de mí. Llega usted tarde, la plaza está tomada; pídale a

Dios, que le depare una buena moza, a su gusto; en otra parte; y adios!...

Y se retiró del balcón. Almeida echó a andar, sintiendo que el rostro le ardía. La franqueza de aquella mujer lo había abcfeteado. Entró en el bcte diciendo para su capote: Esta arrogante mujer ha de ser mía, vive Dios!.....

II

A la mañana siguiente se fué a la fundición de los señores Ulibarri y Co. Entró resueltamente en el gran almacén. Salió a atenderle un robusto mancebo. Díjole Almeida:

—Pueden componerme aquí esta cerradura?

—No señor... Aquí hacemos solamente fundiciones. Tres casas más abajo puede usted encontrar lo que desea, pues vive por allí un cerrajero.

—Es usted el dueño de esta fundición?

—No señor. Soy empleado asociado. Parece que usted es nuevo en el país.

—Soy portugués: socio de la casa de los señores Sousa y Co. Me llamo José Almeida para servir a Ud.

—Pues, mi nombre es Miguel Igartúa, y vivo en la Otra Banda, para lo que usted guste mandar.

III

Almeida marchó a su casa. Estaba ya en la pista. Tomó informes reservados sobre su hombre y los obtuvo completos. Llegada la tarde se fué para la Otra Banda; y entró en un bodegón, según la nota de su cartera. Pidió un plato de mondongo y media botella de vino de Oporto.

Al poco rato entró Igartúa en el fonducho y divisó al portugués, que estaba saboreando su plato. Y con voz gruesa, frescachona y sonante le dijo, acercándose a él:

—Hola, hola, le gusta a usted el mondongo, como o mí. ¿Puedo sentarme en su mesa?

—Con mucho gusto! contestóle el lusitano y añadió: Lo convido a un trago de vino de mi tierra.

Igartúa apuró el vaso de vino de Oporto, que le alargó Almeida. Dióle las gracias, y díjole:

—Yo piso mi plato con vino catalán del Priorato; y después un poco de cidra guipuzcoana, que es de mi tierra.

—Es usted guipuzcoano?

—De allá vine y mi mujer también.

—Es usted casado?

—Con moza de mi pueblo: fresca como una manzana y alegre como un ruiseñor.

Terminaron la comida y pasaron al salón. Igartúa invitó a Almeida a jugar el dominó. Ya había otros amigos de Igartúa en la mesa de juego. Fué complacido. Todas las tardes comían juntos mondongo y bebían Oporto y cidra vasca. Luego jugaban dominó hasta las nueve. Se hicieron grandes amigos.

Un día invitó Igartúa a Almeida a almorzar un bacalao a la vizcaina en su casa, preparado por su mujer. Almeida aceptó. Llegado el domingo marcado el portugués llegó a la casa del vizcaino un cuarto de hora antes de la cita. Fué a abrirle la puerta la moza guipuzcoana, que retrocedió dos pasos al tropezar de manos a boca con el lusitano. Inerepóle, diciendo:

—Mi marido no está en casa, esperelo afuera.

—Por qué? Pasemos al balcón; y de allí lo veremos venir.

—Used le está buscando tres piés al gato y le va a encontrar cuatro. Ya sé que son ustedes grandes amigos y comen juntos mondongo y juegan dominó todas las noches; pero si Miguel huele que usted está enamorado de mí le mete una cuarta de acero entre cuero y carne, que lo deja tieso de la primera puñalada. Y no sería usted el primero que guisaba por

celos, porque ya ha echado por delante dos desgraciados jóvenes testarudos.

—Lo siento mucho, señora, pero yo la adoro a usted con toda mi alma, y no me lo puede privar ni Miguel ni San Miguel.

—Hace bien! Adoreme usted todo lo que quiera, que a toda mujer le agrada gustar a los buenos mozos; pero ni me mire en la mesa; hágase indiferente, porque si mi hombre olfatea que usted me husmea, ay, mi madre! lo doy usted por muerto; y en verdad, que sería lástima, pues usted puede hacer feliz a cualquiera otra dama! Ah! por allí viene Miguel. Así-mese bien al balcón para que le vea.

Igartúa llegó al punto, abrazó a su mujer y estrechó la mano de su amigo; y sentándose en una mecedora de mimbre, exclamó:

—Tengo un hambre atroz. A ver, mujer, si nos traes unas aceitunas, unas rueditas de salchichón y unas copas de Jerez, para hacer boca. Y pronto, prontito el bacalao.

Comieron los amigos como buenos dientes. La mujer de Igartúa sirvió el plato favorito. Almeida ni la miró siquiera. El vasco le dijo:

—Hombre! te olvidas de dar las gracias a mi mujer por el bueno y succulento guiso conque nos ha obsequiado.

—Como le voy a dar las gracias, amigo, si tú no me la has presentado?

—Tienes razón! Ven acá, Alida Blanca. Este señor se llama Almeida, socio de la casa de Souza y Co., gran amigo mío.

—Señora, tengo mucho gusto en conocerla y la felicito a usted por sus habilidades en el arte doméstico. Le deseo todo género de prosperidades y reconózcame como un servidor.

Y ni la miró a la cara. Se dirigió en seguida a la percha, tomó su sombrero y dijo a Igartúa:

—Me olvidé cerrar la correspondencia y echar las

cartas al correo, y tengo que irme.—A la noche vendré un rato a hacerles tertulia.

Los esposos Igartúa se asomaron al balcón para verle partir. Ya lejos dijo Miguel a Alida Blanca:

—Este Almeida es un hombre extraordinario: no chicolea a las mozas que entran en el bodegón, ni le gusta que los amigos hablen mal de las mujeres; siempre les dice: las mujeres las ha hecho Dios para que los hombres las adoren.

—Pues tiene razón!.....

—Si, eh! pues a ti ni te ha mirado la cara, ni cuando te felicitó por el guiso de bacalao.

—Y, cómo sabes tú que no me ha mirado?

—¡Porque lo estaba atisbando a ver si le gustabas.

—Pues, hombre y vaya el papel que hacías tan desairado; y si le gustara, qué ibas a hacer?

—No convidarlo más a mi casa, y si se corría del nivel, romperle las costillas, como sabes tú que lo sé hacer.....

IV

Almeida, al entrar en el esquiife, se dijo para su capote:

—Dicididamente, le gusto a esta real hembra. Qué guapísima estaba. Le he conocido que le gusto en la manera de mirarme. Hoy estoy seguro de ello, porque mujer que hace la comparación entre dos hombres pronto juzga. Su marido tiene en la cara unos pelos rojos, salteados, bizquea del ojo izquierdo y su cuerpo es un fardo carnoso, grotesco....

Por la noche en su aposento empezó a pasearse a largos trancos; y dió comienzo al monólogo *in pectore*:

—Estoy decidido: esta mujer será mía! Pero tengo que quitara a este hombre del medio. **Ecco il problema**

Parace que encontró la solución, y metiéndose en la cama, y arropándose, se quedó dormido exclamando: será mía; será mía!.....

V

—Señor de Souza, usted sabe que hace más de dos años que sirvo en su casa. Necesito viajar para aliviar viejas penas. Según mis cálculos tengo de ahorros en la casa tres mil pesos ¿puedo disponer de ellos?

—En seguida, si gusta.

—Desearía hacer sociedad con un naviero.

—Pues el capitán Perico Trinidad me dijo esta mañana, que le buscara precisamente tres mil pesos. pues tiene su goleta **Relámpago** hipotecada al judío Gaigál, y le cobra el tres por ciento mensual de interés.

—Cuándo podré ver a Trinidad?

—A las cinco de esta tarde, que me dijo, que volvería por acá.

VI

—Capitán Perico, mi socio tiene los tres mil pesos que usted necesita.

—Pues, llámelo usted.

—Qué interés me cobraría usted, señor de Almeida por esos tres mil pesos?

—Ninguno: deseo navegar: admítame usted de socio.

—Pues bien; usted será el sobrecargo y yo el capitán de la **Relámpago**. Le haré escritura de venta por la mitad del barco. Partiremos las ganancias por igual.

—Conforme. ¿Cuándo levanta usted el ancla?

—Esta tarde con el terral. Hoy puede quedar arreglado el negocio.

—Y, a donde se dirige usted?

—A las islas Turcas, en busca de sal.

—Pues voy a preparar mi equipaje. Traiga el escribano, y al señor de Souza que le entregue el dinero.

VII

Seis meses estuvo Almeida acariciando su plan para hacerse dueño de la moza guipuzcoana. Una mañana, que navegaban frente a Cuba, díjole a su compañero:

—Capitan Trinidad, en este trabajo intercolonial no se gana gran cosa. Esta goleta es muy andadora y de buena construcción. Vamos a armarla en corso y a piratear al azar....

—Yo no sirvo para esa empresa, ni la entiendo, contestóle el Capitán.

—¡Pero yo sí! Mi padre hizo el corso contra los ingleses y yo viajé cuando muchacho en su barco; es la gran vida: llena de peripecias y emociones. Déjeme usted que yo aderece la goleta en corso de firme y pronto será usted rico, muy rico.

—Pues usted manda; y desde ahora usted será el jefe y yo el segundo de abordaje, en cuestiones de piraterías.

Almeida empezó a preparar el barco para el ataque y el abordaje. Toda la obra muerta la forró por dentro de planchas de cobre para que las balas de carabina y la metralla no la atravesaran. Se procuró dos cañoncitos pedreros de bronce de seis libras de pólvora de carga, y llenó la sentina de pedruzcos, escogidos en las playas: situólos en proa y popa. Se deshizo de la marinería endeble y cobarde y se procuró doce hombres fornidos de alma atravesada. Les leyó la cartilla: todo tenía pena de horca; si se portaban bien, al año serían ricos y podrían quedarse en el puerto que gustasen.

El primer ensayo de marítima ratería lo hicieron con un barco sueco; era un **brick**; se acercaron a él; el europeo izó bandera propia, el **Belámpago** bandera negra. En el acto dispararon del brick seis tiros de carabina, que se incrustaron sus balas en la obra muerta de la goleta y una o dos en el palo del trin-

queto. La **Relámpago** a la distancia de ocho metros les largó la carga del pedrero de proa, con un ruido espantoso y fuese al abordaje. El cuchillo no dió lugar a cargar las carabinas suecas.

Aduñados del buque europeo, hicieron su agosto: lo saquearon: encerraron en la bodega a los supervivientes y barrenaron el buque para que se hundiera. La inmensidad de los mares se tragó el crimen.

Después de tres golpes de este género, Almeida se dirigió contra Curazao. Echó, al obscurecer, bote al agua y se fué derecho a la **Otra Banda**, en busca de su adorado tormento. Los esposos Ygartúa se habían ido a vivir a St. Thomas, según los informes que pudo tomar.

La **Relámpago** hizo rumbo a las islas de Barlovento. Entró en el puerto de St. Thomas y Almeida fuese a tierra a indagar el paradero de la gente que buscaba. Pronto supo de ellos. Miguel Igartúa había puesto un establecimiento de ferretería por su cuenta, le había ido muy bien en el negocio; pero hacía un mes que estaba en cama atacado de una fuerte parálisis. Allí se fué impaciente el portugués. Alida Blanca le abrió la puerta. Al verle exclamó angustiada:

—¡Dios mío! si usted lo ve no lo conoce; Siempre hablando de usted.

—¡Vamos donde él!...!

—Hola, Miguel, ¿que te pasa?

—Aquí baldado e inútil, y tú, qué te habías hecho?

—¡Navegando, chico, para matar las penas!...

—¡Pero, José, si estás guapísimo! Alida Blanca, mira que guapo se ha puesto Almeida. Hija, dónde estás? Me voy, querido José, contigo a navegar para que se me quiten estas murrias.

—¡Cuando gustes, Miguel!...

Alida Blanca, lo había oído todo; pero no quiso salir al llamarla su marido. Cuando oyó a su esposo

decir, que se quería ir a bordo con el portugués se tapó la cara y rompió a llorar. Vino el Doctor y combatió tenázmente el embarque. Ygartúa se puso furioso, y hubo necesidad de sangrarlo, porque le repitió el ataque cerebral. Por la noche era cadáver. Había hecho testamento ológrafo ante un escribano. Se abrió el documento y dejaba todos sus bienes a su esposa.

VIII

Almeida acompañó a su amigo al cementerio, y al siguiente día dijo a la viuda:

—Me voy a hacer a la vela y dentro de un mes vuelvo a echar el ancla en la bahía de St. Thomas. Ahora sois libre y podéis contestarme. ¿Vuelvo o no vuelvo?

—Id con Dios, y con El volved; Antes, hablad con el cura de mi parroquia de la ciudad, pues yo soy católica.

—Adios!....

—Adios!....

Almeida quiso respetar el dolor de Alida y por eso fué lacónico en su diálogo con ella. Luego vió al cura católico, y éste le manifestó que al mes de muerto un feligrés no podía volver a casarse su viuda; que tenía que esperar diez meses. Sinó me casais, replicole el portugués, reniego de mi religión y busco otra. Y le refirió lo comprometido y difícil de su situación en tierra y peor en el mar. Tratándose de un caso especial y extraordinario yo le casaré, contestóle el sacerdote.

IX

Navegaba **La Relámpago** de bolina cuando divisó a barlovento buena presa. Era en el mar Caribe; y la primera vez que Alida Blanca iba a presenciar un abordaje. Izada la bandera noruega el bareo se vino

contra el corsario que la izó negra y disparóle fuerte: **La Relámpago** contestó valientemente: y se trabó el combate cuerpo a cuerpo y al arma blanca, después de haberse abordado y trabado los barcos. Almeida salió triunfante como siempre. Tenía doce hombres que eran doce fieras: le habían muerto cinco. Es verdad que él había pasado a cuchillo a todos los contrarios. Al regresar a su barco le esperaba un espectáculo tristísimo y desesperante: Alida Blanca en el entrepuente estaba recostada del palo del trinquete, al parecer dormida o desmayada, pero estaba muerta, con dos balas clavadas en el pecho. Allí le había sorprendido el tiroteo y quiso presenciar la sangrienta lucha.... Había querido presenciar el combate. Almeida la mandó esconderse en la bodega y ella contestó altiva: yo soy vasca y las mujeres de mi tierra no le tienen miedo a las balas..

El portugués no derramó ni una lágrima: se desahogaba echando maldiciones. Luego mandó hacer rumbo a St. Thomas. Fondeado en la bahía llamó a bordo al Dr. Smith. Le pidió que embalsamara el cadáver de su mujer con los mejores productos químicos y las mejores esencias. La colocó en una caja de cristal, dentro de una de cedro, resguardada por otra de planchas de cobre.

X

Se hizo a la vela y se llevó su tesoro, a depositarlo en una isleta desierta, frente a Puerto Rico. Todos los meses iba a visitar a su querida muerta, y a contemplar su inanimada faz, horas y horas...

Poco a poco fué cambiando la marinería de **La Relámpago** sin darse cuenta de ello el capitán corsario, y todos los meses iba el fiel lusitano a adorar el rostro de su querida Alida Blanca... El personal de la goleta creía que iba a enterrar onzas de

oro y alhajas. Solo le acompañaba a la islilla el cocinero y el grumete.

En uno de los actos de piratería que hacía Almeida contra Puerto Rico le coparon con cinco de su cuadrilla, haciendo carnaje en la costa de Guayama. Fueron llevados a la Capital y tras una larga causa fueron sentenciados a muerte, confirmada la sentencia por el Tribunal Supremo de Marina de la Habana, pues el corsario fué reelamado por los gobiernos inglés, francés y portugués, fusilados en el campo del Morro, el 14 de febrero de 1832.

XI

Enterado el contraмаestre, de lo ocurrido en San Juan, formó plan para apoderarse del tesoro del temible pirata. El había tomado el mando de **La Relámpago**, pues hacía tiempo que se había retirado el capitán Perico Trinidad. Hizo rumbo al sur y fondeó frente a la islilla, que visitaba Almeida todos los meses: y se dirigieron a la cueva, donde enterrada tenía el lusitano el cadáver embalsamado de su mujer.

Había en el suelo una pequeña cruz, que les sirvió de guía. Cavaron y a la vara se descubrió la caja de metal.

El contraмаestre mandó suspender el trabajo de escavación y tomó el farol y bajó a reconocer el cofre por los lados. En esto, uno de los marineros hizo señas al otro, indicándole con la mímica que le diera con la barra en la cabeza al contraмаestre y el tesoro se los repartirían ellos dos.

Así lo hizo el infame y arrojaron el cadáver a un lado; suprimiendo un tercero en el reparto. Bajó el marinero a escarbar en los lados del cofre para treparlo, y al descubrirlo y ver lo grande que era, el mismo marinero que mató al contraмаestre, en el vértigo de la ambición, descargó otro golpe sobre la cabeza de su compañero, quitándole también la vida.

Solo con el cofre, entró el criminal a examinarlo detenidamente, y vió tenía cerradura fina con botón metálico. Tocó el botón y subió la tapa de cobre descubriendo el ataúd de cristal y un olor a esencia que le impresionó hondamente. El asesino alumbró el féretro y se quedó estático: una mujer hermosísima, como si estuviera durmiendo, se apareció a su vista. Creyó que era un encantamiento. El perfume de rosas se acentuaba. Se pasó la mano por la frente y un sudor frío la inundaba. Empezó a temblar desconfiando, poseido de una intensa superstición. Se le cayó el farolillo de la mano y se apagó y al levantar la vista vió al capitán Almeida con los ojos llenos de ira, que lo amenazaba con un largo puñal. Hizo un gran esfuerzo y saltó de la sepultura, y al caer en el piso tropezó con uno de los cadáveres, se bamboleó, y al poner el pié más adelante pisó otro muerto. Cayó al suelo aturdido y al volver en sí, en vez de dirigirse a la boca de la Cueva, tomó otra dirección y fué a caer en un hondo precipicio donde se estrelló la cabeza.

XII

Los marineros del bote, viendo que no regresaban el Contramaestre y los dos compañeros, prendieron un farol y se dirigieron a la cueva en busca de sus camaradas.

Al ver tres cadáveres y un ataúd con una mujer embalsamada, marcharon precipitadamente a bordo a noticiar al personal de la **Relámpago** lo que pasaba. Acudió el Sobrecargo a la isilla y llevóse al barco el ataúd de cristal y el de cedro para darle en St. Thomas cristiana sepultura a la esposa del Capitán Almeida.

Andando los tiempos, un ingeniero español visitó aquella isla para reconocerla y medirla por orden del Gobierno, y al toparse con una caja de muerto,

hecha de planchas de cobre, no pudo atinar para lo que había servido. El práctico que le acompañaba informó, que era tradición en el país que allí estaba enterrado el tesoro de un pirata portugués, fusilado hacía tiempo en la Capital, y que aquel cofre de metal vacío indicaba que alguien lo había desenterrado abandonando el inservible ataúd de cobre; pero el discreto ingeniero, al levantar el plano de la islilla, se conformó con denominarla **Caja de Muertos**; y caja de muertos continúa llamándose.

El Ramito de Jazmines

1845

I

Lucía era una linda joven, esbelta, nerviosa, amasadita con flores de cambustera y azahar, de ojos castaños, vivaces, perfil griego y abundosa cabellera brillante, color caoba. Era un tipo criollo, seductor, en la primavera de la vida; muchacha encantadora, con la plena gentileza de sus líneas puras, de gracia natural.

Vivió con su madre, una humilde lavandera de la montaña de Guamaní, y la auxiliaba diestramente en el doméstico trabajo de tornar la ropa usada, lavable, a buen servicio nuevamente.

Con motivo del oficio, Lucía acompañaba con frecuencia a la que le dió el ser a las casas de personas principales del pueblo de Arroyo, donde tenía contratas de lavado y era muy estimada por su exactitud en cumplir.

Con estas visitas se le presentó a la madre oportunidad de colocar bien su hija en la casa de una estanciera rica y viuda que admiraba mucho la especialidad de la diestra muchacha en el planchado. Bien pronto se ganó Lucía, por su afabilidad y dulce trato, el cariño de toda aquella familia, que la consideraba como de los suyos.

II

Doña Berenguela Buttón, viuda de don Hermengildo de Castro, recibió en su casa a Lucía como quien hace una gran adquisición para su hogar. Y en efecto, lo era, porque la virtuosa joven, a la par de ser activa en sus labores, cantaba alegre como un ruiseñor mientras daba lustre a las camisas del señorito Luis y a las batas y enaguas almidonadas de doña Berenguela. Una moza jovial y cantarina mientras trabaja, es como aclimatar un ruiseñor en el jardín de nuestra casa.

En este estado se pasó el año y vinieron las fiestas de los Santos Reyes. Los convecinos llevaron a doña Berenguela una música de aguinaldo: una flauta, un tiple, un cuatro, una guitarra, un guiro; una maraca y un tamboril. Fué preciso organizar una fiesta para obsequiar rumbosamente aquella parranda de campesinos, que alegres y bullangueros se apoderaron de la escalera de la casa y empezaron a cantar, agrupados en la meseta:

Señora de casa,
Doña Berenguela
Reciba a la gente
Partiendo cazuela.

Doña Berenguela, con todos sus familiares, radiantes de gozo, se agolparon en el recibimiento y subida

de la escaleta, a escuchar aquellas clásicas coplas, que con buena o mala entonación lanzaban al aire, emocionados, los asaltantes. Y continuaba el rasguear de las cuerdas sonoras, el punteado del cuatro, las notas altas de la flauta, los sonidos secos y rítmicos de los instrumentos indios y la estruendosa nota del tamboril africano. La jovialidad se espaciaba bulliciosamente en aquella atmósfera, y la voz atiplada de una joven continuó los agualdos:

Si nos dan pasteles
Dénoslos calientes,
Que pasteles fríos
Empachan la gente.

Y volvió el "ritornello" de la primera copla, cantada a coro, estrepitosamente.

La impaciencia reinaba arriba, y doña Berenguela, su hijo Luís, Lucía, y todo el personal de la casa, muy risueños gritaban:

—¡Suban, suban!.....

Pero los asaltantes, fieles a su programa, no subieron hasta haber cantado todas las extravagantes endechas de los agualdos.

III...

Luis de Castro era un jovencuelo en plena adolescencia; de fisonomía dulce, frente despejada, cejas finas y arqueadas; ojos claros y tímidos; pelirrubio; y talante noble y gentil. Acababa de terminar sus estudios en el Seminario Colegio de los Padres Jesuitas; y todavía tenía el pelo de la dehesa de la rígida disciplina escolar de los Hijos de Loyola. Continuaba huraño y desmañado. Y, por añadidura, no sabía bailar.

Doña Berenguela, en su entusiasmo de recibir

a los **reyeantes**, despues de disponer la apertura de la despensa y que se preparase una buena mesa, dió orden a Lucía de que enseñara a Luis a bailar el **seis chorreao**, y ella, locuaz; a pesar de sus cincuenta años, se agarró con el mayordomo de su finca a danzar con igual contento y ardentía, aunque no con igual soltura, que cuando tenía sus veinte años y la requería de amores don Hermenegildo, su difunto esposo.

Se bailó, y se comió, y se bebió largo y tendido, hasta que, cansados los **reyeantes**, determinaron despedirse y marcharse con la música a otra parte. Doña Berenguela no quiso seguirles, ni formar parte de la trulla; pero permitió que Luis y Lucía, en dos buenos corceles se unieran a la comitiva bullanguera y se marcharon a **reyea**.

IV.

Como es natural, Luís se prendó de Lucía locamente. El hombre no puede evitar enamorarse de la doncella con quien baila por vez primera. Mientras danzan, el amor bate sus alillas de fuego sobre la enlazada pareja. Lucía era para Luís una encantadora maga. Aquel abrazo al son incitante del tamboril y la guitarra, y la aspiración de aquellos hálitos suaves de juventud, tejieron en las cándidas almas de los dos adolescentes una intrincada red de voluptuosos deseos. En la embriaguez del ritmo sus almas se besaron.

A tiempo descubrió Doña Berenguela, señora altiva a quien gustaba el antiguo tratamiento doméstico de **Su Merced**, que Luis y Lucía se amaban entrañablemente. Horrorizada la austera matrona ante la idea de que su hijo tuviera que casarse con la hija de una lavandera, pensó en el acto en despedir la muchacha, pero temiendo perder sus buenos servicios y que la salida de la joven pudiese ocasionar un

escándalo, cambió de parecer y llamó a Luis a su aposento y le dijo, severa, con tiránica voluntad:

—Hijo mío, he descubierto que tú amas a Lucía y que ella te corresponde. Esta muchacha es inferior a tí en posición social y rango de familia. Tienes, pues, que desistir de estos descabellados amores. Arrodíllate y júrame por la memoria de tu padre que cumplirás lo que te mando.

Luis era un buen chico, obediente, de sanos principios. Inmediatamente hincó la rodilla en tierra y respondió a su despótica madre:

—Madre mía, tus órdenes serán cumplidas;

Y con los ojos bañados en lágrimas e intensamente pálido, dejó caer la cabeza entre sus manos.

V

Lucía notó el desvío de Luis; y sorprendiéndole en su cuarto se acercó a él y le dijo:

—¿Qué te pasa, que evitas mirarme?

—Son órdenes terminantes de mi madre, contestó Luis, triste e inquieto.

—¿Órdenes de tu madre?

—Sí. Me a hecho jurar de rodillas, por las cenizas de mi padre, que no te quiera.. Es mi madre; ... Tengo que obedecerla;...

Lucía tembló, sobrecogida, con la cruel angustia de recibir en el rostro aquella suprema ráfaga de dolor. Se repuso. E intensamente ruborizada le contestó con voz trémula y angustiada:

—¡Pues, adios; Y toma este ramito de jazmines en recuerdo mío;

Y temblorosa se quitó el ramo de jazmines de sus bellas trenzas y lo entregó a Luis, que lo tomó maquinalmente, sin darse cuenta de lo que pasaba. La pobre muchacha, al salir del aposento, se apoderó del revólver de Luis que divisó sobre una mesa. El joven, atosigado con su pena, no lo advirtió, porque

después de la desoladora noticia que había dado a Lucía, se había quedado anonadado, mirando estúpidamente al suelo.

Al poco rato sonaron dos tiros en el jardín. Acababa Luisa de disparar sobre su pecho el revolver de Luís, bajo la pesadumbre de la inmensa tristeza de su infortunio. Una bala le había atravesado el cráneo. Hubo un escarceo atroz en la casa. El consiguiente a una muerte inesperada. Intervino la autoridad judicial; y el médico, cauto, después de examinar el cadáver de la joven y reconocerla pura e inviolada, teniendo en cuenta los buenos antecedentes que se le suministraron, atribuyó el pavoroso suceso a juvenil extravío mental y tal vez a algo de atavismo por ley de herencia.

VI

Luís sufrió hondamente con el resultado lúgubre de la terrible exigencia de su madre y el triste fin de sus amores. Al abrir un día uno de sus libros se encontró el ramito de jazmines de Lucía, que le había entregado pocos momentos antes de matarse. Emocionado con aquel recuerdo y la puñalada de su hado adverso, besó aquellas flores marchitas, empáñdolas en ardientes lágrimas. Sembró una mata de jazmines en el mismo sitio que Lucía había caído muerta con el cráneo traspasado por la mortífera bala. Todos los días cuidaba personalmente su planta querida, y su madre, al ver que se dedicaba a la floricultura, quedó tranquila y olvidó el desagradable suceso.

La planta, bajo los cuidados de Luís creció rápidamente y era la más hermosa enredadera del jardín. Mediante cordeles guías pronto llevó sus luengos festones verdes al balcón. Mas, cuando la planta fué a florecer, Luís fué invadido de una fiebre intensa y tuvo que tomar cama. Los cuidados faul-

tativos no devolvían la salud al joven; y una mañana viendo Dña. Berenguela que la mata de jazmín había florecido, corrió alegre y contenta a formar un ramo, para sorprender a su hijo con aquella buena nueva.

VII

Luís dormía. La madre, cuidadosa, entró de puntillas en la tibia estancia donde el enfermo estaba rodeado de toda clase de mimos, y colocó el ramo de jazmines sobre la mesa de noche. El fuerte aroma del jazmín despertó a Luís. El sol entraba acariciador por uno de los cristales del ventanón del aposento. El joven, sonriente, pidió el ramo, y la madre se lo entregó. Luís aspiró con deleite la penetrante esencia de la flor y se quedó mirándola y al ver que una sorprendente claridad divina de albura célica, como un místico halo, lo envolvía, y que los pétalos de los jazmines estaban manchados de rojo, lanzó un grito agudo, lancinante, y cayó desplomado sobre los almohadones de su cama. Estaba muerto.

Doña Berenguela corrió a levantar la cabeza de su hijo, que tenía la muerte enseñoreada de su bello rostro, y no pudo socorrerle; dió entonces, loca de dolor, desgarradoras voces pidiendo auxilio, y todos los familiares de la casa acudieron solícitos al aposento del desgraciado joven; y ante tanta tribulación rompieron a llorar desesperadamente.

VIII

La gente quedó sorprendida al notar que los jazmines estaban teñidos de escarlata. La mano crispada de Luís no había soltado el misterioso ramo, que tenía descansando sobre su desnudo pecho.

Algunas personas fueron a escudriñar si en los demás jazmines de la planta ocurría lo mismo, y

observaron, con profunda sorpresa, que todas las flores del jazminero estaban salpicadas de rojo. El tronco de la planta surgía esbelto del mismo sitio donde cayó la infeliz doncella muerta y donde se había empapado la tierra con la sangre que salió a borbotones de su encantadora cabeza.

Al vecindario no le quedó duda alguna de que aquellas pinceladas rojizas en los albos pétalos de los jazmines, eran producidas por infiltraciones de la sangre de la virtuosa y angelical Lucía, permitido por Dios, para castigar al valcidoso joven y a la soberbia matrona.

La Pesadilla de Doña Rosario

(1846)

I

Doña Rosario Delgado se despertó sumamente angustiada y sudorosa. Soñaba que se estaba ahogando en el río **Cagiita**, que pasa cerca de la ciudad de Caguas. Estaba despierta y la honda impresión de la pavorosa pesadilla la tenía aún ofuscada. Lavóse el rostro para despejar la mente de aquellas fatídicas ideas y pasó al comedor a desayunarse.

En el pueblo de Caguas, para la fecha a que nos referimos, no había acueducto y el agua potable la servían a domicilio los aguadores en barriles de cincuenta cuartillos, tomándola unos en el río **Cagiitas** y otros en el **Turabo**.

En el preciso momento en que doña Rosario se sentaba a tomar su desayuno penetraba en la casa el aguador.

—Oiga usted, díjole doña Rosario. Dónde toma usted el agua que trae a mi casa?

—Del río **Cagiitas**, contestó indiferente el aguador.

—Pues no la quiero, replicóle enfáticamente do-

ña Rosario. Puede usted llevársela y tráiganle siempre agua del río Turabo.

—El río Turabo esta crecido, señora, y el Cagiitas, no; observó el aguador.

—Aunque esté crecido. Oígalo usted bien, aunque esté crecido y muy crecido me la trae usted siempre del Turabo.

—Está bien, señora.

II

Doña Rosario pasó a tomar la cuenta a la cocinera para evitar la sisa; y entre los bastimentos de aquel día estaba una hermosa guabina.

—¿A, quién compró usted este pescado?

—A Juaneho, el pescador del río Cagiitas.

—Pues ahora mismo se la devuelve usted. No la quiero. Y no vuelva usted a traer pescado de ese río.

—Está bien señora.

III

Doña Rosario, de la cocina fuese al balcón a tomar un poco del aire fresco de la mañana. Estaba muy nerviosa. Sentóse en un columpio, atribulada, y empezó a abanicarse para despejar su cerebro de la congestión que le había producido la mortificadora pesadilla.

Hacia una media hora que estaba allí, cuando detuvo su caballo un campesino y le ofreció frutas.

—Lleva usted naranjas dulces?

—Sí, señora, de las mejores.

—Enséñelas usted.

—Aquí las tiene—y el campesino le llevó cuatro chinás, que con trabajo cabían en sus manos.—Le advierto a usted, añadió, que no hay chinás mejores que las mías. Precisamente se dan en una loma de mi finquita que queda hacia el río y la neblina arropa

los árboles toda la noche y madrugada, por lo que no le dan *queresa*, y están siempre frondosísimos.

—De qué río habla usted?

—Del río *Cagiitas*.

—No quiero ya sus naranjas, ni regaladas.

IV

Después de almuerzo vino la lavandera de doña Rosario con la ropa limpia.

—Oigo usted, ¿dónde lava usted mi ropa?

—¿Dónde la he lavado siempre!

—En su casa?

—No, señora, en el río *Cagiitas*.

—Pues, de ahora en adelante o la lava usted en el río *Turabo* o buseo otra lavandera. No quiero nada del río *Cagiitas*.

—Mi casa, señora, queda muy retirada del *Turabo*.

—Pues buscaré otra mujer que lave mi ropa.

V

Por la tarde recibió doña Rosario un aviso de que su hija Rosarito, que estaba pasando unos días en el campo, estaba con calentura y le pedía que fuera a buscarla. Inmediatamente se puso en camino y al tener que rodear un paso pregunto al cochero qué río era aquel.

—El *Cagiitas*, respondió el auriga, arreando los caballos y entrándose de sopetón en el vado.

—No hay otro camino para poder evitar el paso de este río?

El cochero no contestó.

VI

Entrada la noche llegaron doña Rosario y su hija enferma a orillas del *Cagiitas* de retorno a la

población. Al claror de un poco de luna, que estaba en su cuarto menguante, divisó doña Rosario las aguas y exclamó:

—Este no es el mismo río que pasamos esta tarde

—No, señora, contestó secamente el cochero.

Y se metió en el río, sin fijarse en lo lleno que estaba el vado, entorpecido con los miedos de la viajera. El río estaba trayendo agua, pues le llovía en la altura, y desgraciadamente en aquel preciso momento hacía su crecida fuerte, y una oleada arrastró el coche fuera del vado.

Al día siguiente los ribereños recogieron el cadáver de doña Rosario, atrapillado entre las sopandas del coche. La joven se había salvado agarrada a la capota del vehículo. Y el auriga, a nado, había ganado la orilla.

VII

Qué hay de verdad en los sueños? Pueden aceptarse como presentimientos? El sueño de Faraón con las siete vacas gordas, que subían del río, y las siete vacas magras ha sido una realidad con la interpretación del prisionero hebreo Joseph o una leyenda israelita?

Lo desconocido con sus cosas inexploradas e insondables nos seduce; pero la razón no puede aceptar como verdadero más que lo que está plenamente probado. La ciencia psíquica rechaza las observaciones que no guardan parejas con sus teorías, Platón, Arquímedes y Ptolomeo se reían a carcajadas de los Pitagóricos, cuando éstos afirmaban que la tierra era redonda y giraba al rededor de sol.....

La verdad avanza muy lentamente ante la tiranía de los prejuicios. Lo ignorado de la víspera suele ser la verdad del día siguiente!.....

El Galabozo del China

(1849)

I

De la Habana vino a San Juan una runfla de chinos destinados a este presidio, a cadena perpetua, por asesinos; y entre ellos venía uno con la nota especial de **malísimo**.

Al utilizarlos en el servicio de nuestro Correccional, generalmente se les destinaba a traer leña de los manglares de Cataño.

Un día que el capataz español le arrimó a **Fu-fú-Kaolín** cuatro cintarazos con el zurriago el rencoroso y malvado chino lo esperó al entrar en la lancha, y no teniendo arma blanca que clavarle en el pecho, le ciñó la garganta torniquetamente con sus potentes manos y huesudos dedos y lo ahogó junto a la embarcación.

Entonces fué cuando el jefe de la Carcelería se dió cuenta de que **Fu-fú-Kaolín** era un forzado malísimo, según la recomendación en su contra del gobierno de la Habana.

II

En el Castillo de San Felipe del Morro hay un calabozo en la mitad de la cuesta que baja a la batería de flor de agua, a mano izquierda. En esa estrecha y oscura mazmorra metieron a **Fu-fú Kaolin**, sujeto allí a reclusión perpetua: muerto para el mundo!.....

En uno de los cambios de la guarnición del Castillo se le olvidó al Sargento furriel saliente avisar al entrante, que había que llevar la comida a su prisionero al subterráneo, en un lugar tan lejano y olvidado.

El desgraciado chino condenado a morir de hambre por un olvido involuntario del sargento furriel, en vano gritó desesperado varias horas seguidas pidiendo agua. Aquella bóveda bajo tierra era una tumba, peor que las **emparedadas** sepulturas de la Inquisición.

Por la única ventanilla enrejada que tiene, de una cuarta en cuadro, veló el infeliz recluso a que bajara alguien a la batería de flor de agua para pedirle agua. Acertó a pasar por aquella rampa el hijo del Comandante del Castillo, y le pidió, con voz desfalleciente, un pedazo de pan y un jarrito de agua. El niño condolido del desgraciado preso se los trajo, y no le dijo nada a nadie, creyendo que hacía mal en socorrer a aquel prisionero del Castillo.

Al mes de suceder esto, yendo un día el jovenzuelo con el pedazo de pan y el jarrito de agua no apareció en el ventanuco la cara demacrada del hijo del Celeste Imperio. Llamóle en vano. Entonces el joven avisó a su padre que el chino se había muerto. El padre se desayunó en aquel momento de que tenía un chino preso entre las murallas.

Desde entonces se llama esa bóveda subterránea **El Calabozo del Chino**.

III

En el año de 1864 estudiaba yo el Colegio Seminario de los padres Jesuitas. A los hijos de San Ignacio de Loyola les gustaba mucho visitar los castillos de la Plaza; y nos llevaban a ellos.

Una tarde una columna de 50 estudiantes bajaba en fila de dos en dos, la rampla que lleva en la fortaleza del Morro a la batería de flor de agua, donde se osentaba con orgullo militar un hermoso artillado de bronce, ya desaparecido.

Habíamos llegado a la mitad de la cuesta descendente y de pronto sonó una voz, que dijo:

—Niño Cayetano, niño Cayetano, mire para acá: deme una peseta!.....

Nosotros bajamos la cuesta tal como entramos en la rampla, de dos en dos; recuerdo que mi acompañante era Gabriel Villaronga, de Juana Díaz, que con el tiempo ha sido afamado galeno de Ponce.

Me detuve. El padre Jesuita dió la voz de alto. Y entre tanto, de la reducida ventanilla del **Calabozo del Chino** seguían llamándome y pidiéndome una peseta.

Con permiso del padre conductor un compañero, llamado Baralt, de Fajardo, me prestó la moneda; y acompañado del padre Jesuita me acerqué a aquella mazmorra a dársela.

—Niño, soy **Santiago López**, y estoy condenado a prisión por toda la vida en el presidio de Ceuta. Le pido una peseta para tabaco!.....

Yo le alargué la moneda y el recluso infeliz exclamó:

—Dios se la pague!.....

IV

—¿Quién es **Santiago López**?—me interrogó el padre Jesuita, tan pronto estuvimos en la batería.

—Padre, un bandido, ladrón de caballos, ganado vacuno y cuanto hay, que tiene aterrada toda la costa norte de la Isla. Del presidio se ha fugado dos veces.

—Y ¿cómo lo conoce usted?

—Solía pasar largas temporadas en mi pueblo, donde hacía de las suyas. Antes de venir yo al colegio, a prima noche me sentaba en la puerta del zaguán de mi casa que da a la calle y una esclava lavandera que teníamos me refería cuentos y me echaba acertijos o adivinanzas. Una noche un mulato grandullón se acercó a ella y le pidió permiso para encender un tabaco en la lamparita del zaguán. Cuando salió me dijo la criada:

—Niño, ese mulato es Santiago López, que le está haciendo el tiro al almacén de ahí en frente de los señores Puig Amell. Hace noches que viene rondando en ese tragín

El almacén fué saqueado a las tres o cuatro noches. Todo el mundo decía que había sido el ladrón **Santiago López** pero nadie se atrevía a echarle mano.

—Calcule usted, padre, si me conocerá; viéndome jugar mi chiringa todas las tardes frente a mi casa o en la playa de mi pueblo!.....

El As de Bastos

(1851)

I

Como el Gobierno perseguía obstinadamente el juego de naipes, los empedernidos en ese vicio se daban cita para el mirador de una casa particular, a la cual se podía acudir por tortuosas callejuelas, siéndoles imposible a los agentes de la autoridad sorprender a los tercios jugadores.

Además, el dueño de la timba pagaba religiosamente tributo especial al jefe de Orden Público del pueblo; y, por otra parte los primeros en concurrir al garito eran el alcalde, el juez municipal y el cacique de la población.

Antolín Maldonado era un concurrente asiduo todas las noches a aquella mesa de perdición, a aquella jaula de enemigos rabiosos en amistad aparente. En vano trataba su buena esposa de arrancarle del lado del tapete verde. Se arruinaba a pasos de gigante... La carrera de abogado la tenía olvidada por completo. Y las últimas onzas de su herencia estaban a punto de desaparecer. Dormía de

día y velaba de noche; y al retirarse de madrugada entraba en su casa con sumo sigilo a fin de no despertar a su esposo, que le lloraba y suplicaba dejase el vicio del juego; a la cual, a pesar de quererla tanto, se le hacía imposible complacer. Una mañana le dijo la querida consorte:

—Mira, Antolín; por Dios te pido que dejes el juego de la baraja, que será nuestra perdición.

—¿Por Dios? ¡Querida mía, Dios no se mete en las cosas de este pícaro mundo! Pídemelo por el diablo, que es el que siempre anda suelto entre la gente, y tal vez te atienda.

—Esa es una blasfemia, Antolín. ¡No debes hablar así!

—Pues entonces, Dios que me metió en el bache que me saque de él.

Y se marchó riendo a carcajadas entrecortadas y alegres.

II

Los jugadores están reunidos alrededor de la mesa. Nadie chista. Todos miran con tenacidad hacia el banquero. Algunos están medio levantados e inclinados hacia adelante con los ojos clavados en las cartas, que desprendiéndose de manos del tallador, van cayendo una a una sobre el tapete. Otros están de pié, arrimados a las sillas ocupadas por las personas mas próximas al que tiene la baraja. Hay caras sonreidas, otras pálidas con las facciones contraídas. Cada rostro demuestra un afecto distinto. Mientras el tallador echa las cartas reina un gran silencio.

Antolín penetró en el tugurio con semblante sonreido, a pesar de llevar en el bolsillo las últimas onzas de su capital. No encontró sitio donde acomodarse por haber llegado un poco tarde, y se acercó

a la cabecera de la mesa donde se agrupaban los más fuertes jugadores.

—¿No jugais, Antolín?—dijole el banquero al divisarlo.

—Sí, esperad. Voy al dos de espadas dos onzas. Tomadlas y ponedlas.

—Pues, yo juego al as de bastos; dijo una voz seca y fuerte; porque representa para mí el trabajo y las espadas me significan la vagancia.

Nadie hizo caso del dicharacho de aquel sujeto, aunque ganó el as de bastos. Volvió el tallador a barajar sus naipes. Salieron distintas figuras y números. Y volvió a caer sobre el tapete verde, en oposición, el dos de espadas y el as de bastos. Entonces, se acordó Antolín de la frase impertinente de aquel desconocido y gritó al tallador:

—Esperad. Voy cuatro onzas al dos de espadas. Ellas son las que mandan en el mundo, a pesar de retóricos y filósofos.

—Pues, yo voy otras cuatro al as de bastos; replicó la misma voz seca y fuerte. Me recuerda el trabajo, que redime al hombre y lo engrandece; añadió con énfasis.

Una vez más se repitió tan extraña escena. Antolín agotó todas sus onzas. Le zumbaban los oídos, no por la pérdida sufrida, sino por el retintín provocador con que aquel sujeto, que veía por vez primera había jugado siempre contra él. Se propuso castigar tanta insolencia, pero un escándalo en aquél sitio daría desde luego con todos ellos en la cárcel. Resolvió esperarle en la calle y abandonó el mirador. Tan pronto le dió en el rostro el aire fresco de la noche, su cabeza se despejó y se acordó de que su esposa estaba en cierto trance. Se dirigió entonces a buen andar hacia su casa. En su hogar se entraba por un callejón. Y ¿cuál no sería su sorpresa al divisar a su antipático y desconocido adversario frente

a la puerta de su casa? Creía haber salido primero que él del maldito mirador. Creyó que aquel repugnante hombre, después de haberle ganado las onzas; iba a burlarse de él. Volvieron a zumbarle los oídos y sintió todo su cuerpo agitado por una molesta inquietud. Tiró del estoque y rápido como el pensamiento avanzó hacia el desconocido y lo atravesó con el alma homicida. El acero, hoja bien templada y bien conservada en su estuche de caña, se quebró contra la pared en dos pedazos, como frágil cristal. El hombre, a quien Antolín tenía la seguridad de haber atravesado de parte a parte había desaparecido.

III

El joven jugador recogió los pedazos de su estoque y subió sigilosamente los peldaños de la escalera de su casa. Fué en puntillas a su aposento y a la luz de una bujía examinó los restos de su hoja de acero. No encontró ninguna mancha de sangre. Entonces, exclamó en voz baja:

—¡Juraría ante un Crucifijo, que lo había atravesado de parte a parte! ¡Qué alucinación! Así surgen las creencias en aparecidos, espectros y fantasmas! ¡Y he roto, estúpidamente, mi magnífico estoque!

Entonces, oyó llorar a un niño y se acordó del estado de su esposa.

Era su primer hijo. Sintió una gran alegría y corrió hacia el aposento de su consorte.

—Mira, Antolín, ya eres padre! djole la esposa enseñándole el chiquitín. El lo cogió y le dió unos ducados besos.

En aquel instante entró la sirvienta con una taza de caldo para la señora. Llevaba en una mano la taza de alimento y en la otra un bulto que entregó a Maldonado, diciéndole:

—Señor, al pasar frente a la escalera, para venir acá, un hombre en el pasillo me dió ese bulto para

usted, y se ha marchado.

El joven jugador abrió el saquillo y encontró dentro las onzas de oro que había perdido y un as de bastos con esta inscripción: **El trabajo redime al hombre y lo engrandece.**

VI

Entonces, Antolín Maldonado se volvió hacia su esposa y exclamó:

—¡Querida de mi alma, desde hoy te prometo no jugar mas a la baraja; y creo firmemente que Dios se mete en las cosas de este mundo!.....

El aceite de la Lámpara del Santísimo

(1852)

I

En 1848 el vicario padre Dominguez había terminado felizmente la reconstrucción de la iglesia de San Felipe de Arecibo, que los terremotos habían arruinado. El edificio había quedado sólido y capaz, con gran atrio y verja de hierro calado, traída de Barcelona. Las familias del pueblo, buenas católicas, empezaron a hacer regalos al templo: la de Tejada la ofrendó con seis arañas de cristal para los entrearcos: cada araña cargaba cien bujías, eran preciosísimas. El comercio, todo catalán, regaló el Santo Sepulcro. Los mayordomos de las haciendas vizcainos dieron dinero para campanillas, cálices, crucifijos, hisopos, patenas etc. todo de plata. Otros contribuyeron para los ternos con que se había de revestir el Sacerdote para decir las misas. Hubo lujo

en todo. Doña Juana Mendoza, madre de los Tejadas, donó una gran lámpara de plata, con sus cadenillas de igual metal para la capilla del Santísimo Sacramento. Y por este terno, todos fueron regalos de valía.

II

Doña Juana Mendoza le dijo al Vicario, que la lámpara del Santísimo ardiera día y noche, por su cuenta. Y así se hizo. Santiago, un mulato ayudante del Sacristán, era el encargado de cuidar del voto de Doña Juana Mendoza; y también era el encargado por orden del padre Domínguez de ir diariamente donde la devota y venerable señora, en demanda de los dineros para el aceite de olivas. Un día díjole D. Luis Tejada, el hijo mayor de Doña Juana, al padre Vicario:

—Cómo es posible, padre, que la lámpara del Santísimo gaste diariamente cinco cuartillos de aceite?

—Traga mucho aceite tan hermosa lámpara, pero creo que lo mas que puede consumir sea de un cuartillo a dos. Yo averiguaré lo que pasa. Contestóle el sacerdote, arrugando el entrecejo.

III

—Santiago, interrogóle el Vicario, ¿cómo es que la lámpara del Santísimo gasta diariamente cinco cuartillos de aceite de olivas?

—Eso mismo pensé yo, padre! pero me puse en acecho y observé que los murciélagos, que se meten a prima noche en el templo, se posan en la cornisa

interna de la bóveda y luego cautelosamente se acercan a la lámpara a beber el aceite.

—Porqué no me lo dijiste?

—Porque los murciélagos son también hijos de Dios, como dice San Francisco, y tienen derecho a vivir. Además, Dios lo permite. ¿Se ha quejado Doña Juana?

—No! Su hijo D. Luis.

—Ese es un descreido! Un hereje! Ojalá se muera de un cólico! Si usted ordena no prenderé más esa lámpara.

—Suspende el encenderla hasta nueva orden. No me gustan cicaterías en mi iglesia !

IV

Doña Juana Mendoza iba todos los sábados, a prima noche, a rezar al altar del Santísimo Sacramento por el descanso eterno, en el seno de Dios, de su difunto esposo D. Juan Manuel Tejada.

Al levantar la vista la piadosa señora para contemplar la hermosa lámpara de plata que ella había ofrendado al Señor, notó que estaba apagada.

Pasó a la sacristía e increpó duramente al sacristán por aquel descuido; pero el guarda templo le contestó, que Santiago, el criado del Vicario, era el encargado de cuidar de que estuviera siempre prendida dicha lámpara.

V

Llamóse a Santiago e informó, que actuaba por mandato del padre Dominguez, a quien se le había quejado D. Luis del mucho gasto de aceite. Doña Juana marchó a su casa y tuvo un gran altercado con su hijo Luis, a quien le dió un berrinche tan fuerte acabado de tomar un refresco de china, que se atacó del cerebro y dió el piojo el mismo día.

El mulato Santiago regó por el pueblo, que había sido castigo de Dios, por impedir que se gastara aceite en la lámpara del Santísimo.

La desolada madre dispuso que no dejara de arder la lámpara día y noche, como era su voto; y dió la orden a los señores Puig Amell y Co. para que facilitaran por su cuenta al eriado del Vicario todo el aceite que pidiera.

VI

El Dr. Borrel, que había asistido a D. Luis Tejada, supo lo que propalaba el lenguaraz Santiago, y se puso a vigilarlo por medio de un espía de su confianza.

—Doctor, ya sé quién se bebe el aceite de la lámpara del Santísimo. ¡

—Quién?

—El mismo Santiago!

—Cómo!... No puede ser, hombre!

—Vaya usted, doctor, esta noche al **Palmarito** a la casa de Santiago y se desengañará por su propia vista.

El doctor tenía confianza en su cochero, que fué el espía elegido.

VII

A las once de la noche el doctor Borrel, encapado, se dirigió a pie a casa de Santiago, liberto de la casa del Vicario que vivía en el **Palmarito**, y entró de sopetón en el rancho del ayuda del Sacristán. En la salucha había una mesa puesta con 4 grandes fuentes en el centro: una con trozos de bacalao salcochado y aderezado con aceite y vinagre; otra de macarelas, con igual condimento; y en otra plátanos verdes y maduros salcochados.

—Hola, hola, conque gran cena tenemos! Exclamó el doctor riendo:

—Si, doctor, estoy celebrando la noche de San Juan. El santo de Doña Juana Mendoza, que me facilita de la tienda **El Vapor**, tan rico aceite de olivas.

—Y los murciélagos ¿dónde están?

—Ahorita llegan: el sacristán y su familia, que son los convidados.

—Y ¿por qué propalas por el pueblo las paparruchas que corren contra D. Luis Tejada?

—Ay, querido doctor, porque todos no tenemos lancetas y ventosas; y los campesinos traen los pollos, huevos, gallinas y lechones al padre Dominguez para las benditas ánimas del Purgatorio, y como el padre Vicario tiene tanta familia, al Sacristán y a mí no nos toca ni **ésto**.

Y el astuto mulato marcó con el plugar de la mano derecha la mitad del primer pulpejo del dedo índice de la misma mano, y repitió:

—Ni **ésto**, doctor, ni **ésto**!...

La Banza de los Muertos

(1856)

I

El cólera morbo hacía estragos en la ciudad de San Juan. No respetaba ninguna casa. La peste invadía despiadadamente todas las calles de la Capital y el terror penetraba en los hogares en unión de la mortífera enfermedad. El gobierno y la caridad pública se multiplicaban para hacer frente al terrible viajero del Ganjes.

La muerte con su afiliada segura cortaba el hilo de la vida a jóvenes, ancianos y niños sin preferencias ni distingos. El turbión epidémico barría la población de uno a otro extremo y el espanto estaba pintado en todos los semblantes. Los carpinteros no daban abasto a hacer ataúdes y se simplificaron los entierros en improvisadas angarillas, y hasta la Municipalidad ordenó que un carrito, a prima noche, a fin de evitar el infundir mayor terror al vecindario, llevase al cementerio los cadáveres para darles sepelio en una fosa común. A esta gran tumba se le llamaba la zanja. Repleta una de estas enormes

sepulturas y cubierta de una capa ligera de tierra, se abría otra, paralela a la anterior.

Temiendo todos los vecinos la presencia de la descarnada intrusa, ninguno se atrevía ya a salir de la casa; solamente lo hacían a diligencias muy precisas.

Por orden facultativa se escogían detenidamente los alimentos para que fueran de buena calidad, se hervía el agua, se quemaban plantas y sustancias aromáticas para sahumar las habitaciones y se usaban parches y emplastos para prevenir el contagio y la infección.

A pesar de tantas precauciones domésticas, el ángel de la muerte penetró sigilosamente en casa de D. Conrado Flores de Sandoval y besó en la frente a la bella Rosalinda, la primogénita del acaudalado comerciante, la alegría de la casa, la querencia de sus padres y la joven más linda y apuesta de la ciudad; por otra parte, era la novia y prometida esposa del licenciado en Derecho Narciso Salgado de Andújar una de las primeras figuras de foro puertorriqueño.

A las veinte y cuatro horas de infectada la hermosa Rosalinda era ya cadáver. La familia quedó aterrada y como si una losa de plomo hubiera caído sobre ella. El padre y el novio, sobreponiéndose a un intenso dolor, condujeron al cementerio en un modesto ataúd de pino, sin adorno alguno, los despojos mortales de la gallarda doncella. Pocos eran los cadáveres que se escapaban de caer en la gran zanja y obtenían sepultura aparte. D. Conrado y Narciso pudieron a fuerza de oro y súplicas a los enterradores obtener esta gracia para el cuerpo adorado de la infortunada joven.

II

Al regrear a su casa, presa de intentísimo dolor

moral, Narciso se dejó caer en un sillón, sollozó de angustia y rompió a llorar como un niño. El sufrimiento que le ahogaba se deshizo en candentes lágrimas. Profundamente abatido no quiso tomar alimento alguno; y, medio vestido, se recostó en un canapé de su aposento. El sueño cerró sus párpados; y una horrible pesadilla se apoderó de su cerebro. Soñaba que a su idolatrada Rosalinda la habían enterrado viva, con la estúpida precipitación de sacar el cadáver de la casa tan pronto fallecía el colérico, según la orden rigurosa de la Alcaldía, de acuerdo con la Junta de Sanidad. Veía claramente el infeliz amante cómo la gentil doncella le tendía los brazos alabastrinos y clavaba en él sus dulces ojos azules, vidriosos y desesperantes, implorando que la sacase cuanto antes de aquella maldita tumba, donde viva la habían sepultado.

Narciso, en cuestiones religiosas, era algo espiritista; y creyó que el peri-espíritu de Rosalinda había salido a pedirle telepáticamente socorro. Quiso correr en auxilio de la atribulada joven, pero no pudo. Estaba clavado en aquel sitio por un poder superior y le era imposible moverse. Por fin hizo un gran esfuerzo, dió un grito agudo y se despertó. Pásose la mano por la frente y un sudor frío y pegajoso se adhirió a sus dedos. Recordó el ensueño angustioso que había tenido y cavilando respecto a tan terrible pesadilla, notó que un nudo constrictor le apretaba la garganta fuertemente. Sintió sed intensa y un dolor gravativo subepigástrico le torturaba. Fué a levantarse y tuvo vértigos. Los objetos se movían a su vista como si estuviera embarcado y experimentó insufribles náuseas. Tocó entonces una campanilla, que había en una mesita junto al canapé, y el sirviente de confianza acudió a su llamamiento.

—Mira, Juan tráeme café y tabacos. Me siento muy malo.

—¿Quiere el señorito que vaya por el doctor?

—No, Juan; no quiero ningún médico. Ayúdame a pasar a ese sillón. Abre aquella ventana, que dá al patio, y tráeme el café y los tabacos que te he pedido.

—¡En seguida!.....

Y el fiel criado cumplió inmediatamente lo ordenado por Narciso. El aire suave de la mañana refrescó la frente ardorosa del joven letrado; pero se sentía aún sumamente débil. El café y el tabaco le estimularon poco. Después la visita de un amigo íntimo: que vino a darle el pésame por la pérdida de Rosalinda, volvió a avivar, imprudente, el intenso dolor de Narciso. Ido el compañero de aulas, quedóse el licenciado profundamente sombrío y neurótico. Aquel ensueño aterrador golpeaba en su cerebro como sobre un yunque un potente martillo. En vano trataba de alejar de su mente el recuerdo pavoroso de la terrible pesadilla. Hacía donde quiera que tendía la vista, abiertos o cerrados los ojos, vislumbraba a Rosalinda tendiéndole los brazos suplicantes y con mirada angustiosa le pedía corriese en su socorro. Púsose el sombrero y fué a salir, más las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse, vacilante, en la primera silla que alcanzó a mano; de lo contrario hubiera rodado por el suelo. Volvió a sentir que le apretaban horriblemente la garganta. Comprendió, en seguida, que él estaba infectado de la pestilencia reinante; y fué preciso aceptar los auxilios de la ciencia médica. El doctor Berriechea, que había conocido toda la familia de Narciso en San Germán, y que le tenía gran aprecio, acudió solícito. Máxime, sabiendo que el joven abogado vivía solo acompañado de un esclavo de confianza.

—¡Vamos, le dijo, ánimo, licenciado! He sido llamado oportunamente. Usted es un joven fuerte y mi poción anticolérica hará un milagro más, haciendo desaparecer todos esos dolores y calambres; y le

volverá a usted la salud perdida. En primer lugar no tome usted mas agua que la tisana que le prescribo. Luego, dieta absoluta de leche hervida cada tres horas; y abríguese bien con una frisa de lana. De mi poción, una cucharada cada hora.

A pesar de los buenos deseos del doctor Berrichea y de su favorita mixtura del láudano y otros fármacos, Narciso empeoró rápidamente. A las veinte y cuatro horas de invadido parecía un espectro, con los ojos hundidos, la faz lívida, los labios azulosos y los brazos descarnados. El doctor Berrichea apretó la mano en el opio, como recurso supremo; y Narciso cayó en un estupor acentuado, se enfrió, se estiró, cerró los párpados, quedó rígido; cayósele la mandíbula inferior y perdió por completo el conocimiento. Su aspecto cadavérico y mortal impresionó vivamente a su guardián, que salió sobresaltado a la calle en busca de socorro para su amo.

Narciso vivía en la calle del Sol, en una casa terrera, acompañado de su adicto esclavo Juan, que desde San Germán había venido para servir a su querido amito, al niño, como cariñosamente le llamaba; pues le conocía desde pequeñín y le había llevado muchas veces a los paseos y a bañarse al río Guanajibo.

III

Eran las ocho y media de la noche y precisamente pasaba frente a la casa el carrito fúnebre del Ayuntamiento, recogiendo cadáveres. Algunos vecinos se concretaban a colocar los muertos a la puerta de sus casas, para que el carro municipal los recogiera a la hora que pasase por allí.

El pobre Juan, compungido y lloroso, suplicó al jefe de aquel servicio entrara a ver si el abogado estaba vivo o muerto. Dos peones acostumbrados a aquellas trágicas escenas, penetraron en la alcoba y al solo aspecto que presentaba el joven licenciado

declaron que ya había fallecido. Y, diciendo y haciendo, porque no había tiempo que perder, regresaron a la calle con el cuerpo del infortunado Narciso y lo colocaron en el fúnebre carrito.

El carromato echó a andar tirado por un escuálido caballejo; y el pobre Juan se quedó en cuclillas a la puerta de la casa, sin atreverse a entrar en ella.

El repulsivo carro, que conducía el cuerpo de Narciso, y que procedía de la calle de la Luna, tuvo que acabar de recorrer la del Sol, subir por la de San José para llegar a la Plazuela de Santo Domingo y descender por fin al cementerio, por un largo y estrecho callejón, pasando por debajo de la sombría bóveda de la gran muralla del Norte.

Taciturnos y malhumurados iban los conductores, porque la llovizna que hacía rato los empapaba, impelida ahora por un viento frío, les azotaba el rostro. Al llegar junto al convento de los Dominicos, la llovizna suave se convirtió en aguacero recio, por lo que los conductores del carrito apresuraron el descenso; y al llegar a la puerta del cementerio, dijo el capataz:

—Basta de faena por hoy. Aflojad el cordel de la lanza y volcad la **mercancia** en la puerta, hacia adentro. Mañana les daremos **alojamiento** a estos vecinos en la **zanja**, que, por lo visto también se han ido a sus casas estos **gaznápiros** sepultureros, huyendo al mal tiempo.

Y no concluyó bien la frase, cuando rodaron aquellos cadáveres, uno tras otro, con profanador derrumbamiento, como fardos de mercancías, al pie de la puerta de hierro del cementerio, que estaba abierta de par en par, esperando insaciable la carne humana corrompida, que jamás harta a la hambrienta segadora.

IV

Un reflejo de luna moribunda alumbró aquel

siniestro o grupo de cadáveres, caídos al azar en extravagantes posturas, a la misma puerta del cementerio. Pero, como la noche era chubascosa, tras un claror de luna venía una intensa cerrazón brumosa; y un rápido aguacero con recio viento descargaba sobre las tumbas. Toda aquella lluvia golpeando sobre la cabeza de Narciso provocó una reacción vital en su organismo, y como no estaba muerto, sino aniquiladas sus fuerzas por la expoliación serosa del cólera, y su cerebro sumido en profundo estupor por la excesiva cantidad de opio absorbida, pudo, con el auxilio de aquella ducha providencial, volver en sí.

Al tener el joven abogado conciencia de que vivía se sentó instintivamente, pero conservaba aún sus facultades mentales por completo entorpecidas. Como hombre valiente y ageno al misticismo, no tuvo miedo supersticioso de hallarse en el cementerio. Fué a levantarse y no pudo, porque sus miembros entumecidos estaban muy débiles. Las ideas no brotaban todavía con lucidez en su cerebro, sino nebulosamente. Giró la vista en torno y columbró al opaco resplandor de la moribunda luna que estaba en un grupo de cadáveres insepultos. Se apretó la frente con la mano derecha, como para despertar sus dormidos pensamientos y sintió de pronto una sensación desagradable de frío en todo su cuerpo y notó que iba a perder de nuevo el conocimiento. Entonces recostó la entorpecida cabeza, en la mano izquierda y apoyó el cuerpo desfalleciente contra el enverjado.

Al mismo tiempo oyó una música suave, lánguida, ideal, nunca oída por él; eran unos acordes dulcísimos, sugestivos, que se deslizaban tenuemente sobre el lúgubre silencio de aquel sitio. La música parecía proceder de instrumentos todos de cuerda, como si fueran guzlas, violas y violines, tocados por seres invisibles. Las mágicas notas de aquella insinuante música rodaba por aquél húmedo ambiente

trémulas y acariciadoras; y Narciso observó, que a la poderosa influencia de aquella melodía incomparable, de tan misteriosos sonidos, algunos sepuleros se entreabrían, las lápidas se inclinaban a un lado y salían de sus nichos albos espectros que empezaron a pasearse por las calles y avenidas de aquella triste mansión. El licenciado miraba sorprendido tan extraño fenómeno. No era él un supersticioso, ni temía al espíritu maligno, pero contemplaba atónito y fascinado aquellos fantasmas. Los apacidos continuaban resurgiendo de sus tumbas como blanquesinas sombras y vagaban al capricho. Sentíase olor a naridos y murmullos placenteros. De repente dió Narciso un grito penetrante. Acababa de divisar a Rosalinda, la prometida de su amor, que venía hacia él por la gran calle central del cementerio.

La gentil joven, aérea, garrida y más hermosa que nunca, se había detenido frente a un gran panteón de mármol. Junto a ella había una corte de atrevidos aduladores. Todos aquellos galanes, solícitos, le dirigían la palabra. De pronto dió ella el brazo a uno de ellos. Los otros se replegaron contra el mausoleo para dejar pasar a la airosa pareja. En aquel instante la música cambió de ritmo y preludió un vertiginoso vals. Los espectros danzaban a tropel a lo largo de las calles y avenidas. Aquel vals era, para Narciso, interminable. A veces tenía compases de galop.

A pesar del confuso conglomerado de fantasmas, todos vestidos de albas túnicas, el enamorado joven no perdía de vista a Rosalinda. Ella, de súbito, clavó sus vidriosos ojos azules en él y lo reconoció.

Todos los espectros parecían estar alegres. Las notas gemían dulcemente el vals, con melancólico acorde. El sonar de la música era encantador.

Rosalinda, divina belleza, cuyas formas de sacerdotisa, de Venus se destacaban a través del

finísimo sudario de linón, avanzó hacia Narciso al rítmico compás. El alocado y valiente novio se dispuso a arrancar a su prometida esposa de los brazos de aquel atrevido galán. Se sintió entonces con las energías de un hércules. Los celos le habían mordido en el alma y le daban aquel extraordinario vigor.

Rosalinda, con irresistible encanto, llegó junto a Narciso; y éste, haciendo un esfuerzo supremo se puso en pié y extendió hacia ella los brazos. La gallarda joven se desprendió violentamente de los brazos de su pareja y se arrojó sonriente en los brazos de Narciso, quien, dando un grito de alegría al recibirla, se despertó de aquel tétrico delirio, que le producía la soñadora influencia de la escesiva cantidad de opio, que el médico le había propinado para combatir la mortífera enfermedad. La intensa emoción experimentada al recibir con placer entre sus brazos a Rosalinda le volvió a la realidad de la vida. Como por ensalmo había desaparecido todo aquel encantamiento.

V

¡Terrible despertar! Más hubiera deseado el desgraciado amante permanecer eternamente bajo el dulce sopor de aquel voluptuoso ensueño!

Volvió Narciso a ver en su torno un grupo de cadáveres insepultos. Se estremeció con el desagradable cambio de escena que presenciaba. Hizo, en seguida, un acto de voluntad enérgico, recobró la serenidad y pudo darse cuenta de su situación. Entonces, por sus propios pies, aunque profundamente emocionado y débil, regresó a su casa.

Después de una penosa convalecencia y estar bien repuesto de las pérdidas orgánicas sufridas, con ánimo varonil refirió a sus amigos, entre los que estaba el doctor Berriechea, cómo por una feliz

casualidad, que jamás olvidaría en los anales de su existencia, había tenido la oportunidad de presenciar la **Danza de los Muertos**, que unas personas, descreídas, negaban rotundamente; y que otras, místicas, afirmaban de buena fe. Y agregaba en su peroración el exaltado joven:

—¡Ojalá, hubiera estado yo verdaderamente muerto, para poder haber bailado con mi amada Rosalinda aquel vertiginoso vals, al acompasado ritmo de aquella música nunca oída entre los vivos!

El Háiran Malo

(1858)

CUNDEAMOR, como todos la llamaban, era una guapa muchacha que tenía revueltos a todos los mozos galanteadores del barrio de Guayabota. Pálida, como una azucena, y con unos ojazos negros, chispeantes, fascinadores, capaces de sugestionar al más rebelde galán. Su ondulante cabellera recogida siempre en dos gruesas y brillantes trenzas, caían sobre sus espaldas con estremecimientos como de serpientes de ébano. Los desvanecidos gayanes, atraídos por el inefable aspecto de la gentil doncella, se le declaraban amorosos y rendidos, en bailes y veñorios, tan pronto CUNDEAMOR clavaba en ellos, cual dos puñales, sus hipnotizantes ojos, y su mirada fulgurante era difícil de resistir. Luego, volviéndoles las espaldas, con un mohín burlesco, no concedía tentadora sus sonrisas y quereñejas más que a Florencio, que todos llamaban por apodo ALEGRIA, vigoroso mocetón de veinte años, bien parado, cantador sempiterno de décimas a lo divino

y a lo humano; el vago más redomado de la comarea y el gayán más bravo y peleador del palenque.

La madre de CUNDEAMOR, labriega de enjuta tez, arrugada frente, cerrada de entrecejos, bigotuda, con pelillos a la entrada de los oídos, y de violentos modales, al saber de estos amoríos de su hija, se desesperaba y regañaba a la moza de lo lindo; por dos veces levantó airada la mano para darle una tunda, pero se contenía ante la formal oferta de la muchacha, que le prometía, lloriqueando, no mirar más a la cara del pobre Florencio, tan mal quisto en la casa.

Todo quedó reducido, pues, a amenazas de una parte, hasta jurar la vjeja que mataba la hija a palos, si fuese necesario, antes de verla en brazos de aquel veleidoso tunante; y de la otra parte, a discreteos y engañosos subterfugios en la terca moza para poder ver a satisfacción a su adorado tormento.

II

Convino CUNDEAMOR con Florencio, que tan pronto como apuntase el lucero de la madrugada, ella pediría permiso a su madre para ir en busca de agua a la quebrada, a fin de que el sol no le hiciera daño, ni el calor del día la sofocara, ni la perturbaran los atrevidos vecinos con sus requiebros. Y él, su preferido Florencio, le avisaría de su presencia allá abajo, junto al riachuelo, silbando fuertemente como lechuza.

La madre de CUNDEAMOR, tonta de capirote, le concedió el permiso desde luego, al ver el alabastro rostro de su hija con la blancura de un lirio, expuesto a mancharse de pecas, como estaban muchas lindas muchachas de Guayabota que parecían QUINEOS, pasados de maduro.

III

—Aunque es ya la media noche, no quiero, don

Ramiro, dejar de acompañar a usted; y aquí estoy en mi rucio a sus órdenes.

—Me alegro, señor Antonio. No sabe usted lo penoso que me hubiera sido atravesar solo ese maldito camino de LA PANDURA, por donde la gente no se atreve a andar de noche por miedo al PAJARO MALO.

—¿No lleva usted escapularios de la Virgen del Carmen?

—Sí, los llevo; pero cuando el diablo anda suelto hasta en la Corte Celestial cierran las puertas.

—Pues yo don Antonio, tengo fe ciega en mis oraciones; me confieso mensualmente; y me parece que con los dedos puestos en cruz le hago frente a Satanás y a todo el infierno.

Don Ramiro era un hombrecillo de cuarenta años, bajo, regordete, de cabeza deforme, color aceitunado, ojos de gato con brillo de carbunclos, corta nariz nagroide y algo coreobado.

Don Antonio era cincuentón, alto, flaco, color rojo pecoso, boca torcida con sonrisa sarcástica, ojos bizeos con uno de ellos de mirar de inquisidor, siniestro, nariz afilada de aguilucho, como garfio; y cuando hablaba parecía que silbaba como una serpiente.

Eran dos tipos repulsivos; se temían; y se buscaban para sus negocios truhanescos. Ambos iban vestidos de dril crudo, con sombrero de JIPI-JAPA, y montados en banastillas.

IV

Iban conversando estos dos vecinos de Maunabo, a la vez que repechaban malas cuestas, zanjones y gradillas, en demanda de Yabucoa y Humacao, para ver de trazar unos enredos hipotecarios que tenían. Tanto don Ramiro como don Antonio eran albaceas obligados en todas las testamentarias; y solían quedarse con el catre y la batea, como canta la célebre

vulgar seguidilla de Núñez, dejando a las indefensa viudas y a los desamparados huérfanos a los lindes de la miseria. Esto no era óbice para que oyeran puntualmente las misas, rezadas y cantadas, confesaran y comulgaran con frecuencia, fueran hermanos del Santísimo y llevaran el palio en las procesiones de Corpus Christi y Santo Entierro. Prestaban dinero a interés en el vecindario; pero, eso sí, con la garantía de dos buenas firmas y al dos por ciento mensual; capitalizando los intereses cada seis meses como un favor especialísimo a sus clientes.

Ya llevaban recorrido nuestros dos hombres de negocio, por no decir guardaños, la mayor parte del camino, fumando y charlando a su gusto, cuando de pronto, casi a un mismo tiempo, detuvieron sus caballerías. Habían oído por su desgracia, el agudo y prolongado chirrido del PAJARO MALO. Se quedaron paralizados de terror.

V

—Imposible volvernos, amigo mío—dijo medroso, don Antonio.

—¡Dios sea con nosotros!—exclamó espeluznado, don Ramiro.—Me parece haber sentido el batir de sus misteriosas alas sobre mi cabeza.

—¡Yo siento olor de azufre!..... ¿Lo oye usted?

—¡Vaya que si le oigo!

Y se espaciaba en el aire un sonido monótono, lúgubre y desagradable. Era el chirriar del PAJARO MALO.

—¡Corramos!....

—¡Corramos!....

Y entrambos, presas de un pánico terrible, y aguijoneados por un sentimiento de solidaridad común, espolearon con frenesí sus caballos. Estos arrancaron a correr descompasadamente por entre tantos pedregales, con el estímulo de los acicates; y

a corta distancia tropezó el corcel de don Ramiro y salió éste despedido del asiento como una bala de cañón, yendo a dar de cabeza contra el suelo, donde quedó privado de sentido y medio muerto. Don Antonio pasó por el lado de su colega con la caballería a escape tendido. Iba la bestia desbocada, como flecha que despidе el arco tirante. En la vertiginosa carrera del alazán, obediente al continuo acicatear del jinete, metió la caballería la pata derecha en unas gradillas pegajosas, no la pudo sacar a tiempo, desequilbrose el bruto, y caballo y caballero rodaron por tierra, con tan mala suerte, que don Antonio cayó del lado del precipicio horrendo y fué volteando el infeliz hasta el fondo del abismo, donde se estrelló el cráneo en una peña.

VI

A los chirridos de lechuza, que daba Florencio todas las madrugadas, acudía CUNDEAMOR a la quebrada con la botija al costado.

La quebrada era un hilo de agua, límpido, transparente, gárrulo, que brotaba de un peñaseo musgoso. Corría susurrando su canción de paz, con tintineo metálico, sobre una laja descarnada y venía a formar una fontana entre cafetos, guabas, y helechos silvestres; después la fuentequilla se perdía, bordada de juncos las orillas, en la hondonada del bosque.

Allí, junto a un grupo solitario de palmas reales, con un piso de tupida grama, salpicado de rojas amapolas y campanillas azules tenían su amorosa cita y su dulce gorjeo nuestros dos jóvenes campesinos. Había rachas de aroma incitante en el ambiente de aquel nido.

Allí, en plena libertad los amantes, se requerían de amores a su gusto, en férvida exaltación, dejando volar sus ardientes fantasías y entonando un himno al amor libre, sublime y rápido meteoro de la vida fugaz.

El brillo de los ojos negros de CUNDEAMOR y la influencia misteriosa de sus torneados hombros, dejaban a Florencio estático y hechizado. Y las caricias del mancebo tornaban la intensa palidez del rostro de la gentil campesina en rojo de cambustera. Solo el pudor de la gallarda joven contenía al audaz Florencio; y un beso dado en la tersa frente era la despedida final.

Esto ocurrió muchos días; y los besos bajaron a las mejillas y a los labios. La sangre no es linfa clara sinó rojo licor; y la voluntad y el recato, combatido por la embriaguez del deseo, sucumbieron al fin ante el ardor juvenil de la carne y el mandato imperativo de la pasión desbordada. No existe paraíso sin serpiente.

VII

Las viejas del barrio de Guayabota al oír el monótono y desagradable chirrido del PAJARO MALO musitaban rápidamente una oración, se cubrían de seguida la cabeza con la frisa y se quedaban dormidas de nuevo. No faltaba alguna, como la tía de Florencia, que al siguiente día exclamara:

—¡Todo cambia en este mundo! Cuando yo era moza de quince años el PAJARO MALO cantaba a la media noche; y ahora le oigo cantar de madrugada.

—¡Quiá, tía, es que usted sueña! No se acueste del lado del corazón! Le replicaba el pícaro sobrino.

—Calla, ALEGRIA, que tú no sabes más que cantar décimas y dormir todo el día como un lirón. Si, por casualidad te coge el PAJARO MALO en el camino de LA PANDURA y lo oyes cantar; temblarías como un alféñique y te ibas a morir de miedo!

Y Florencio, receloso, y sonriente al recuerdo de tiernas añoranzas contestaba a su tía:

—¡Tiene usted mucha razón!

VIII

Don Ramiro y Don Antonio, veteranos en picar-

días, llevaban el pájaro malo en sus negras conciencias de tramposos leguleyos. Eran dos pérfidos prestamistas, con las testas rellenas de malas intenciones. El miedo que tenían se convirtió en terror, al pensar que el diablo iba a cargar con ellos, en cuerpo y alma. Por eso huyeron precipitadamente y encontraron una tétrica muerte en su camino, al escuchar el simulado grito de la lechuza que producía Florencio para avisar a su querida CUNDEAMOR de su presencia al pie de la quebrada. Los bribones no pudieron contener sus nervios, ni sus medrosos corazones de supersticiosos eriminales. Y, a pesar de la muerte desventurada que sufrieron, no pudieron impedir que el diablo cargara con sus almas, como vampiros que eran de viudas y huérfanos.

IX

Por fin, Florencio dejó de ser ALEGRIA canturreador de décimas a lo divino y a lo humano, para convertirse en un hombre formal. Había heredado el CONUCO de su tía, se trajo a CUNDEAMOR a su lado con la aprobación de la madre y la sencilla bendición de la naturaleza; genuinos esponsales de la especie humana entre muchos campesinos.

Concretóse Florencio a cultivar con ahineo su campito; a cavar, arar, sembrar, podar y roturar; e hizo de sus tierritas un huerto y un jardín. CUNDEAMOR era su ángel bueno; y era la que se dedicaba ahora a tatarear canciones y más canciones todo el día; sobre todo, al recolectar la cosecha.

Y los vecinos del barrio de Guayabota no volvieron a oír chirriar al PAJARO MALI, en mucho tiempo.

REVISTA DE LA ESCUELA DE INGENIEROS

El presente número de la Revista de la Escuela de Ingenieros, que se publica trimestralmente, contiene los trabajos de los alumnos de esta escuela durante el presente trimestre. Los trabajos están clasificados en las siguientes categorías: Mecánica, Matemáticas, Física, Química, etc. Los trabajos han sido seleccionados por un jurado de profesores y alumnos, y se publican en este número para que los demás alumnos puedan aprender de ellos y mejorar sus propios trabajos.

XX

Este número de la Revista de la Escuela de Ingenieros, que se publica trimestralmente, contiene los trabajos de los alumnos de esta escuela durante el presente trimestre. Los trabajos están clasificados en las siguientes categorías: Mecánica, Matemáticas, Física, Química, etc. Los trabajos han sido seleccionados por un jurado de profesores y alumnos, y se publican en este número para que los demás alumnos puedan aprender de ellos y mejorar sus propios trabajos.

Las almas en pena del Fortín de San Miguel.

1860

I

Tiene la hoy progresista ciudad de Arecibo un bonito paseo a las orillas del mar donde entre un grupo de palmeras se destaca el bronceíneo busto del heróico marino Víctor Rojas. Al final de ese paseo hacia Oriente, queda aún en pié parte del reborde de la plataforma del Castillejo de San Miguel, mandado a contruir por el Gobierno en 1828, como los de Ponce, Cabo Rojo, Aguadilla y Fajardo, para defender las costas de la isla de Puerto Rico contra las conti-nuas depredaciones de los corsarios colombianos que infestaban estos mares en aquella época.

Pasado el peligro del corso enemigo, se abandonó el fortín, construído por don Juan Nepomuceno Bolet, comandante militar de aquel Distrito; y el tiempo con su piqueta formidable se encargó de agrietar los murallones, y roer las piedras y pulverizar los empañetados.

Para la fecha de nuestra narración, 1860, los cuatro cañones de hierro, de a 24, estaban desmontados, por haberse podrido las cureñas; la cerca y la caseta de madera habían desaparecido, quedando subsistente la ferreteada puerta del polvorín ligeramente entreabierta, y hundida, casi enclavada, en la apretada arena, que el viento había arremolinado en aquel sitio. Esta **Santa Bárbara** correspondía al costado izquierdo de la rampa que daba acceso a la plataforma del Castillo.

La gente supersticiosa del pueblo se dejaba decir, que en aquel obscuro aposentueho, donde escasamente penetraba durante el día por el entreabierto portallón algún rayo de luz, había almas en pena. Díceres sugestivos, que no dejaban de corroborar algunas personas, que al bañarse a prima noche en la desembocadura del río **Abacoa**, que lame los peñascales del fortín, y en necesidad apremiante al acogerse a aquel sitio escondido, habían tenido que salir apresuradamente, sin referir lo que les había pasado; encerrándose en un sospechoso silencio.

II

A la fecha a que nos referimos, cinco muchachos del pueblo, de la piel del diablo, se fueron a bañar al citado río; pero antes se pusieron a jugar un rato al escondite. El chicuelo que tenía que hacer la guardia se había de quedar en la plataforma del fortín, montado a horeajadas en uno de los cañones vigilando a sus compañeros, para ver luego (oído el grito **ya, ya.**) a cuál de ellos podía atrapar para que le sustituyera en el puesto de guardián.

Los demás muchachos se desparramaban por los contornos del Castillo, a refugiarse ya tras un peñasco, una palmera o una desigualdad de los médanos, o en cualquier otra parte donde pudiera sustraerse de la

vista del rapaz que actuaba de centinela. Ninguno de los muchachos del pueblo se atrevía a esconder en el abandonado polvorín por miedo terrorífico desde luego á las almas en pena que allí moraban.

Entre los chicos había aquella tarde uno procedente de la Capital; era hijo del Capitán de Puerto, recién llegado á la Villa; muchacho tan travieso o más que los que le acompañaban. Afirmaba el rapazuelo que nadie le ganaba a nadar en Peña Parada, ni a correr entre los fosos del Abanico de San Cristóbal. El juego iba, pues, a estar animadísimo.

Tenía en su contra el hijo del Capitán de Puerto, que en Arecibo era novicio, desconocía los vericuetos y escondrijos y se bañaba en el Abacoa por primera vez.

Tan pronto se dió el grito de ¡alerta! voló Tomasito, así se llamaba el rapaz capitaleño, a esconderse en el cuarto donde los antiguos artilleros guardaban la pólvora. Con tabajo pudo meterse por el resquicio ligeramente entre abierto del portalón. Pero, tan pronto penetró en el polvorín empezó a gritar desafortadamente. Todos los chicos corrieron asustadísimos a socorrerle; mas ninguno se atrevió a penetrar en el temible aposentucho donde era creencia firme que imperaban las almas en pena.

III

Afortunadamente un matriculado de mar, un lobo marino, que descansaba de las faenas del día, durmiendo bajo una de las palmeras al grato frescor de la tarde, al oír los agudos chillidos del infortunado muchacho corrió presuroso en su auxilio y con sus potentes manazas y hercúlea fuerzas tiró de la puerta dominando la arena que la obstruía en su base y dando fácil salida al atolondrado Tomasito, que tenía prendido en piés y manos un enjambre de canchales de mar.

IV

Enterado el Corregidor Llobregat, comandante militar del Distrito, de la desgracia ocurrida al hijo del Capitán de Puerto, mandó clavar la desvencijada puerta del viejo polvorín, ya en desuso; y desde entonces, nadie en la Villa volvió a hablar ni oír hablar más de las almas en pena del fortín de San Miguel.

El Matón del Barrio de Bermejales.

(1860)

I.

Fortún era un mozo robusto y ágil, con toda la fortaleza de sus veinte y cuatro años, corridos en los campos y bosques del barrio de Orocobis. Su padre, soldado del batallón de Granada, tan pronto concluyó su servicio no quiso retornar a la Península, ni reengancharse, y con sus ahorros, por cierto bien cortos, se internó en la sierra, buscando acomodo en una estancia, donde se colocó de capataz. Con la buena disciplina del cuartel, aplicada a la labor agrícola, prosperó, y casóse con una criolla de la altura. Como agregado de la finca, fundó su hogar, y de su matrimonio tuvo un solo hijo, Fortún. Un día, derribando en el bosque un corpulento cedro no soltó oportunamente el hacha a pesar de haber oído el crujido de las fibras que se desgarraban, y al caer en tierra el tronco del gigantesco árbol lo pilló debajo y lo dejó muerto.

Huérfano Fortún, creció a su antojo con los mimos de su bondadosa y complaciente madre. Era un mocetón de tez pálida, algo coloreada en los carrillos por la temperatura fría de la montaña, bigote negro, ojos vidriosos, vivos, la mirada penetrante, nariz recta y labios finos. Tenía unos puños de acero y una voluntad de hierro. Su primer disgusto lo tuvo con el hijo del dueño de la finca, donde era agregado, por cuestión baladí. Abofetó al señorito, que se las echaba de forzado, y en poco mata al padre que intervino, y quería pegarle con un varal que llevaba en la mano. Por lo que su madre determinó levantar el hogar del barrio de Orocobis y pasarse al de Bermejales, donde compró unos seborucos.

Fortún construyó el bohío en un momento, sin que nadie le ayudara. El mismo trajo del monte la madera y la **yagiilla** de palma de sierra, para la techumbre y setos. Púsole estanticos de **tortugo amarillo** y los varales de la cumbre de **capá prieto**. Y cuando llorosa su madre se trasladó a la nueva choza, el hijo la consoló diciéndole:

—No tema, madre, que tengo brazos para todo. Aquí somos dueños. Allá como agregados de una finca, éramos casi esclavos.

El conuco prosperó bajo el brazo potente de Fortún. El platanal y el batatal estaban florecientes y limpios. El mocetón trabajaba en las fincas de café y con la moneda de sus jornales traía a la casa cuanto faltaba. Pronto tuvo su caballo, su buena ropa de dril blanco para los días de fiesta, sus botas de buen becerro con zuelas dobles, y su sombrero de Panamá. En los bailes empezó a distinguirse por su buen porte y aspecto, y con dos puñetazos dados en diversas ocasiones había obtenido el dictado de **guapo**. Cuando entraba en un baile y pedía una punta para bailar un **merengue** nadie se atrevía a negarle la pareja.

Así iba pasando el tiempo. La finquita de Fortún llamó la atención del perceptor de contribuciones, y por primera vez apuntaron el conuco de Fortún Sánchez y le fijaron tributo para el Estado y el Municipio. A un tiempo, le citaron para que pagara el primer cuatrimestre de la contribución, y al año, lo apremiaron, echándole recargos y formáronle un expediente de apremio por deuda al Fisco. A los dos años le vendieron el conuco en pública subasta en la Receptoría de Contribuciones y se lo adjudicaron a un corso que deseaba sembrar café en las alturas de Puerto Rico. El corso, acompañado del alguacil del Juzgado, fué a incautarse de la finca. Fortún estaba sentado en el dintel de la puerta de su bohío, cuando llegaron estos sujetos.

—¿Qué se ofrece? les dijo.

—¿Es usted Fortún Sánchez?

—Para servir a ustedes.

—Pues yo soy el alguacil del Juzgado y vengo a darle posesión al señor Giacomo Piccoli, que ha rematado estas tierras por el pago de las contribuciones y las costas originadas en el expediente de apremio que se le formó a usted. Por tanto, entregue usted la casa y las diez cuerdas de tierra a su nueva amo.

Fortún se quedó mirando de hito en hito al alguacil; sintió que una oleada de oprobio le azotaba el rostro; y que lo que acababa de oír era una tremenda injusticia y un despojo infame, pues él había cultivado aquellos breñales, que antes no valían nada; y personamente había fabricado el bohío. Y ahora, de repente, pretendían arrojarle de allí, lo que no podía tolerar. El alguacil, al ver la cachaza del campesino, le dijo con malos modos:

—¿Me ha comprendido usted bien? Vengo en nombre de la Justicia.

—Está bien! contestó Fortún. Apéense ustedes.

Mi madre les hará café y yo voy a recoger mis trastos para irme al monte.

Y se entró para dentro de la casa. El corso y el alguacil se apearon de sus cabalgaduras. Y la madre de Fortún marchó a la cocina a preparar el café, que su hijo había ofrecido a los recién venidos. No bien había llegado la pobre mujer al fogón, tuvo que desandar lo andado precipitadamente, porque oyó un terrible grito proferido por una voz desconocida y una horrible blasfemia lanzada por su hijo. Al llegar a la puerta del bohío quedó aterrada ante el sangriento cuadro que tenía a la vista. Fortún, de un machetazo, le había cereenado la cabeza al alguacil, y con otro formidable tajo le había partido el cráneo al corso. Los dos cadáveres estaban cerca el uno del otro. La infeliz mujer se desmayó.

Fortún, repuesto de su raptó de ira, tomó una pala de corte, entróse en el cafetal e hizo una gran fosa, donde sepultó los dos cadáveres. Cogió los caballos, cruzó la sierra y en las parte opuesta los realizó a un bajo precio. Bien entrada la noche retornó a su casa. Llamó a su madre y nadie le respondió. Pernoctó sentado en el batey y esperó a que amaneciera. Con los claros del día entró en el bohío. Su madre estaba aún tendida en el suelo; la tocó y estaba fría, glacial; las manos y brazos rígidos; en vano trató de reanimarla porque estaba muerta. El crimen de su hijo le había producido un ataque apoplético fulminante.

Fortún volvió a coger la pala, se internó de nuevo en el cafetal y cavó una profunda fosa para su madre. Volvió al bohía, besó a la que le había dado el ser, en la frente, y repuesto de su emoción dióle sepultura. Después retornó a la casa, hizo un lío de la ropa más necesaria, enjaezó su caballo, amoló su espada desde la punta al cabo, enterró junto a un árbol la

pedra de amolar, y le pegó fuego al bohío. Contempló estático y con mirada siniestra en su trágica desilución, como ardía su hogar. Arrasada su choza por el fuego, metióse el sombrero hasta las cejas, montó su potro volador y se perdió de vista por el sendero de la opuesta Sierra, sin volver el rostro una sola vez. Como fugitivo buscó amparo en las selvas y malezas de la montaña.

II

En aquellos tiempos tenía la Isla aún mucho bosque por explorar. Se había sembrado mucho café en las abras y laderas, pero quedaba todavía mucho terreno útil para el cultivo del aromático grano.

Fortún se enteró por el dueño de un ventorro del barrio de Orocobis, que el Juez lo había declarado, por sospechas, presunto asesino del alguacil y del corso, citándolo y emplazándolo en la Gaceta Oficial; que pasada la fecha del emplazamiento, lo habían declarado reo y prófugo. Estaba, pues, fuera de la ley. Su finca la habían adjudicado a un hermano del corso, que la reclamó, y que, bien armado tomó posesión de ella y había levantado casa.

Fortún dejó prosperar un año al corso; y la víspera del día de Reyes se presentó en su antigua finca y solicitó al dueño.

—¿Qué desea usted?—contestóle el corso, que estaba en el balcón, desgranando una mazorca de maíz.

—Vengo a arreglar unas cuentas con el dueño de este conuco, que era mío antes.

—¿Cómo se llama usted?

—Fortún Sánchez.

—Tú fuiste el matador de mi hermano y del alguacil. Ira de Dios; Espera!

Y penetró rápidamente en la casa, y apareció después en el balcón con una carabina en actitud de hacer fuego. Con igual rapidez que el corso había hecho esto, Fortún se había apeado de su caballo, subido la escalera y situado al lado de la puerta. Al salir bruscamente el corso al balcón sin tomar precauciones y creyendo que el matador de su hermano estaba aún a caballo, recibió una tremenda puñalada en el costado que lo hizo rodar por tierra; a la segunda quedó muerto.

La familia de la víctima dió parte a la justicia y el nombre de Fortún Sánchez, el matón del barrio de Bermejales, volvió a sonar en la Gaceta Oficial. Pasó el tiempo y todo volvió a caer en el olvido.

III

Fortún, temido por todos, cobraba el barato en los barrios de Orocobis y Bermejales. Desbarataba bailes a su antojo y se robaba las muchachas al capriche, para abandonarlas al poco tiempo.

Por fin se tropezó con una criolla del barrio de Sabana que no pudo seducir. Era una muchacha esbelta, de diez y ocho primaveras, buena, sanota; de seductor encanto; alto seno virginal y suaves contornos tentadores; con pupilas negras, largas pestañas, cabellera como el ébano y rosado cutis. Se llamaba Margara, adoraba a Fortún; pero se resistía a ser su mujer si no dejaba la mala vida que llevaba, pedía el indulto por conducto del padre cura, ofreciéndose a servir al Rey en los castillos de San Juan, y entonces se casaría con él ante los altares en debida forma. Fortún comprendía que Margara le amaba de veras y dejaba al tiempo, a sus halagos, y a la oportunidad el vencer la tenaz resistencia de la gallarda doncella en entregársele incondicionalmente en dulce abrazo. Le llevaba, cariñoso, flores, le hacía regalos de pañuelos de seda

y la trataba con un profundo cariño de rendido pretendiente, sin dejarla de requerir de amores siempre que podía, aspirando la ola perfumada de su aliento.

Celebrábanse las fiestas de la Candelaria en el barrio de Orocobis con bulla y algazara; por la noche hubo baile, y pasada la media noche, Fortún se presentó con fruición amorosa a ver si estaba por allí el imán de sus pensamientos. Se bailaba un vals y Fortún divisó a su idolatrada Margara bailando con un arrogante joven de melena rizada y ojos brillantes. Nunca había conocido los celos y esta vez le mordieron el corazón de firme. Tan reciamente, que no esperó a que le terminara el vals para acercarse a la pareja y pedirle al bailaror una **punta**. Lo hizo tan bruscamente, bajo el deslumbramiento de los celos, que el joven que bailaba con Margara, que desconocía la indómita fiereza de Fortún, por hacer poco tiempo que había llegado a aquel barrio, le dió un empujón, diciéndole inconforme:

—Hombre, sea usted más correcto en sus modales. Esos no son modos de pedir una pareja!

A Fortún le brillaron los ojos como dos ascuas candentes, porque el odio al servicio de los celos es implacable, y por única respuesta le dió una bofetada. El joven sacó una pistola. Se armó la barandada de siempre. Las mujeres empezaron a gritar y los hombres a intervenir y poner la paz. Fortún, en todos sus raptos de ira era rapidísimo, sacó un puñal y al descargarlo contra su adversario se interpuso Margara con tan mala suerte, que cayó al suelo bañada en sangre. Al matón del barrio de Bermejas no le había sido posible detener su potente brazo, ya descargada la puñalada. El joven hizo fuego y la bala se clavó en el hombro izquierdo de Fortún, quien, rabioso y feroz, con el puñal tinto en sangre de su amada, apuñaló al desgraciado

enemigo hasta dejarlo inmóvil en el suelo. Ningún hombre se atrevió a acercársele para separalo de su presa.

Fortún, al cerciorarse que Margara estaba muerta, dió un terrible alarido y salió corriendo en dirección al bosque. Nadie se atrevió a perseguírle, al verle amenazador: tal era el miedo que se le tenía, considerándole como un peligroso foragido.

IV

El suceso tuvo gran resonancia y volvió la Gaceta Oficial a ocuparse de Fortún Sánchez, el matón del barrio de Bermejales. Los vecinos de toda aquella comarca quedaron aterrados; pero con el tiempo, encubridor de heroísmos y crímenes, todo volvió a su curso natural.

Solamente en las fiestas de la Candelaria, todos los años, durante algún tiempo, se estuvo oyendo en las inmediaciones del espeso bosque de Orocobis unos sollozos profundos y unos terribles alaridos, y de vez en cuando una voz ronca, que gritaba ténazmente: ¡Margara, Margara, Margara!...

Y los vecinos del contorno afirmaban que era el desgraciado Fortún clamando locamente por su amada infeliz. Otros decían que eran las quebradas crecidas donde moraba el espíritu de la infortunada doncella sacrificada en un arrebato de celosa ira de su amante. Y un montuno aseguraba haber visto a Fortún con un machete en la diestra, los cabellos al aire, corriendo como un loco, rugiendo ferozmente, destrozando cuanto encontraba a su paso y aullando con voz enronquecida: ¡Margara, Margara, Margara!...

Triste final de Fortún Sánchez, el matón del barrio de Bermejales. ¡Desgraciado el hombre que la fatalidad, cruel e injusta, se empeña en perseguirle!

Quién es tu Padre?

(1861)

I

Ardía el pueblo de Arecibo en fiesta patronal. Era el primero de Mayo, el último del programa de festejos: día alegre y primaveral: horizontes claros, despejados; montañas azulinas al fondo: mar encespado y bravío. Por todas las esquinas de las calles sonaba el dado, rítmicamente golpeado dentro de unos tarros de hojalata, incitando al viandante a apuntar su moneda a una de las cuatro figuras de baraja clavadas en una tablilla. En algunos zaguanes grandes la ruleta tentadora rodaba su bola, con el grito reclamante de tahir: **Que se va la bola! Y da uno por veinte y ocho!**...

En la plaza principal, calle norte de ella, se levantaba el arco que sostenía las sortijas que habían de disputarse los caballeros montados en briosos corceles y habían de tomarlas con sus varillas a escape tendido. Cada anillo estaba sostenido por

una cinta de seda de color como distintivo. Eran 12 sortijas: pendían de la cuerda central como unas doce pulgadas.

En la entrada de la plaza se levantaba un tablado, donde se colocaba la orquesta. Frente a este tablado, debajo del baleón de la casa de Doña Manuela Figueroa (donde está hoy el Hotel Baleares) se levantaba otra tarima, que habían de ocupar las señoritas que componían el jurado, que había de premiar a los jinetes triunfadores; y los caballeros que las acompañaban.

Las señoritas vestían todas de blanco, con un ligero escote, peinadas a estilo griego: llevaban en la frente una cinta de seda del color de la cinta de que pendía la sortija que le correspondía representar: en el pecho llevaban un lazo de seda de igual color que la vinca frontal: este lazo era el premio que habían de prender en el pecho del joven triunfador.

En el centro estaba sentada la alcaldesa, que presidía el torneo, vestida con traje de seda color de rosa. A cada lado de ella seis señoritas. Los caballeros de rigurosa etiqueta: traje negro, corbata blanca y guantes de cabritilla. Se reunía esta comitiva en la sala capitular del Ayuntamiento y de allí, acompañada por la música, que echaba al aire sus alegres notas iba a ocupar el estrado.

Los jóvenes, que se anotaban para tomar parte en las carreras, vestían de blanco, gorra de seda negra, botas de charol y espuelas de plata. Los caballos enjaezados con lujo. Mientras se preparaba la corrida y llegaba la hora señalada para comenzar el torneo, estaban paseando por las calles de la población de dos en dos, desfogando el ardor y braveza de sus caballerías.

Tan pronto sonaba en el reloj de la plaza las cinco de la tarde, un corneta daba tres toques de prevención, y los jinetes se iban alineando frente

al edificio consistorial. De allí habían de partir de uno en uno, a escape, guardando prudente distancia, y cogiera una sortija o no la cogiera, seguir al paso por la calle de Pavia (hoy de José de Diego), a dar la vuelta por la plazuela de la Monserrate y regresar a coger turno frente al Municipio. El jinete llevaba en la diestra una varilla, forrada de seda blanca, con la cual trataba de llevarse la sortija. Si era afortunado, al desenvolverse la cinta del anillo desplegaba un largor de más de una vara. El público que llenaba todo el recinto de plaza y calle rompía en aplausos y tocaba la música.

El afortunado doncel, luciendo su presa, daba la vuelta de reglamento y regresaba al palco de la comitiva. Daba su caballo a un pafrenero y subía las gradas del tablado a hincar una rodilla en el almoadón de seda situado a los pies de la Presidenta. La joven que representaba aquella sortija se acercaba al lado de la alcaldesa y prendía en el pecho del caballero el lazo que ella llevaba antes en el suyo. Volvía a montar el jinete en su corcel, saludaba cortesmente a la comitiva descubriéndose, e iba a situarse en frente de la casa no. 1 de la entrada de la calle de Pavia. (1)

Ganadas las doce sortijas, la comitiva marchaba de nuevo al Ayuntamiento, donde encontraba un espléndido refresco. Por la noche había baile de etiqueta en el Consistorio y la dama reservaba la

(1) Llamamos a esta calle de Pavia por el nombre que tuvo hasta ser sustituido por el de José de Diego; pero dicha calle en 1861 se llamaba de La Carnicería, y el comandante militar y correidor Manuel Yturriaga fué quien le puso el de Pavia, en 1867 para darle un jaboncito al Gobernador D. Julián I. Pavia.

primera danza para el galán a quien había premiado en el torneo.

II

Entre aquellas señoritas distinguidas, de la primera sociedad arecibeña, estaba una gentil trigueña, llamada Pepita Correa, preciosa doncella de 18 años que lucía una estrecha cinta azul en su despejada frente. Era una moza de airoso cuerpo, elegante cintura, bien apretadita en carnes, con artísticos perfiles y tentadoras curvas. Tenía puntitos de oro brillantes en el iris de sus acabados ojos, lo que daba a sus luminosas miradas un raro hechizo. El óvalo de su cara era perfecto con palideces de lirio en las mejillas, sobre las que resaltaban el basalto de sus largas pestañas y el arco negro de sus cejas, donde estaba cautivo el corazón de Mario Colón, uno de los jóvenes más apuestos del pueblo.

Mario Colón era un joven protocolista de la escribanía de D. Pancho Torres, bien considerado y prestigioso. Estudiaba para escribano o procurador.

Tomó parte en el torneo de las sortijas, y tuvo la suerte de coger precisamente la que él deseaba obtener y a la cual le hacía la puntería: la que tenía la cinta azul que hermozeaba la frente de su adorada Pepita; tuvo el goce supremo de arrodillarse arrogante en su presencia y que ella le prendiera en el pecho el codiciado lazo azulino.

Por la noche al bailar con ella la primera danza, concluidos los merengues, entró a pasearse con su pareja por el salón, para darle a conocer sus planes para el futuro.

—Llevamos, amor mío, un año de relaciones, sin saberlo tu familia, algo sospecha; pero yo no tengo entrada en tu casa. Este estado anómalo debe cesar. Mañana voy a pedir tu mano a tu padre, y nos ca-

saremos para las fiestas de S. Pedro y S. Pablo.

—Ay! Mario, no sería mejor hablar primero con mi madre para que preparase a mi padre, a recibirte bien. El tiene mal genio.....

—¡No seas niña! D. Felipe, tu padre, sabe de nuestras relaciones, porque él vigila la familia, y siempre que se topa conmigo me dice riendo:

—“Mario, Mario, hay que hacer dinero y echar adelante. ¿Cuándo te haces procurador o escribano? Yo te fío, si necesitas presentar fianza.” — Eso revela, que piensa en ti, Pepita.....

III

El 4 de Mayo, por la mañana, fuese Mario Colón a la casa de D. Felipe Correa, que vivía en la plazuela de la Monserrate, en la casa de alto de la esquina donde empieza la cuesta que desciende a **Punta Brava**. La familia vivía en los altos, y en los bajos tenía D. Felipe su escritorio y su despacho.

El acaudalado criollo era dueño del ingenio San Gabriel, tenía en la población muchas casas, adquiridas a bajo precio por venta apremiante de sus dueños apurados por hipotecas vencidas, y daba también dinero a premio a los isleños para la siembra de tabacales. Estaba **forado en plata**, como decía la gente.

—Hola, Mario, tú por aquí!.. ¿Qué te trae? Ya sé que me quieres llevar la perla de la casa. Todo lo sé! La cocinera que te lleva y trae las cartitas me lo ha declarado todo. No los ha traicionado. Yo le dije, que si no me lo contaba todo la mandaba a la hacienda a que le dieran un **boca abajo** de 25 azotes.....

—Pero, D. Felipe, yo vengo a pedirle a Ud. la mano de Pepita; para casarme con ella para las fiestas de S. Pedro y S. Pablo.

—¿Conqué cuentas para vivir? Porque tú no tienes

bienes de fortuna y Pepita está acostumbrada a vestir bien y tener buena mesa.

—D. Felipe, yo soy procurador!.....

—Ah; me alegro! Esa carrera da mucha plata; Ustedes harán buena pareja! Tu eres arrogante mozo y mi Pepita, es su misma madre, cuando me casé con ella.

No has tenido mal ojo, picarón! Yo les regalaré amueblada la casa vivienda. Escojan de las que tengo en el pueblo la que más les guste para mandarla a componer y pintar en seguida. Vaya, adios y felicidad!.....

Acompañó el viejo eriollo a Mario hasta la acera de la casa y ya al marcharse lo retuvo y le dijo:

—Oye, se me olvidaba una cosa. Pepita es hija mía y de mi mujer Micaela Fuentes. Tú eres hijo de Carmen Colón y tu padre yo no lo conocí. Hazme el favor cuando llegues a tu casa de preguntarle a Carmen, quién es tu padre!..... Adios, adios; Y me lo vienes a decir!.....

Mario se puso el sombrero desconcertado. En las últimas palabras de su futuro suegro, que las pronunció riéndose, encontraba él algún misterio. Su madre y D. Felipe eran contemporáneos viejos. Lo mismo que su tío D. Luis Salierup, en cuya casa vivía. Tal vez algún bromazo que quisiera darle a su madre. Bromas pesadas de viejo verde.

Con esas cavilaciones llegó a su casa. La madre salió a recibirle y le dijo cariñosa:

—Temprano vienes a almorzar; no han dado las once.

—No vengo a almorzar, madre querida; vengo de pedirle a D. Felipe Correa la mano de Pepita.

—¿Cómo te recibió?

—Me la ha concedido; pero le manda a usted un recado, que considero descortés o pesada broma.

—Qué te ha dicho para mí?

—Que me diga usted, quién es mi padre; y que le lleve la respuesta.

Da. Carmen jiró sobre sus pies, como si toda la casa se le hubiera desplomado encima, y rodó por tierra como un fardo. Mario estupefacto salió corriendo en busca de auxilio y al llegar a la cocina y encontrarse a Robustiana, que lo había criado, un pensamiento de desconfianza abrigó su alma, e interrogó a la esclava:

—Ven acá, Robustiana, tú me cuidaste cuando pequeño, y me diste a mamar leche de tus pechos. Tú has sido una segunda madre para mí. Dime la verdad. Quién es mi padre? A mí me han dicho que mi padre murió cuando yo nací.....

—Adió, niño Mario, yo estaba creida que su merced lo había conocido. Su merced es hijo del amo Luis.....

D. Luis Sallierup era cuñado de Doña Carmen; estaba casado con Doña Josefa Colón, virtuosa matrona, madre de numerosa prole. Cuando supo el desaguizado de su marido con su hermana, se fué a vivir a San Juan con toda la familia. La otra se quedó en Arecibo. Vivían en la casa que fabricó Don Luis en la plaza, que hoy es **Hotel Baleares**. Don Felipe era contemporáneo. Este, viejo verde, quiso dar una broma pesada al otro viejo verde, según lo oí yo de sus propios labios con lágrimas en los ojos en años posteriores.

Mario corrió a su aposento y se encerró en él. La imprudente negra lo siguió, y atisbando por la cerradura de la puerta lo oyó sollozando. Al poco rato salió y se echó a la calle....

IV

El pobre Mario peregrinó con la cruz del ensueño sobre su dolorida alma a todo lo largo de la orilla del mar hacia poniente. Llegó a la **Poza de**

los Coléricos, se sentó en una peña; sacó de su bolsillo su estuche de papel y tinta, y escribió dos cartas: una para su madre, la otra para su novia... Tenía el vértigo de la desesperación... Sollozó un rato...

Después, volvió a sacar de su chaqueta una cajita de lata con pastillas de colores, un pincelito y pintó dos acuarelititas: entonces, la juventud romántica cultivaba el pintar miniaturas con sumo gusto: sobre la carta de su madre, estampó un pensamiento, sobre la carta de su novia una rosa deshojada... Todo lo puso junto a él y lo pisó con una piedra...

Cuánto daño ha hecho a la sociedad la creación suicida de Goethe!... Declinó el sol, vino el crepúsculo con sus penumbras y la hora gris...

¿Habría Mario leído a Warter?...

A la caída de la tarde moribunda un pescador de ribera encontró recostado contra una peña al desgraciado Mario con la frente bañada en sangre y una pistola descargada en la mano derecha...

Se había dado un pistoletazo en la sien derecha. El pobre joven atosigado por intenso dolor y avergonzado de su triste origen, se trastornó, lloró, meditó erróneamente, escribió con intenso amor a su madre y a su novia, y se fué trágicamente de este pícaro mundo por horrible conjuro de la fatalidad;...

V.

Y tenía entonces, 20 años de edad...! A las diez de la noche, yo niño de 11 años, corrí a la calle a oír la orquesta del maestro Juan Inés Ramos que tocaba una cosa tristísima.

Era la marcha fúnebre que el compositor piá-

nista Heraclio Ramos había improvisado para su desgraciado amigo Mario Colón. (1)

La muchedumbre era inmensa. Todo el pueblo acompañó el cadáver del infortunado suicida al cementerio, que estaba entonces donde se levanta hoy el **Hospital de la Monserrate**.

El doctor Borrell certificó que Mario Colón había muerto de **ataque cerebral**. Y no mintió el sabio galeno, porque un pistoletazo en la cabeza es un ataque al cerebro. El bondadoso y pío del padre Dominguez, vicario foraneo de la villa, dió la boleta de entierro para lugar sagrado. ¡Con qué concordia y fraternidad, a la hora de la desgracia, se ayudaban nuestros abuelos!...

VI.

Cuando se clausuró el cementerio de la Ermita de la Monserrate se trasladaron los despojos de Mario Colón al cementerio nuevo y en la calle central hay un panteón cuya losa marmórea ostenta la siguiente inscripción: "Aquí yacen los restos mortales de D. Guillermo Mario Colón. Nació el 10 de enero de 1842 y murió el 4 de mayo de 1861. Su desconsolada madre le consagra este recuerdo y ruega a las almas piadosas que eleven al cielo sus plegarias por el hijo de su corazón."

(1) En Arecibo la toca la música cuando acompaña entierros de inocentes niños... Cuántas veces he dejado mi libro para salir al baile a oírlo. Es un lamento que se esparce en el ambiente y sacude las fibras del corazón! — Son cuatro notas sostenidas, en trémulo: dos graves y dos agudas.



INDICE :

	Pág.
Al Lector	1
La Fuente Mágica	5
Becerrillo	11
Santa Rosa de Lima	17
El Milagro de la Guadalupe	21
Los Negros Brujos	27
La Endemoniada	31
El prodigio de Hormigueros	35
Los Bailes de la Catedral	39
El desorejado	45
Papel de Iglesia	49
El Nudo Cardíaco del Concubinato.....	55
El Carimbo	59
La Hija de la Mulata	65
Las Reinas de la Ermita	71
El Tesoro de los Frailes	77
El Remedio de la India	99
El Relicario de Amatista	103
Juan Pataleta	109
El Grillete	113
El Tesoro del Pirata Almeida	117
El Ramito de Jazmines	131
La Pesadilla de Doña Rosario	139
El Calabozo del Chino	143
El As de Bastos	147
El aceite de la Lámpara del Santísimo.	153
La Danza de los Muertos	159
El Pájaro Malo	169
Las almas en pena del Fortín de San Miguel	177
El Matón del Barrio de Bermejales.....	181
¿Quién es tu Padre?.....	189

SANTURCE PRINTING
WORKS.
Tel. 1234. - Minillas 16

UNIVERSITE PARIS 3



D

001 527073 6